



*Con mi tanga no se juega,
¡bruja!*

Brujas 1

Mónica Garub

Con mi tanga no se juega,
¡bruja!

Mónica Garub

Copyright © 2017 Mónica Garub

Título Original: Con mi tanga no se juega, ¡bruja!

Publicado en Madrid, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

ni parte ni la totalidad de la obra puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en cualquier formato electrónico,
mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro
método sin el consentimiento del autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados

en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Índice

[Prólogo](#)

[Noche de San Juan, 2016](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Dicen que las brujas debemos estar escondidas, que nuestro don ha sido otorgado por un ser de la oscuridad y que ante todo no sabemos amar sin utilizar nuestra magia.

Ha llegado el momento de normalizar nuestro poder.

Ha llegado el momento de explicarle al mundo que, ser bruja, también significa ser humana.

Somos cuatro amigas con un don específico que, uniendo nuestro poder, somos invencibles o más bien imparables.”

Esta es nuestra historia...

Noche de San Juan, 2016

—¡Daros prisa! Son casi las doce y debemos quemar lo viejo —grito dirigiéndome hacia la hoguera que nuestros nuevos amigos han encendido en la playa.

Lola, Estela y Brisa comienzan a correr dirección a esta y se sitúan a mi lado.

Sí, estamos de vacaciones. Después de un año horrible en el aspecto amoroso, hemos decidido darnos unas vacaciones de chicas.

Y sí, también somos brujas las cuatro. Cada una con un don específico que, uniendo nuestros poderes, somos invencibles o más bien imparables.

Este año hemos decidido hacer un ritual para alejar este mal de amores que nos tiene amargadas. Hemos cogido un tanga de nuestros cajones y vamos a arrojarlo a la hoguera en «horror» a nuestras relaciones pasadas; y sobre todo en honor a nuestras relaciones venideras.

—¡Venga, ya estamos! Coged vuestra prenda antigua con la mano derecha y a la de tres repetís conmigo —explico a mis tres amigas.

—¡¡Sí!! —gritan a la vez.

—Yo, Paola, quemo este tanga y así alejo mi mal de amores el cual solo me ofreció sufrimiento. ¡Qué así sea! —Mis tres amigas repiten la oración con sus nombres y tiramos a la vez nuestros tangas a la hoguera.

—¡Bien, ya somos libres! —vocifera Estela.

—¡Ahora a buscar nuevos amores! —dice Brisa.

—Sí, pero chicos formales y que no nos hagan quemar más ropa interior, chicos que nos arranquen los tangas del mercadillo, aunque sea —suspira Lola pensativa.

—¡Venga, chicas vámonos al agua! ¡Hoy toca purificarse y saltar sobre las olas! —les indico a todas corriendo hacia la orilla.

Llegan entre risas y carreras, alzamos nuestros vestidos blancos y nos cogemos de las manos para dar los primeros pasos hacia el mar. El agua está bastante fría, pero las temperaturas elevadas de los primeros días del verano, ayudan a que nuestros pasos sean decididos y logremos que nuestros muslos se mojen.

No sé ni por qué motivo levanto la mirada hacia el frente, pero lo hago y

me cruzo con él. Unos ojos negros, serios y acusadores. Noto cómo esa mirada traspasa mi cuerpo.

Es mi destino.

Mateo

Cinco meses había pasado desde el abandono de Sacha. ¿Quién es ella? La que hasta este momento creí la mujer de mi vida. Pero esos ojos, ese cuerpo que desde la orilla me observa impaciente me ha puesto nervioso.

Intento enfocar mi mirada en ella. Altura media, complexión delgada, con un vestido largo blanco, cabello rizado y moreno recogido en un moño alto.

No puedo moverme. Solo llegan a mis oídos el ruido que las chicas que la acompañan realizan a su alrededor, y entonces llega a mí un golpe de calor atroz. Dejo caer mi cuerpo como un peso muerto en el agua y siento cómo este recibe una recarga de algo parecido a la energía.

—¡Sal del agua! ¡Ya! —Me llega una orden impresa en una voz femenina que me resulta conocida.

Y mi cuerpo reacciona. Realizo un movimiento rápido, me sacudo el pelo y lo peino con mis manos hacía atrás. Me froto los ojos, observo mi entorno de forma insistente y ella ya no está.

Es ella. Me siento con ganas de luchar por ella.

Capítulo 1

11 de enero de 2017

Mateo

Me llamo Mateo Guzmán, tengo 35 años y soy Andaluz. Por amor me vine hace un año a trabajar a Madrid y, aunque parezca infantil, me está costando una vida entera quedarme viviendo entre tanto gentío, ruido y estrés.

Sacha ha sido mi pareja durante cinco años. Ella era... Bueno más bien es. Que, de momento, aunque perdida y viviendo su vida de soltera, está viva.

Creo que el saber que no volverá me hace sentir cansado y triste.

Ha sido la mujer de mi vida o eso he querido creer. Aquella por la que decidí que cada día iba a merecer una sonrisa y, aunque mi forma de ser no se asemeja mucho a la cordialidad, ella me enseñaba a sentirme cercano y humano ante los demás. Pero decidió que no era ese hombre que debía enamorarla hasta volverla loca.

Todo fue muy deprisa. De la noche a la mañana preparó sus maletas y se fue en busca de una vida llena de locuras y desenfreno.

Y ahora me encuentro en aquí, trabajando en una empresa especializada en informatizar documentación codificada. ¡Pero me siento tan solo!

Sé que ha pasado un año desde que se marchó, sé que debería seguir viviendo, que debería encontrar a esa persona que logrará hacerme reír. El problema es que estoy seguro de que era mi única posibilidad para hacerme sentir así..., o no.

Hace seis meses alguien se cruzó en mi camino, pero esa persona desapareció de mi vista y de mi vida.

Guardo el documento que me ha enviado mi secretaria sobre los presupuestos que se han aprobado con el nuevo año, apago el ordenador y lo meto en mi mochila.

No soy un hombre de maletín. Es verdad que, después de tantos años trabajando en esta empresa, he ascendido hasta lograr un puesto de trabajo bastante bueno, pero solo es trabajo y dinero. Necesito algo más en mi vida, necesito un poco de magia. ¿No dicen que existe?

—Andrea, necesito que mañana le pidas al departamento de estadística los informes del año pasado.

—De acuerdo, Señor. ¿Algo más?

—No. Puede recoger e irse a descansar. Hasta mañana.

—Hasta mañana —responde con una sonrisa.

Salgo del ascensor y me dirijo a la puerta de salida. Siento el frío del invierno maltratar mis manos y mi cara. Elevo el cuello de lana color negro a juego con mi abrigo de paño largo y comienzo a andar dirección a mi casa.

Vivo en la parte norte del parque del Retiro, me pilla un poco alejado de la zona dónde trabajo, pero me gusta andar. Aunque este frío no ayude mucho, el calor que me regala el sol me ayuda a dar mi paseo diario.

Doy un paso más y levanto mi mirada. Hoy cruzaré el parque por dentro; en esta estación este está precioso, lleno de gente, sobre todo turistas que quieren visitar el Palacio de Cristal o los típicos enamorados y su paseo en barca.

Voy con paso decidido y la mente distraída cuando levanto mi mirada y mi corazón se paraliza. Comienzo a respirar acelerado. ¡¿Sacha?!

Noto que no se mueve. Está sentada, de espaldas. Sus manos se deslizan a la zona de su estómago y mantiene sus brazos durante un largo tiempo. Su larga melena rizada, morena, su espalda erguida.

—Mateo... no puede ser ella. Sacha está lejos. —me repito tipo bucle, pero no puedo quedarme callado y reacciono—. ¡¿Sacha?!

Corro hacia ella, pero noto que no se inmuta ante mi llamada. Me acerco y toco su hombro.

—¡¿Sacha?! —pregunto con nerviosismo.

La chica pega un pequeño salto por el susto y se da la vuelta. Me mira con unos grandes ojos marrones muy abiertos y se levanta del suelo. Yo doy un par de pasos hacia atrás.

—¿Disculpa? —me pregunta.

—Perdón, la he confundido...

—No pasa nada.

—Disculpa...

—Lo siento. Yo no soy esa chica, pero me llamo Paola —me dice con una enorme sonrisa.

—Yo soy Mateo.

—¡Encantada, Mateo! —me contesta sonriendo—. Siento no ser la chica que buscas.

—No...

—¿No?

—Quería decir que no pasa nada.

—Bien... Me has pillado practicando *reiki*.

—Disculpa, te interrumpí.

—¡No, tranquilo! Cuando inicias canal *reiki* puedes parar y retomarlo en cualquier otro momento —me dice sonriendo.

—¡Ah, bueno! Yo es que no conozco esa religión —le explico rascándome el cuello.

—No es una religión, es un método de curación a través de la energía.

—¿Eres una especie de curandera? —le suelto dándome cuenta que no podría ser más diferente a mi ex.

—¡No! Las personas que tienen los conocimientos de curar una enfermedad son los profesionales médicos. Nosotros ayudamos a elevar la energía positiva a las personas que sufren una enfermedad. Siempre será mejor que esa persona luche contra su enfermedad con sus máximas energías, ¿no crees? —me pregunta dando pequeños saltitos y sus manos juntas; y yo me siento alucinado.

Miro de nuevo a Paola. Solo se parece a mi ex en el cabello oscuro y rizado. Por lo demás es diferente. Es una mujer bella, algo más joven que yo y no muy alta comparada conmigo. Le gusta vestir de forma... ¿Cómo definirlo? Solo diré diferente.

Ahora te pica la curiosidad, ¿verdad? Vaqueros color rosa, una camiseta básica de color negro dónde pone «Yo solo soy yo, tú solo eres tú», una rebeca que aparenta ser de la talla XL en color gris y unas converse en color blanco. Todo eso con unos pendientes plateados tipo hippie y un pañuelo enorme con una mezcla de colores.

—Creo que te estoy aburriendo —me comenta preocupada.

—No, es muy interesante lo que me estás contando —¡Mentiroso! Aunque en realidad no le estoy mintiendo del todo. Es tan guapa que me quedaría el resto de día mirándola.

—¡Me alegro! Pero debo irme. Ojalá nos volvamos a ver. Encantada, Mateo —me dice ofreciéndome su mano.

—¿Ya te marchas? —¿Y esa pregunta Mateo?

—Sí, terminaré mi sesión de *reiki* en casa y tengo una cita más tarde.

—¿Una cita? —¡Mierda, quiero ser esa cita!

—Sí, una cita. Eso que suelen hacer dos personas para conocerse y demás.

—Sí, sé lo que es una cita...

—Bueno, ahora sí debo irme, sino, no me dará tiempo a arreglarme.

—Bien. Encantado, Paola —balbuceo ofreciéndole mi mano al fin.

—Encantada, Mateo. ¡Hasta la próxima! —me dice alejándose.

Se pone sus gafas de sol de pasta rosa, su bolso en bandolera y la veo perderse entre el parque. Hoy me pregunté si la magia podría existir. Por unos minutos, yo la he vivido.

Capítulo 2

Paola

Paola Rodríguez. Ese es mi nombre de nacimiento, ya que mi sobrenombre de Bruja es La Lectora. Tengo treinta y tres años y, aunque soy natal de Galicia, llevo toda la vida viviendo en Madrid.

Mi don es leer la mente de todo ser humano que se cruce en mi camino. Puedo intervenir hasta en sus pensamientos más profundos, pero de momento solo me encargo de asesorarles sentimentalmente.

¿Y dónde realizo este trabajo? Hechicera del amor es una empresa formada por mis tres mejores amigas y yo. Tratamos de juntar almas que están destinadas a encontrarse, y por algún motivo desconocido no lo llegan a hacer.

Estela, Brisa y Lola también poseen un don especial.

La primera es una chica preciosa de casi un metro setenta, sesenta y nueve kilos de peso, piel bronceada y una morena melena corta. Estela es la especialista en rituales de magia; crea las oraciones sagradas y es la encargada de tener organizado el altar.

Brisa es la chica dulce. Todo ante ella es perdón y unas sonrisas llenas de cariño, eso sí cuando se enfada su estado es totalmente imprevisible. No llega a metro cincuenta y nueve de altura, sesenta y dos kilos acentúan un cuerpo lleno de curvas y su melena color rojo. Es la que genera el poder del fuego en nuestro grupo. ¿Cuál es su don? Predecir todas las etapas del ser humano a través de las cartas, es tarotista.

Y Lola es alta, se podría considerar una modelo de lencería. Tiene una larga melena rubia y unos ojos marrones que generan tanto poder como atracción. Es el genio, la ironía, la fortaleza y, cómo no, la conexión. Ella es la espiritista del grupo, nuestro enlace con todos los maestros y el más allá.

Cruzo la calle Alcalá cuando el semáforo se pone en verde. Llego tarde a mi cita con Michael. ¿Quién es él? El tipo más maravilloso y guapo, pero un novio pésimo en romanticismo.

Le conocí en una fiesta de disfraces hace un año. Él iba disfrazado de futbolista de un equipo conocido. Yo de hechicera del amor, muy poco original para mi día a día, pero es que se me hizo tarde en la oficina e improvise el

vestuario.

Total, que allí nos conocimos, nos emborrachamos y disfrutamos de una noche de estrellas. Así llevamos desde entonces, contando estrellas... Y muchas broncas.

Nada sobre lo nuestro va bien. Estoy cansada de ir acompañada con el típico chico guapo que cualquier chica se arroja a sus pies.

Ayer me llamó después de estar siete días sin saber de él y me dijo que quería hablar conmigo de algo serio.

Y aquí estoy, en pleno mes de enero, sujetando mi vestido de felpa largo para no mojarlo con los inmensos charcos que se han formado en las calles y entrando en la cafetería que una vez hicimos nuestra.

—Hola, Mike —le digo mientras dejo mi abrigo en el respaldo de la silla.

—Buenas, Paola. ¿Un cappuccino?

—Sí, por favor.

Mientras pide los cafés a la camarera, le miro y me sorprende que lleve un anillo color plateado en su dedo índice. Él no es amante de usarlos o eso me dijo una vez.

—Paola, me gustaría hablar contigo de una cosa...

—¿Y ese anillo? —le pregunto sujetando su mano.

—Paola... —me dice retirando su mano con rapidez.

—Paola —le digo en tono de burla—. Ella se llama Natasha y es tu compañera de oficina. Te ha prometido que te ofrecerá una vida tan completa en todos los aspectos, que a ti se te ha caído la baba con solo escucharlo de sus labios...

—Paola, deja de una maldita vez de leer...

—¿De leer tu pasado de ayer, de hace un mes o de hace dos años? Me has engañado. Me pediste que no leyera tu pasado, que creyera en ti. Lo hice y me has mentado —le grito enfadada.

—Paola no ha sido fácil. Natacha me complementa totalmente...

—¿Natasha te complementa? —Doy un golpe en la mesa que hace que ambos cafés se derramen y una de las tazas se rompan en el suelo—. Dentro de tres semanas... Lleva la cuenta, Michael. En tres semanas ella te hará el ser más desgraciado de esta vida. ¡Te romperá el alma! Pero ¿sabes? Ese ya no es mi maldito problema. Mi maldito problema es que ahora tengo que planificar el resto de mi vida sin ti, y no tienes ni una maldita idea de lo feliz y libre que me hace sentir.

—Paola...

—¿Paola? Hasta la próxima Michael.

Cojo mi abrigo de un tirón llevándome la silla por delante y salgo de esta cafetería adonde no volveré nunca más. Siento cómo en Madrid comienza a caer una helada y respiro; respiro bien hondo.

Comienzo a andar en dirección al norte del Retiro. Yo vivo más cerca de Atocha, pero necesito tranquilizarme y pensar en todo. Rodeo el parque a paso decidido.

—¡Necesitas fumar, necesitas fumar, necesitas fumar! —me repito en voz alta.

De forma nerviosa descuelgo mi bandolera y abro la cremallera dorada. Meto mi mano derecha y empiezo a remover todo lo que llevo dentro.

«Pintalabios, crema de cacao de melocotón, de sandía, de aloe vera, de mora... Tendré que empezar a quejarme a Estela, siempre me hace el mismo regalo. ¿Tabaco? ¿Dónde estás paquetito? ¡Mierda! Decidí no seguir comprando... ¿Chicles de menta? Bueno pues no tengo otra cosa».

Introduzco el chicle en mi boca, mastico y el sabor impregna mi paladar.

—Los chicles ya no son lo que eran —respondo con resignación mientras que el sabor de este comienza a perder intensidad.

Dos pasos más y termino de cruzar el paso de peatones entre calle Serrano y calle Alcalá. Levanto la mirada ante la Puerta de la Independencia que preside una de las entradas principales del Parque del Retiro, y me dirijo hacia la izquierda.

Con paso decidido y esquivando a varias personas logro pasar de largo la Puerta de Lagasca, Madrid, O'Donnell.

Giro a la derecha para rodear la primera esquina que bordea el parque y sigo andando de forma distraída hacia la Puerta de la América Española.

Una puerta inmensa de forja oscura queda justo enfrente de mi vista. Adornada con un escudo republicano donde está inscrito el siguiente texto y no me preguntéis el motivo, pero siempre lo leo en voz alta, como si fuera uno de los Rituales que Estela prepara en nuestros aquelarres.

Al Ayuntamiento de 1932, qué acordó su apertura, los vecinos del pueblo.

Me quedo pensativa, ante ese mensaje. Mi cuerpo tiembla de frío, mi mente se excita gracias al enfado y mi alma se replantea muchas cosas.

Michael ha roto mi confianza. Cuando recibes un don tan especial como el mío no es fácil convivir con otra persona, explicarle lo que sientes, lo que

percibes.

Con él fue sencillo. Un día se lo expliqué mientras cenábamos una pizza en la cama y solo me pidió una cosa: Nunca leas mi mente.

Y así lo hice. Si no hubiese cumplido aquella estúpida promesa, no me hubiera engañado durante tantos años.

Leo el pasado, el presente y el futuro. Soy lo que se suele llamar, una Bruja y hoy han acabado con mi confianza. No es bueno enfadar a una bruja y menos a mí.

Capítulo 3

12 de enero de 2017

Paola

Me despierto con la hora pegada. Observo las sábanas de lo que debería de ser mi cama y parecen que han sido pisoteadas por millones de caballos salvajes.

Miro hacia esta con los ojos entornados, y realizo una orden precisa y directa con la mente:

—¡Cama hecha! —repito a la misma vez que mi pensamiento ordena el pedido.

No me molesto en quedarme a ver cómo las sábanas se estiran. Cuando aprendí a hacerlo solo tenía tres años y lo descubrí una noche que mi madre me cuidaba por culpa de una terrible gripe que pillé.

Somos brujas, pero también humanas. Enfermamos, nos cansamos y lloramos. Aquel día mi madre necesitaba descansar, así que le toqué la sien con la mano derecha y le hice dormir al instante.

Para no hacerle molestar me levanté de su regazo, entrecerré los ojos y solicité el mismo pedido. Las sábanas comenzaron a bailar solas sobre la cama hasta que estuvo hecha por completo. Lo único que no calculé en aquel momento, es que mamá descubriría un rato más tarde mi secreto y es que para no saber hacer la cama, la había dejado colocada como la de una chica de la limpieza de un hotel de lujo.

Escojo un conjunto de ropa interior de algodón color coral del primer cajón del armario blanco que decora mi habitación, y un vestido azul de lana largo hasta los tobillos. Me dirijo al baño y me doy una ducha a toda prisa intentando no mojar mi cabello oscuro. Me seco con rapidez, me pongo la crema hidratante y me visto.

—Lo de maquillarme y desayunar ya será en la oficina, guapa —me digo a mí misma mientras salgo por la puerta de casa con demasiada prisa.

Son las diez de la mañana cuando alcanzo la sala de espera de nuestra agencia de parejas. Abro la primera puerta de mi derecha y entro a mi oficina.

El color púrpura de sus paredes contrasta con el blanco de todo el mobiliario que compré hace meses en un pronto de remodelar mi espacio.

«¿Necesitaba un cambio? Estoy segura. Unas mujeres se cambian el look y yo cambio el aspecto de mi oficina».

Dejo el abrigo en la percha, mi bolso encima de la mesa y con el móvil en la mano salgo corriendo hacia la sala de juntas.

Cuando accedo a ella me encuentro a mis tres amigas completamente entretenidas en la ficha del nuevo cliente que la agencia va a ayudar a encontrar pareja. Me acomodo en unas de las sillas verdes que decoran dicha habitación y me doy cuenta de que Brisa cambia la facción de su cara completamente.

—Hola, chicas... —les digo con voz cansada.

—¿Y esa cara...? —me pregunta Brisa.

—Mike... —responde por mi Lola.

—Sí, Mike y sus mentiras —murmuro mientras dejo caer mi cuerpo sobre la mesa.

—¡¡Sabíamos que esto pasaría!! —me grita Lola. — ¡¡Te lo dijimos!!

—Y decidiste creer... —murmura Estela.

—¡Ya lo sé! —Siento la rabia y la tristeza apoderarse de mi cuerpo, de mis sentimientos, de cada fibra que hay en mi ser. Lo peor de todo no es la relación perdida, sino el engaño que hay detrás. Sé que estoy perdiendo el control de mi sistema nervioso porque no puedo concentrarme ni siquiera en calmar mi propia respiración. Mi interior se sacude, y a su par, la mesa que tengo enfrente. Observo cómo se tambalea y clavo las uñas en la palma de mi mano procurando serenarme. La habitación entera parece cobrar vida y propia y sé que no es más que un reflejo de lo que hay dentro de mí—. ¡¡¡Ya lo sé, joder!!!

—¡Tranquila! ¡Lectora, tranquila, pequeña! —me pide Brisa mientras me regala un gran abrazo.

Siento cómo mi cuerpo comienza a relajarse. Mi mente empieza a estar más nítida y las voces de mis amigas más claras llegan a mí. Abro los ojos y admiro mi alrededor percatándome de dónde estoy y lo que ha sucedido. Son tantos años de confianza hacia ellas que no me paro a observar su cara de tranquilidad ante la situación vivida.

Me peino la melena con los dedos, levanto la barbilla y miro a mis amigas.

—¡Genial, todo está genial! —les digo mirándoles a los ojos —. ¿Qué

podéis contarme sobre el nuevo cliente?

Capítulo 4

Paola

—Se llama Thiago Vidal Sales nació en Pirenópolis, Brasil, tiene 28 años...

—comenta Lola.

—¿Foto...? —le pido a las chicas.

—Sí, toma —me responde Estela

—Es moreno, pelo corto y rizado. Tiene un cuerpazo de infarto y no me creo que no tenga novias a doquier por todo Madrid... —murmura Brisa con un tono en la voz... ¿raro? Sí ha sido raro.

—La verdad es que este chico está buenísimo para no tener pareja. —les comento.

—En diez minutos estará entrando por esa puerta. Le hacemos la entrevista y nos ayudamos para saber si esconde algo —responde Lola, con voz dura.

—De acuerdo. Yo le leeré la mente y Lola —le digo señalándola —. Conéctate lo más deprisa que puedas a sus Seres de luz. Vamos a necesitar su ayuda.

—De acuerdo —responde Estela —. ¡Pues vamos allá!

Las cuatro nos levantamos de las sillas verdes y nos dirigimos a nuestras oficinas. Es un ritual entre nosotras. Antes de una entrevista con un nuevo cliente nos preparamos místicamente para recoger la información necesaria sobre este y así poder utilizarla a su favor. Así podrá conseguir una pareja a su gusto.

Nueve minutos después suena el timbre de la puerta. El nuevo cliente entra en la sala de espera y comienza a deambular por el pasillo de entrada.

—Buenos días —saluda Brisa.

—Buenos días, buscaba a las encargadas de la agencia...

—Soy Brisa, una de las esas dueñas.

—Yo soy Thiago. Necesito vuestra ayuda. —le responde con un acento brasileño muy marcado.

—¡Genial! Bienvenido. Por favor, acompáñeme a la sala de citas —le pide Brisa.

—Gracias.

Ambos acceden a la sala donde hace unos minutos estábamos reunidas. Se sientan en los sillones verdes y comienzan a realizarse miradas intensas por ambas partes. Uno y otro se miran con nerviosismo y escepticismo.

Ella ya ha realizado su lectura de tarot personalizada sobre su persona. Todo sale de su control, según su estudio este chico no encontrará el amor directamente según la ayuda de la agencia, pero lo encontrará y Brisa se encuentra perdida.

En ese momento la puerta de la sala se abre y entran Lola y Estela. Saludan de forma amable a Thiago y se sientan a esperar la llegada de Paola. Un par de minutos después, Paola entra en la sala.

—Buenos días, Señor Vidal —le dice a Thiago extendiendo su mano.

—Buenos días, es un placer conocerla —le responde.

—Genial. Hemos estudiado su ficha. Nos gustaría conocerle un poco más y, sobre todo, que nos contase el motivo de solicitar ayuda a nuestra agencia —le comento.

—Por favor, no me hables de usted. Soy muy joven y no me pega —me dice sonriendo.

—Perdona, es la costumbre... —le respondo con otra sonrisa—. Bueno explícanos un poco más de ti.

—Ya sabéis mi nombre y datos, o eso me imagino —nos murmura. De pronto con ambas manos se peina el pelo hacia atrás y nos regala una mirada intensa a cada una de las chicas—. Veréis, necesito encontrar a mi compañera de vida. Hace un año llegué a España por trabajo y he intentado conocer a chicas, pero ninguna es la indicada.

—Y tu indicada, ¿cómo debe ser? —le pregunta Estela.

—Me gustan las chicas pelirrojas, pero sobre todo me gustan que sean cariñosas, que quieran viajar conmigo, que deseen visitar mi país y que no se asusten al conocer a mi familia.

—¿Qué no se asusten a conocer a tu familia? ¿Algo que debamos saber? —le pregunta Brisa con una media sonrisa.

—Nada importante. Somos una familia normal, lo único es que somos demasiado... cómo llamarlo... ¿Cariñosos? —nos dice rascándose el mentón.

—¿Y qué hay de malo en eso? —interroga de nuevo Brisa.

—El problema es que a muchas mujeres no les gusta tanto ese tipo de cariño... —responde nuestro nuevo cliente.

Entendemos, según la forma de decir esta última explicación, que él no se

abrirá más a nosotros en este momento, así que decidimos callar y actuar.

—De acuerdo. Vamos a trabajar en tu caso. Hoy es jueves, máximo para el lunes que viene tendrás noticias nuestras con las primeras candidatas que nos gustaría que conocieras —le comento.

—Me parece muy bien —responde Thiago

—Brisa será tu coordinadora. —le digo a nuestro cliente.

—¿Yo...? —pregunta Brisa con cara aterrorizada.

—Sí, tú —le contesto echándole una mirada intensa —. Te aconsejaré, te ayudará y será tu persona de apoyo durante toda la búsqueda de pareja en nuestra agencia. Este es su teléfono personal para estar en contacto con ella. ¿Alguna duda?

—No, todo perfecto —responde Thiago con una sonrisa —. Te llamo, Brisa.

Este se levanta de su silla, nos regala una bonita sonrisa y desaparece de la sala sin decir ninguna palabra más.

Esta mañana se nota la sensación relajante más endemoniada del mundo. Nos miramos, sabemos que debemos reunirnos y debatir nuestro trabajo interno. Recogemos nuestras pertenencias en nuestras oficinas particulares y decidimos que al día siguiente mi casa será el centro de nuestro aquelarre de brujas.

Unión, análisis y acción. La magia continua.

Capítulo 5

Mateo

Mi mente no deja de recordarla. Solo ha pasado un día y sé que la he visto alguna vez. Lo sé, lo sé... «¡Maldita sea! ¿Dónde la has visto, Mateo?».

Termino de ponerme el perfume que mi madre me regaló en las pasadas Navidades. De forma mecánica me pongo el abrigo, la bufanda y cojo mi mochila con todo el arsenal del trabajo preparado.

Portátil, carpetas y material de oficina variado. Siempre la misma rutina.

A veces me dan ganas de volver a mi tierra. Sé que el tema laboral allí está fatal, pero echo de menos el mar, su gente.

Respiro hondo, echo la llave en la puerta de mi pequeño apartamento y bajo el único piso que me separa de la puerta principal.

Salgo a la calle y ando los veinte minutos que tengo hasta la oficina donde trabajo. El frío del invierno invade mis fosas nasales y aumento el paso hasta la empresa.

Dieciocho minutos después estoy quitándome el abrigo y poniéndome cómodo en mi silla de piel.

Aquí sentado, mi mente la recuerda, es ella. Es la chica de la playa.

Capítulo 6

Paola

La puerta de mi apartamento se abre y dejo pasar a mis tres amigas. Todas sabemos nuestra participación en este tipo de celebraciones. Cargadas con sus cartas de tarot, piedras, amuletos y, cómo no, sus escobas de brujas.

No, no han venido montadas en ellas. Eso de que las brujas nos transportamos encima de una barra de madera con varias ramitas atadas a un extremo es una falta de respeto a cualquier inteligencia. Nuestras curvas femeninas no soportarían tan poco equilibrio.

—Veo que llegáis cargaditas... —le digo de forma irónica. Muchas veces le he propuesto que dejen parte de sus cosas en mi casa, ya que aquí hacemos nuestras reuniones.

—No nos toques los ovarios, Paola... —me responde Lola con su habitual seriedad.

—De acuerdo... —respondo con una sonrisa—. Yo he colocado el salón para dejar sitio. ¡Id colocando vuestras cosas!

Todas vamos vestidas de color blanco. No importa que sean vestidos o pantalones, solo necesitamos comodidad y libertad.

Como en cada uno de los rituales que hacemos, Estela es la encargada de guiarnos y llevar a cabo el ritual. Se sitúa dentro del círculo trazado y saca de una bolsa de terciopelo nueve velas de colores diferentes.

—Bien, comencemos — Coge una vela amarilla y la coloca en la zona norte de mi apartamento—. ¡Yo ritualizo esta vela amarilla para potenciar el trabajo en esta reunión!

Realiza varios pasos dirigidos a la zona sur del círculo y coge la vela de color verde colocándola en esa zona concreta del círculo.

—¡Yo simbolizo esta vela verde en ayuda de las buenas cosechas y fertilidad en esta reunión!

Retrocede sus pasos hasta la posición inicial y realiza dos pasos a su derecha introduce su mano derecha en la bolsa de terciopelo y saca en su mano

una vela de roja. La sitúa en esa zona concreta.

—¡Yo ritualizo esta vela roja, símbolo de la sexualidad y la pasión en este trabajo!

Vuelve a la posición inicial y realiza dos pasos a izquierda colocando una vela de color azul en esta posición.

—¡Yo simbolizo esta vela azul, unión de la fuerza mental en este ritual!

De regreso a la posición norte realiza cuatro pasos a su derecha. Coge la vela de color violeta y la coloca en junto al círculo.

—¡Yo, ritualizo esta vela violeta en conexión con los Seres Superior!

Situada nuevamente en el norte, realiza cuatro pasos a la izquierda y coloca una vela rosa.

—¡Yo uso esta vela rosa como símbolo de fraternidad entre las cuatro brujas!

Estela vuelve a la posición del norte y realiza seis pasos a la zona de la derecha. Coloca una vela de color naranja.

—¡Yo ritualizo esta vela naranja como representación de la curación!

Vuelve a la posición inicial, coge la vela negra y la coloca en ese extremo.

—¡Yo doy valor a esta vela negra como símbolo al fin de todos los males que pueda dañar a este ritual!

Y, por último, Estela se coloca en el centro del círculo y deja una vela blanca.

—¡Yo ritualizo esta vela blanca como símbolo de la Luna, la paz y el bien hacía este trabajo!

Cogemos cada una nuestras escobas. Brisa se coloca en la parte Este del círculo. Lola se sitúa en la parte Oeste. Estela, como el ordenante de rituales se posiciona en el extremo norte y yo en el vértice Sur.

Sujetamos con nuestras manos los extremos de las escobas de nuestras compañeras de al lado. Realizamos una presión especial sobre nuestros máximo amuletos y cuando notamos que la energía circula alrededor de nuestra unión, Estela realiza la invocación.

—El Sol, la Tierra, el Agua y el Fuego. Seres Superiores y Guías de Luz, yo os invoco ante este aquelarre para que la misión solicitada sea bendecida. ¡Qué así sea!

—¡Qué así sea! —Repetimos las tres a unísono.

De un movimiento seco soltamos nuestras escobas dentro del círculo de sal y salimos de éste.

Nos acomodamos en la mesa amplia del salón.

—Bueno, creo que lo mejor es que Paola comience a explicarnos que leyó en su mente —comenta Estela.

—No fue fácil, chicas. Es reservado hasta para referirse a su familia. Lo que sí tiene claro es que busca el amor, el amor verdadero. —Contesto a las chicas.

—¿Intuiste alguna mentira? —Pregunta Estela.

—En un principio no, pero si un hermetismo bastante profundo hacía su pasado y sobre en la relación con su familia. —Respondo.

—Es que es extraña la respuesta que dio sobre ellos, aun así, Brisa podrá indagar un poco más en estos días... —comenta Estela —. Bien, hablando del Rey de Roma... ¿Estela, que dicen tus cartas?

—Me ha salido un lío impresionante...

—¿Un lío...? —Preguntamos las tres a la vez.

—Sí. La primera carta es el Emperador, tiene a su lado o alrededor un hombre que emana poder, firmeza y rigor. Además, realiza una protección poderosa, casi mágica podría atreverme a decir—Comenta Brisa.

—¿Podría ser su padre? —Pregunta Estela.

—No. Es alguien de su infancia, pero su relación no es paternal. —Responde Brisa.

—De acuerdo. Sigue... —Dice Estela.

—Bien. La siguiente carta es el Colgado en posición invertida. Este chico tiene falta de límites y franqueza. Peca de egoísmo y arrogancia.

—Vaya pieza... —Comenta Lola.

—La tercera carta es el sol invertido. Este chico tenía un compromiso de trabajo con algunas empresa o persona y este proyecto lo ha perdido. También me dice que ha tanteado en su vida con la oscuridad en una época de desorientación.

—Proyecto perdido, desorientación... —Estela se peina su flequillo con sus dedos—. De acuerdo, estaremos pendiente de estos datos. ¿Algo más...?

—Sí. Su última carta son los enamorados. Le marca una unión, un matrimonio construido sobre el amor y la atracción, pero para que esto ocurra deberá superar unas pruebas...

—¿Unas pruebas? —pregunta Lola.

—Sí, pero no me dicen más...

—De acuerdo. Lola, que tal con los Seres de Luz... —le pregunto.

—Dicen que todo normal. Una familia exigente, una vida nueva y tranquila... aunque sí que me avisan de que necesitan un par de días para revisar sus registros —comenta Lola.

—¿Un par de días...? —Digo peinándome de nuevo el flequillo — De acuerdo, para entonces nos reuniremos en las oficinas.

Nos levantamos todas de nuestros asientos y deciden irse a sus casas. Me sorprende que Lola y Estela se vayan tan unidas. Pienso que la amistad que nos unen desde pequeñas es tan intensa que todo podría ser irreal.

Cierro la puerta de mi apartamento y me tumbo en el sillón verde del salón. Me quedo observando el techo, pensado en todo lo que me ha ocurrido en estos dos días.

En mi discusión con las chicas, en el nuevo cliente, en la ruptura y como no, en aquellos ojos negros que me recuerdan a alguien de mi pasado.

Y de pronto siento cómo mi cuerpo se deprime, cómo la tristeza de todos estos acontecimientos me superan. Decido irme a la cama, mañana será otro día.

Lealtad y superación. La magia continúa.

Capítulo 7

15 de enero de 2017

Mateo

Cuando crees que nadie hará que tu corazón vuelva a sentir, llega alguien diferente a ti e invade tu mente sin pedir permiso. Paola ha llegado para volverme loco, para perder la concentración de mi día a día y esto está siendo un calvario maravilloso.

Ha pasado cuatro días desde que la conocí. Me despierto cada mañana con la idea de buscarla en el parque, pero no la he vuelto a ver. Hoy no va a ser menos. Necesito verla.

Como una rutina más me adentro en el parque, comienzo a andar hacia la zona dónde la conocí. La busco entre los jardines y cuándo me voy a dar por vencido se cruza delante mía una persona vestida de colores neutrales y la cabeza baja.

—Disculpa...

—¿Paola...? —pregunto asombrado.

Levanta su mirada hacía mí.

—Sí, ¿Te conozco? —me pregunta con voz molesta.

—Soy Mateo —le miro. Algo le ha pasado. Su pelo lo lleva revuelto, su vestido es gris y calza unas botas altas de color negro. Es ella, pero su voz ya no es la misma—. Paola... ¿Estás bien?

—Sí... Tengo que irme.

—Tú no estás bien —levanto su cara colocando mi mano en su barbilla y esta tiembla—. ¿Cuéntame que ha pasado?

—¿Qué me ha pasado? Qué... me... ha... pasado... —me dice con cara cabreada.

—¿Qué te han hecho...?

—Me han engañado. ¿Tú también me vas a engañar? ¿Quieres conocerme y engañarme?

—¿Paola, yo no haría algo así!

—¿Tu qué harías? —me pregunta fulminándome con su mirada.

—Cuidarte. Desde que coincidimos he venido cada día a este parque a verte y no estabas... Yo solo quiero conocerte y si me dejas, cuidarte.

—Cuidarme... no sabes quién soy, ni lo que soy. ¿Y si cuando me conozcas no te gusto, o te asustas o me pides no leer...? —sus ojos se quedan muy abiertos y de repente se da la vuelta, comienza a andar.

—¿Leer el que...? ¿Dónde vas? —pregunto asustado.

—A dejar que me conozcas, ¿Te apetece? —me dice con la mirada indecisa.

Comienzo a correr hacia ella. Alcanzo su menudo cuerpo y le doy un pequeño abrazo. Siento cómo se relaja, cómo su respiración se compensa con la mía y me regala una pequeña sonrisa que para mí es un mundo entero.

Capítulo 8

Paola

Le invito a entrar en mi casa. Sé que no le conozco de nada. Qué es la segunda vez que hablo con él. Sé que va a alucinar cuando vea la decoración de mi hogar.

Le veo admirar mi *atrapasueños* gigante que decora la parte principal de mi salón, los libros sobre magia que decoran mis estanterías o mi colección de velas esotéricas que dan color a mis librerías.

Decido no dejarle más tiempo para que se haga una idea equivocada y empiezo a explicarle quién soy realmente.

—Me llamo Paola —Me mira sorprendido—. Soy la décimo segunda generación de mujeres de una misma familia de brujas, sacerdotisas y espiritistas. Mi don es uno de los más importantes ya que combino las visiones del pasado, presente y futuro de una persona... solo si esa persona me da su permiso. También realizo rituales de magia blanca. Nunca practico la magia negra, si te lo estás preguntando —le digo señalando las velas negras que adornan unos de mis muebles.

—Eres una bruja... —me responde pasando su vista por mi hogar.

—Sí. Ahora tienes dos opciones. La primera es huir de mi casa y de mi vida. La otra es creerme, conocerme y ganarte mi confianza.

—¿Qué te han hecho para estar así?

—Mi ex novio me engañó. Cuando le confesé quién era solo me pidió una cosa...

—¿El qué...?

—No ver su pasado, presente y futuro. Lo hice, confié en él. Cuando abrí los ojos vi que aquella decisión fue mi error.

—Lo siento...

—Gracias. Ahora tú decides. Te quedas o te vas. —Le veo andar hacia mis libros, los ojos y nuestras miradas se cruzan.

—Me quedo.

—¿Estás seguro...? —le pregunto con un poco de miedo.

—No he estado más seguro en mi vida de algo.

—De acuerdo.

Me abrazo a él sin pedir permiso. Me dirijo a mi sillón de dos plazas de color verde y le invito a sentarse. Se sienta a mi lado y me doy cuenta que está nervioso, que mira cada detalle de mi casa con mucha cautela.

—Mateo... —le llamo tocando su brazo.

—¿Si...? —me responde un poco nervioso.

—Te gustaría preguntarme algo...

—Bueno... a ver, tú eres bruja... ¿Te molesta que te llame así?

—¿A ti te molesta que te diga que tu pelo es negro? —pregunto con una pequeña sonrisa.

—No compares...

—No comparo. Pero es el mismo caso. Desde que a mi madre le dijeron que era una niña al nacer tuvo la certeza de que sería bruja y así me han educado.

—Bien... dijiste que eras la décimo segunda generación de brujas en tu familia. ¿Eso a qué se debe?

—Bueno el don que las mujeres de mi familia disfrutamos es muy amplio. No todas padecemos los mismos dones. Mi madre realizaba lecturas de tarot, mi abuela tiene el poder del espiritismo, mi bisabuela tenía el mismo poder que yo, menos en leer el presente. Yo puedo leer las tres etapas del alma y realizar rituales y conjuros. Podría usar ese poder para hacer el mal, pero en mi familia somos educadas para hacer el bien, a lo que llamamos “magia blanca”.

—¿Y a mí ya me has leído la mente? —pregunta con voz baja.

—Sí. Lo siento, debí hacerlo para confiar un poco en ti y confesar mi real yo. Te miré a los ojos y leí que no me estabas mintiendo. Quieres cuidarme y has pensado en mí todo este tiempo.

—¿Por eso has accedido a contarme quién eres?

—Por eso y porque necesito volver a ser yo —le digo levantándome del sillón.

—¿Qué ha pasado, Paola?

—Michael...

—¿Quién es él...?

—Ha sido mi pareja durante un año. Y accedí a su petición.

—Y por no leer su mente, no viste su mentira.

—Exacto.

—De acuerdo... Paola, yo no suelo creer en todo esto de magia, brujas, espiritismo y demás. Pero desde aquel día en el parque, no he logrado sacarte de mi mente.

—¿De tu mente?

—Sí. Y no me importaría que vivieras de por vida en ella. Solo te quiero pedir dos cosas...

—¡¡No me irás a pedir que no te lea la mente!! —le grito de forma acusadora.

—No. Solo te quiero pedir sinceridad mutua. En mi podrás descubrir que siempre seré sincero con que me leas la mente y en ti tendré que empezar a conocerte. Y la segunda es que no realices ningún ritual para nuestro amor. Deja que conozca a la verdadera Paola, la del parque. Sin rituales, sin magia dentro de nuestros sentimientos. En lo demás, no me molestaría.

—¡Necesito tiempo! —le digo cabizbaja.

—Genial... ¿Tienes hambre?

—¿Estás seguro en darme ese tiempo...?

—Hablar siempre me produce hambre...

—Mateo... —le respondo de forma exasperada.

—Pizza...

—¿Tres quesos...?

—Que así sea...

Me levanto del sillón y me dirijo a la nevera. Allí tengo imantados los teléfonos de comida para pedir. Cojo el folleto de la pizzería y de paso el teléfono fijo que dejé encima de la encimera cuando realicé una llamada pasada.

Marco el teléfono y cuando termino de pedir la cena dejo el teléfono de nuevo encima de la encimera. Me doy la vuelta y me encuentro con un cuerpo alto, fuerte, con una cara perfecta y aquella mirada oscura de...

—Eras tú... —le afirmo.

—Sí, fui yo...

—¿Desde cuándo lo sabes...?

—Cuando te conocí en el parque sabía que te conocía de algo. No dejaba de pensar en ti y al día siguiente me vino a la cabeza aquella chica de la playa.

—¿Estabas allí de vacaciones? —le pregunto.

—Si. Fui unos días a descansar —me responde acercándose a mi cuerpo—. Y tú, ¿Estabas de vacaciones?

—Sí y no —le respondo.

—¿Sí y no? —Acerca su cuerpo un poquito más a mí—. Yo soy gallega y cada Noche de San Juan viajamos las cuatro amigas a mi tierra natal. Visitamos a mis antepasados y disfrutamos de la Noche de Brujas en aquella tierra mágica.

—¿Cuatro amigas...?

—Sí. Brisa, Estela, Lola y yo.

—¿Y ellas también son... Brujas?

—Sí. Tenemos una empresa en común...

—Emmy... Interesante... —comenta Mateo.

—Son muchos años de amistad...

—Ya veo. ¿Y de que es la empresa? —me pregunta mientras su cuerpo está cada vez más pegado al mío.

—Es una agencia para encontrar pareja... —le respondo notando cómo su respiración abarca mi boca.

—Muy interesante... —me responde sin dejar de observar mi boca.

«Te va a besar, Paola, te va a besar. A la de una, a la de dos y a la de...».

¡Ding dong!

«¡Maldita sea el timbre, el repartidor y la pizza de mierda...!»

—La pizza... —consigo balbucear.

—Eso parece —me responde con una preciosa sonrisa, pero antes de salir de la cocina para recoger la comida me rodea su brazo derecho la cintura y me atrae hacia él —. Ese beso, será mío.

Al abrir la puerta nos encontramos con el repartidor. Cogemos la caja que nos ofrece y le pagamos el pedido. Cierro la puerta con un movimiento de dedos y creyendo que Mateo no lo ha visto me regalo una pequeña sonrisa complaciente.

—Te he visto... —me dice mientras se dirige al salón.

—¿A mí? Si yo no he hecho nada... —le contesto con un fingido enojo.

—¿Me está usted mintiendo, señorita bruja?

—¡Nooooooo! —le respondo con una sonrisa nerviosa.

—Te he visto cerrar la puerta sin tocarla... —me dice con voz exasperada.

—De acuerdo... ¿Te molesta...? —le pregunto con temor.

—¡Nooooo! Ya sabes que solo te he pedido que nada de magia sobre

nuestros sentimientos —me dice cogiendo mi mano derecha con su mano izquierda mientras me guía para el salón—. Ahora vamos a cenar y después vamos a seguir con ese beso que te iba a dar...

Nos sentamos en el sillón y en pocos minutos nos devoramos la cena con una cerveza cada uno. Siento que con el último trago que estoy dando sus ojos se fijan en mí y todo comienza a nublarse.

Deseo y Lujuria. La magia continúa.

Capítulo 9

Mateo

Conocer a Paola. Ese es mi propósito desde que en aquel parque se cruzaron nuestros caminos, bueno más bien desde que la vi en aquella playa el pasado verano.

He temido muchas veces sobre volver a amar. Sí, suena una palabra muy grande para tan pocos días en la vida de Paola. Pero algo me dice que es ella y debo confiar en mi criterio.

Nos acabamos de cenar la pizza. Poco a poco acerco mi cuerpo al suyo. Noto su nerviosismo, es tan especial... tan real.

Alzo mi brazo izquierdo y le acaricio la mejilla. Suave y sonrojada. Enredo mi mano en su cabello y acerco mi boca a la suya. La beso, sí, un beso espectacular. Un beso lento pero pasional.

Ejerciendo presión sobre su boca, mis labios se enredan en los suyos y mi lengua accede a su boca como si fuera su lugar preferido... ¡Y es que lo es... Maldita sea lo es!

Noto cómo ella se levanta brevemente de su zona en el sillón y consigue ponerse a horcajadas sobre mí. Y mientras me besa, roza su sexo contra mi polla.

Comienzo a notar cómo ésta se empieza a empalmar con cada uno de sus roces.

Cojo el extremo de su vestido oscuro y comienzo a subirlo por sus muslos, caderas, cintura, pechos y finalmente cabeza. La admiro. Es perfecta para mí.

Ante mí se encuentra el ser más bonito que mis ojos han visto.

Sus pechos son grandes, sus caderas anchas y redondeadas, su cuello largo y definido gracias a una pequeña gargantilla en forma de estrella de cinco puntas de oro rosado.

Sin demorar más la espera llevo mis manos a la parte trasera del sujetador y se lo desabrocho. Éste, un modelo de encaje rosa, cae sobre el bulto que abarca la cremallera de mi pantalón.

Estoy duro, la cremallera me va a reventar y la necesito a ella. La levanto de encima mía y poco a poco le voy quitando el tanga rosa de encaje que cubre

su sexo.

Completamente desnuda la invito a ponerse de nuevo encima mía.

—Eres maravillosa, Paola.

—Necesito desnudarte... —Me responde con una voz llena de excitación.

Dejo que desabroche la camisa blanca que llevo puesto. Lo hace despacio, regalándose un tiempo sagrado, el cuál en mi genera más excitación de la imaginaria.

Me quita la camisa y la deja sobre el respaldo del sofá. Con su menudo cuerpo comienza a descender entre mis piernas ligeramente abiertas y empieza a desabrochar los botones de mis pantalones vaqueros.

Con cada uno de los botones que desabrocha siento cómo mi polla ejerce pequeños látigos de excitación.

Echo mi cabeza hacía atrás, me apoyo en el respaldo del sofá y elevo de forma sutil mi culo del asiento.

Paola baja mis pantalones de un tirón y de paso me deja sin calzoncillos. Sí, estoy desnudo ante una belleza. Me siento inseguro, aunque el placer me anima a seguir adorándola.

De nuevo comienza a subirse a horcajadas y noto cómo su vagina comienza a rozarse con mi duro pene regalándome movimientos circulares.

Gimo. Un gemido cargado de lujuria.

Capítulo 10

Paola

Noto cómo mis labios vaginales están totalmente húmedos. Me rozo sobre su pene una y otra vez. Rodeo con mis brazos su cuello y acaricio el cabello de su nuca con intensidad.

En unas de esas veces que rozo su pene entre mis labios consigo que se introduzca dentro de mi vagina. Nos quedamos inmóviles, mirándonos a los ojos de una forma intensa, como si hubiésemos encontrado nuestro hogar en ese momento.

Parpadeo una vez y apoyo mis manos en sus hombros. Comienzo a cabalgarle. Una, dos, tres... así hasta que noto cómo sus manos comienzan a sujetar mi culo. Lo estruja contra sus manos intercalando movimientos circulares con más y menos lentos.

Mis caderas, enroscadas en el no dejan de elevarse y descender hasta notar cómo nuestros cuerpos comienzan a convulsionar gracias al clímax que nos hemos regalado mutuamente.

Entre jadeos su mirada me penetra de una forma sobrehumana. No deja que mi cuerpo se separe del suyo. Necesito esta unión, su pene penetrado en mi interior.

—Vaya... —logro balbucear.

—Sí... vaya —me responde.

Nos miramos y una leve carcajada sale de mi boca. Mateo amplía su sonrisa al notar cómo mis carcajadas son mucho más sonoras y contagiosas.

—Espero que no te estés riendo de mi... —me comenta con una amplia sonrisa.

—¡Nooooooooo! ¡Jajaja!

—Entonces, ¿De que nos reímos?

—Del perfecto polvo que me acabas de regalar.

—Pues... Mi Meiga... este será el primero de los muchos polvos que te regalaré en toda tu vida... —me dice subiendo su mano derecha por mi muslo.

—Suenas genial —le respondo levantándome de su regazo —. Pero por hoy es suficiente y nos vamos a ir a la cama... ¿Me acompañas...?

—Será un honor.

Nos dirigimos a mi dormitorio. Éste está adornado con colores rosas y purpuras. Una enorme cama decora el centro de la habitación.

Cogidos de la mano le ayudo a tumbarse junto a mí y en pocos minutos escucho su respiración acompasada. Le observó entre la oscuridad hasta que el sueño me supera acurrucada a su cuerpo.

Sexualidad y Armonía. La magia continúa.

Capítulo 11

16 de enero de 2017

Mateo

Cuando abro los ojos me encuentro con el ser más maravilloso que he visto en toda mi vida. Paola no solo crea magia, ella es magia.

Noto cómo comienza a levantar sus palpados lentamente y acomoda su vista a la luz que entra por la ventana. Mueve su cabeza hacia mí y me regala una sonrisa adormilada.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta.

—Mmmm... ¿Tú que crees...? —me responde acomodando su cuerpo junto al mío.

—Me imagino que mejor que en toda tu vida... ¿Me confundo?

—No, no te confundes... ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana... Necesito ir a mi apartamento a cambiarme.

Entro a trabajar en una hora. —le comento.

¿Dónde trabajas?

—En CodifDoc.

—Y, ¿Qué haces específicamente? —me pregunta.

—Soy el Jefe de Sistema. Es una empresa que informatiza documentación codificada—le respondo.

—Vaya... ¡Suenas demasiado serio! —me dice con los ojos muy abiertos.

—¡Jajaja! Sí, es un trabajo con mucha responsabilidad —le digo mientras me levanto y comienzo a vestirme.

—Desayunaras algo, ¿no? —me dice con cara de enfadada.

—No me da tiempo, Mi Meiga...

—De acuerdo... ¡Pero oye, dame tú número de móvil! —me comentas mientras de un salto se levanta de la cama y saca de la mesita de noche una libreta rosa y un bolígrafo verde.

—Siempre usas colores alegres, ¿no? —le pregunto con una sonrisa.

—¡Siempre! Y ahora no cambies de tema... Seis...

—Trae que te la apunto yo...

Mientras escribo, Paola se levanta de la cama y comienza a ponerse un pijama de invierno con mil corazones de colores.



¿Quieres ser quién me embruje?

Lláname a cualquier hora.

67890123400.

El chico de la playa.

—¿Ya está...? —me pregunta acercándose a mí.

—Y lo tienes, ¿Me prometes que harás caso de lo que pone ahí?

—Te lo prometo, mi embrujado —me responde guiñando uno de sus grandes ojos marrones.

—Tramposa... —le digo sonriendo y cogiéndola de la cintura.

—¿Yo...? No me hagas reír.

—Sí, tu... pero me encantas... —le respondo acercándola a mí y besándola con locura.

Y no puedo separarme de ella. Hasta su pijama se resulta irresistible. Saboreo su labio superior con lujuria, creyendo que se acabará la vida si dejo de sentirme pegado a él. Pero mi móvil comienza a sonar y me percato que llego tarde a la oficina.

—Tengo que irme... ¡Lláname! —le pido mientras recorro casi corriendo

su pequeño apartamento y llego a la puerta de salida.

—¿Y si no lo hago...? —me pregunta de forma coqueta.

—¿Sabes que las meigas malas pueden ser castigadas...? —Y, sin recibir respuesta, salgo por la puerta y la cierro. Mientras bajo las escaleras mi mente no deja de pensar.

«Mi Meiga, ¿Quieres jugar? Jugaremos»

Capítulo 12

Paola

«¿Sabes que las meigas malas pueden ser castigadas...?»

Cada vez que me acuerdo de lo último que me dijo se me eriza la piel, me tiemblan las piernas y mi mente viaja a nuestro primer encuentro sexual. Nunca imaginé que la segunda que viera a Mateo sería para confesarle mi secreto y directamente comenzar una... ¿relación?... Podríamos considerarla una relación en plan amigos con derecho a cama... ¿No?

Me bebo en dos sorbos mi cappuccino y robo de uno de los armarios de mi cocina un paquete con dos magdalenas envueltas en un plástico. Les quito el envoltorio y doy un mordisco bastante grande a la magdalena.

Con un movimiento rápido cojo el bolso color azul que había dejado preparado encima del sofá y salgo disparada hacia la oficina.

Diez minutos después me encuentro sentada en la sala de reuniones con una sonrisa de oreja a oreja y el cutis más resplandeciente del culo de un bebé. Mis tres amigas se encuentran en la sala.

—Genial... Comencemos con la tarea... —les comento.

—Tú has... ¡Follado! —me dice Lola mientras que con su dedo índice me señala de forma poco disimulada.

—En serio, Lola, déjate de tonterías —le respondo sin levantar la mirada de mis papeles.

—Mateo, 32 años, alto, moreno con el pelo canoso... —Comienza a enumerar Lola ayudándose con los dedos de su mano derecha.

—Lola, ¡no le preguntes a mis Maestros!

—¿Pero es verdad...? —pregunta Brisa con cautela.

—¡Sí, es verdad! —le respondo ayudándome de un suspiro teatral—. Le conocí por casualidad hace unos días en el Retiro. El me confundió con otra chica...

—Y, ¿por qué no nos dijiste nada...? —pregunta Estela.

—Primero —les digo empezando a enumerar con los dedos de mi mano izquierda—. Creí que no lo volvería a ver y segundo... Fue el día de la ruptura con el imbécil de Mike...

—¿Y luego que ha pasado para reencontraros? — pregunta Brisa.

—En realidad, nos “conocíamos” de antes...

—¿De antes, a qué te refieres...? — cuestiona Estela.

—La última noche de San Juan me crucé en la orilla de la playa con él... Bueno más bien con su mirada...

—¿¡Cómo!?! —gritan al unísono.

—¿Os acordáis de aquel baño purificador? —les pregunto mirándolas una por una—. Pues me crucé con su mirada y supe que sería mi Destino.

—¿Y no nos dijiste nada? —pregunta Estela.

—Pues la verdad es que hasta yo me olvidé del tema... hasta hoy y que al contarle mi secreto he reaccionado a su mirada.

—De acuerdo. Pero ya sabes que debemos investigar todo sobre... — comenta Lola mientras mueve su mano pidiéndome el nombre.

—Mateo, Lola, se llama Mateo... —le respondo con una gran sonrisa.

—Exacto, Mateo. El viernes realizamos otra reunión y a la vez que analizamos los avances de nuestro nuevo cliente, vemos que nos cuenta nuestros dones sobre tu nuevo chico —dice Lola mientras abre la carpeta azul con los datos de Thiago—. Ahora sigamos con Thiago. ¿Tenemos algún avance? ¿Alguna de nuestras clientas que puedan adaptarse a sus condiciones?

—Sí. Tengo tres elegidas —dice Brisa—. La primera es Carlota. Dependienta de 30 años. Sus hobbies son muy parecidos y busca un chico extranjero, se ve que es su debilidad.

—¡Genial! ¿La segunda? —pregunta Lola.

—La segunda es una rubia tetona, de un metro y ochenta centímetros. Hobbies parecidos, aunque la descripción de chico ideal no es perfecta con la de Thiago —explica Brisa.

—Vaya, parece que no te gusta esa chica... —le dice Lola, echándole una mirada de reojo.

—¿A mí...? A mí que más me da... —responde Brisa con voz nerviosa.

—De acuerdo... La tercera chica —dice Estela.

—Se llama Manuela. Morena, ojos oscuros y piel oscura. Hobbies casi parecidos —comenta Brisa.

—¡Esta parece que te ha caído un pelín mejor...! —le dice Lola con una gran sonrisa.

—¿Tienes algún problema conmigo, Lola? —le pregunta Brisa.

—Nunca tendría un problema contigo, pero el tiempo me dará la razón a

mí, aunque no espabiles.

—¡Déjate de adivinanzas! Sí estamos de acuerdo voy a concretar la cita para esta noche con la primera chica —comenta Brisa, mientras se levanta de forma casi pesada de su sillón.

—¡Genial! ¿Podrás dormir tranquila esta noche...? —pregunta con sacarnos Lola.

—¡Vete a la mierda! —responde Brisa, acelerando su paso hacia la puerta bastante cabreada.

La mirada de las tres son un poema. Vemos cómo la puerta de la sala de reuniones se cierra de un solo golpe y nos contemplamos unas a las otras preguntándonos el motivo de porque Brisa está así.

—Lola, te has pasado... —dice Estela rompiendo el silencio.

—Tiene que reaccionar o perderá al amor de su vida —responde Lola.

—¿El amor de su vida? Pero si no tienen nada en común —comenta Estela.

—El amor no es que se junten dos copias con un mismo sentimiento, muchas veces dos almas diferentes con el mismo sentimiento es el mejor de los regalos —responde Lola.

Destino y Sentimientos. La magia continua.

Capítulo 13

Mateo



Capítulo 14

Thiago

Termino de abrocharme la camisa negra que he elegido para la primera cita que la agencia me ha preparado. Los clásicos vaqueros azules y una chaqueta de cuero negra complementan el look que he elegido para esta noche.

Dos años llevo viviendo en España y aunque no me ha faltado compañía femenina, siempre me he encontrado perdido ante la posibilidad de encontrarle a ella.

Necesito una mujer fuerte, decidida y sobre todo cariñosa. El problema ya no es mi carácter, ni mi estabilidad laboral (que todo hay que decir, es perfecta) el problema viene generado por mi familia.

Ellos tienen una forma de vivir la vida muy tradicional. Ceremonias, ritos y creencias de mis antepasados se mezclan con una vida empresarial, donde no cabe la posibilidad de echar a perder una vida familiar.

Me escapé huyendo de esa mezcla extraña, buscando la realidad hacía mi forma de ver la vida.

Les amo con locura. Mis padres, mis hermanos, hermanas y sobrinos. Una gran familia que lo mismo que te apoya en una, te asfixia en la misma medida y ese detalle en especial es un gran problema.

«¿Quieres huir? Vete, pero cuando vuelvas a tu hogar, que sea con una familia» Me dijo mi madre la última vez que la vi y ese recuerdo me atormenta cada día.

Cierro con llave la puerta de mi apartamento y me dirijo a la salida del portal de vecinos. Cruzo la calle y abro con el mando a distancia mi coche deportivo de color negro. Accedo a él, pongo la llave en el contacto y meto la marcha para salir del estacionamiento.

Enciendo la radio y el GPS con la dirección de la casa de la chica que voy a conocer hoy.

Solo sé que llama Carlota, que tiene 30 años y trabaja de dependienta en una tienda. Solo espero que físicamente sea de mi gusto y oye quién sabe...

«Lo mismo no es la mujer de tu vida, pero si la de una noche...»

Diez minutos después estaciono en la puerta que la Agencia me pasó y le

realizo una llamada perdida al número de móvil que Brisa me enumeró en su llamada.

Brisa. Desde que mi mirada se cruzó con la suya, su imagen vuelve a mí una y otra vez. Y el problema ya no es su físico «¡Es preciosa, tío!» El problema lo tengo cuándo abre su boca para decir algo y me regala algunas de sus “bombas” dialécticas.

Me saca de quicio, tanto o más como me lleva a los sueños más húmedos que he tenido en toda mi vida. «Mejor, deja de pensar en Brisa»

Escucho dos leves golpes en la ventanilla del acompañante y salgo del coche para conocer a mi cita.

Alta, morena, pelo liso, ojos marrones «Es una preciosidad...»

—¡Hola, soy Mateo...!

—¡Hola, me llamo Carlota!

Le abro la puerta del coche y accede a él de una forma un poco forzada «Los pantalones que llevas son increíbles, preciosa, pero no hace falta llevarlos tan ceñidos para estar más sexy. Un punto menos, me encanta las mujeres sexuales, pero que vayan vestidas de forma natural.»

Cinco minutos después aparcamos en el aparcamiento privado del restaurante donde he reservado mesa para cenar. Le abro la puerta del coche y le ofrezco mi mano para ayudarlo a salir de él.

De una forma demasiado superficial enlaza su brazo derecho en mi brazo izquierdo y con un toque de mando cierro el automóvil.

Pocos pasos después nos encontramos en la recepción del comedor y después de dar mi nombre al *maitre* nos acompaña a un reservado rodeado de visillos de color blanco y lila. Ayudo a Carlota a sentarse en su silla y cuando yo me acomodo pedimos la bebida.

—¿Conoces la carta de este restaurante? —me pregunta.

—Es la primera vez que vengo, pero si le he echado un vistazo por Internet —le respondo mientras sigo observando la carta—. He leído que su especialidad es la pasta italiana.

—¿Pasta para la noche? —me pregunta arrugando la nariz.

—¿Engorda...? —le devuelvo la pregunta de forma sarcástica.

—Sí. Yo mejor una ensalada...

—De acuerdo. Para ti una ensalada y para un unos Tallarines a la Carbonara —digo con una amplia sonrisa.

—¿A que te dedicas, Mateo?

—Soy tallista de joyas.

—¿Y que material trabajas?

—Sobre todo la plata y el oro rosa —le digo alzando mi ceja izquierda—. ¿Te gustan las joyas...?

—¿Y a quién no le gustaría llevar una joya? Pero eso sí, antes elijo el oro rosa que la plata... —me contesta frunciendo de nuevo su pequeña nariz. Me acabo de dar cuenta que ese gesto es normal en ella y me empiezo a poner nervioso.

«Dale alguna oportunidad, la última...»

Uno de los camareros nos deja la bebida y a continuación nos traen los platos elegidos. Comenzamos a degustar la comida mientras la conversación se hace más distante e incómoda.

—Y tú, ¿Trabajas de dependienta...?

—Sí, en una tienda de alta firma.

—¿Y te gusta...?

—La verdad es que no me gusta mucho tener que tratar con la gente, pero me ayuda a ganar dinero y poder adquirir complementos de la firma a muy buen precio.

—El descuento del trabajador...

—Exacto.

Poco más de eso es nuestro dialogo a lo largo de la noche. Ambos estamos distantes, ese enlace que deberíamos tener por ambas partes no es real por ambas personas y decido ser sincero y dar por finalizada nuestra cita.

—Creo, que las chicas de la Agencia no han elegido bien esta vez...

—Creo que vieron tu trabajo y pensaron «La pija de la lista, para el joyero» —me dice riéndose por primera vez en la noche, pero ni la sonrisa me atrae de ella y eso que es una mujer preciosa.

—¡Jajaja! Creo que esa fue su forma de elegir pareja. Brisa puede ser muy... —de pronto un movimiento rápido se cruza por la esquina del fondo. Un pelo rojo como el fuego se cruza mi vista y penumbra mi mente.

—¿Muy...?

—¿Perdón...?

—¿Qué me estabas diciendo que Brisa puede ser muy...? —me insiste a hablar con un movimiento de manos.

—¡Muy rápida...!

—¡Pues no será buscándome pareja!

—¿Perdona...? —yo sigo observando la esquina del restaurante por donde aquellos rizos rojos se perdieron.

—Brisa, lleva varios meses buscándome pareja y nada, ¡Aquí sigo! —me dice poniendo una cara triste.

—¡Vaya, lo siento! Seguro que pronto darán con el chico de tu vida —le digo levantándome de la silla—. Si no te importa, voy a ir al servicio.

—¡No, claro!

Comienzo a andar hacia los servicios que para mi suerte están situados en la famosa esquina y comienzo a mirar a mi alrededor buscando ese “fuego”. No veo nada.

«Sal al jardín, sal al jardín»

Me dirijo por la puerta secundaria que da al exterior del restaurante y analizo a las personas que se encuentran sentadas degustando de sus comidas... ¡Y allí está!

Es ella, es Brisa. Una Brisa sonriente cruza su mirada conmigo y da dos pasos hacia la zona oscura de los jardines. Me dirijo hacia el jardín por el que ha desaparecido, pero no la veo. Lo intento, insisto en su búsqueda, pero allí no está. Dirijo mi mirada a un muro de piedra decorado de yedra sin florecer por el invierno y me encuentro un papel pegado con un mensaje. Lo cojo y me doy cuenta que va dirigido a mí.

Creo que las niñas de papá no van con tu perfil.

Nunca olvides la perfección de tu oficio.

Para Thiago.

Se me escapa una gran sonrisa. Tengo la prueba de que ha estado aquí, pero no ha estado. Lo que ella no sabe es que yo soy también capaz de aparecer y desaparecer cuando algo está en mi mano.

Me dirijo a la barra, abono la cena y acompaño a mi cita a su casa. Allí nos despedimos con un “Encantados de conocernos” y me subo a mi deportivo camino de mi apartamento.

Llego a casa, me desvisto, me quedo en slips y cojo el móvil de encima de la mesa del salón. Abro la aplicación de mensajería y el chat correspondiente a Brisa:



Brisa
online



Un buen tallista solo refleja la perfección, cuando la joya se deja trabajar por éste. Para Brisa.



Capítulo 15

Paola

¡Ring, ring!

Llevamos dos horas durmiendo y el timbre del portero automático no deja de sonar. Sé quién es y sé lo que necesita. Al final lo ha hecho, le ha seguido y le ha advertido sobre ello.

Mateo, más nervioso de lo normal se levanta de la cama y sale corriendo hacia el portero automático, mientras yo me levanto despacio, me pongo una sudadera enorme que tengo para estar en casa y salgo al salón.

—Sí, sé que es Brisa...—le digo a Mateo.

—¿Qué hace en tu casa a las una de la madrugada? —me pregunta Mateo.

—Necesita desahogarse. Se ha excedido en el trabajo y necesita hablar con alguna de nosotras —le respondo acariciándole la mejilla—. ¿Te importaría volver solo a la cama...?

—No hay problema, pero si me necesitáis...

—Mmm.

—¡Avísame! —me dice acunando mi cabeza entre sus grandes manos y posando sus labios sobre los míos.

Le guiño un ojo y abro la puerta antes de que el timbre suene y despierte a todos los vecinos.

—He hecho algo... ¡Horrible! —grita Brisa cogiendo su cabeza entre sus manos.

—Bueno, horrible sería una enfermedad o un asesinato, solo le has...

—¡Seguido! —me grita Brisa.

—Brisa, eso lo has hecho otras veces... —le digo, mientras le invito a que me acompañe a la cocina.

—Pero esta vez me he dejado ver de cara y encima le he dejado un mensaje —me contesta en voz baja.

—¿Me acabas de decir que le has dejado un mensaje?! —le grito.

—¡¡¡Sí!!! —me responde con un sollozo.

—¡¡¡Joder, Brisa!!! Sabes que está prohibido. No deben vernos

directamente y menos dejadles ningún mensaje... —le recrimino mientras cojo dos tazas y coloco la tetera a calentar.

—¡¡¡Lo siento!!! Pero es que Carlota no era para él...

—¿Y quién es la indicada para él...? —le pregunto con la mirada severa.

—No lo sé. ¿La siguiente elegida...?

—Tampoco lo será...

—¡No se sabe, Paola! —me solloza Brisa.

—¿Thiago sabe que eras tú?

¡Sí! Mientras me viajaba hasta aquí me ha llegado este mensaje —me dice enseñándome su móvil.

—¡Genial, Brisa...!

—¿Y ahora qué hago...?

—Lo primero es no volver a comunicarte con él durante una de sus citas y menos que él te vea —le digo mientras echo el agua caliente en las tazas y añado los coladores con melisa—. Ya sabes que puedes espiarle, pero nada de comunicación directa, ¿entendido?

—¡Sí, Brisa! —me responde absorbiendo la nariz.

—De acuerdo. Cálmate, pequeña, en peores sitios hemos *ritualizado* —le digo con una sonrisa mientras le invito a chocar nuestras tazas.

Nos tomamos las infusiones y le invito a quedarse a pasar la noche en la habitación de invitados. Su agotamiento no admite realizarme una queja a respecto, así que como una automática se va a la habitación que tantas veces ha usado.

Acto seguido apago la luz de la cocina y decido ir a mi habitación. Allí me esperan esos ojos negros que me cautivaron en aquella noche de brujas.

Amistad y Sinceridad. La magia continua.

Capítulo 16

17 de enero de 2017

Mateo

Me dirijo a la cocina con el sueño invadiendo mi cuerpo. Cojo la cafetera italiana de color rosa que Paola guarda en el primer armario de la cocina. La desmonto, le pongo el máximo de agua, le coloco el filtro de metal y le añado varias cucharadas de café. Enciendo el fuego y la pongo a funcionar...

—¡¡¡¡¡Ahhhhhhhhhhhhh!!!!

—¿¡Pero qué mierda...! —grito mientras giro mi cuerpo y me encuentro con una chica en vaqueros, camiseta negra y un pelo rojo alborotado pegando gritos.

—¿Quién coño eres? —me pregunta de forma acusadora mientras me señala con el dedo índice de su mano derecha.

—¿Yo, mejor nos deberíamos de preguntar quién eres tú? —le digo con el ceño fruncido.

—¡Vale... tiempo muerto! Bajad esos dedos... ¡Venga, abajo! —nos recrimina Paola—. Así mejor... Brisa, te presento a Mateo. Mateo, te presento a mi amiga, Brisa... ¡Venga, dos besitos...!

Nos acercamos uno al otro de forma tímida y nos damos los dos besos que Paola nos ha pedido... aunque debo confesar que esta chica me da un poco de mal rollo.

Encantado de conocerte, Brisa —le digo de forma sincera, aunque con ese mal rollo en mi mirada.

—No seas mentiroso, ¿Te doy miedo? —me pregunta Brisa.

—La verdad, ¿Es que un poco de mal rollo?

—Tranquilo, mira yo soy la bruja encargada del tarot. Mientras trates bien a Paola, mi varita mágica quedara intacta hacia ti. ¿Trato hecho? —me dice extendiendo su mano derecha hacia mí.

—¡Trato hecho! —le respondo con voz decidida.

—Bueno, ¿Ya le has metido el miedo en el cuerpo, Brisa? —pregunta

Paola, mientras retira el café del fuego y comienza a repartirlo en tres tazas.

—Solo le he avisado, no seas tan correcta...

—Pero mi promesa ha sido sincera... —le respondo.

—Eso ya se verá...

Doy un sorbo a mi café y alzo la vista hacía el reloj de pared que adorna la cocina.

«¡Mierda, voy tarde!»

—Tengo que irme a casa a cambiarme, en una hora debo estar en el centro de la ciudad... —les digo a ambas mientras me termino el café y cojo mi chaqueta de la percha de recibidor.

—¿Dónde trabajas...? —grita Brisa.

—¡En el desayuno te lo explico, cotilla...! —responde Paola.

—¡Adiós, novio de Paola! —canturrea Brisa desde la cocina.

—¡Brisa...! —le regaña Paola.

—¡Adiós, *minitornado*! —le digo a modo de despedida mientras rodeo con mi brazo la cintura de Mi Meiga y le mordisqueo el labio inferior.

—¿*Minitornado*...? —me pregunta entre risas Paola.

—Claro... Si juntamos el nombre Brisa, la entrada triunfal a la cocina y su modo de gritar... Es un ¡*Minitornado*! —le explico mordiéndole el cuello.

—¡Ja, ja, ja! Me encanta...

—¿El qué? ¿El mordisco, ser mi novia o el apodo que le he puesto a tu amiga? —le pregunto.

—Me gusta todo, ya que todo eso es posible por estar junto a mi.

—¡Me encantas!

—¡Y tú a mí!

Tras estas palabras cierro la puerta, respiro hondo y analizo la maldita suerte que he tenido al cruzarme con ella.

Capítulo 17

Paola

Después de acompañar a Brisa a su apartamento para que se duchara y cambiara de ropa, nos dirigimos a la Agencia. Lo bueno es que todas vivimos muy cerca de ésta. Me siento en la silla de mi oficina. Dejo el bolso encima de la mesa y apoyo los codos en ésta ayudándome a colocar la cabeza sobre las palmas de mis manos.

Y analizo todo lo vivido en estos últimos días, en la llegada de Mateo en mi vida, cómo aquellos ojos negros me miraron desde el mar. Estoy un poco perdida en algunos puntos de nuestra relación, pero me dejo llevar por ella, necesito que mi alma y mi cuerpo estén junto a él.

Con un golpe seco, la puerta de la oficina se abre de par en par y entra Lola con la cara roja como un tomate.

—Lola, ¿ocurre algo? —le pregunto.

—Qué las locas de nuestras amigas quieren ir a comprar material...

—Y el problema está... —le digo moviendo mis manos de forma interrogante.

—Qué quieren ir al Bazar chino del polígono ¡Y yo me niego! —grita Lola.

—Lola, sabes de sobra que nosotras podemos ritualizar cualquier material sea de donde sea la procedencia...

—¡Eso ya lo sé!

—¿Entonces...? —le exijo que me aclare.

—Odio ir a ese bazar... —me dice con una voz casi desesperada.

—¡Venga, levántate y vamos a pasar la tarde de compras! —le exijo mientras me levanto de la silla de forma enérgica y cojo mi bolso de encima de la mesa.

Me pongo mi abrigo de paño y la bufanda antes de salir. Cerramos la puerta de mi oficina y nos encontramos con Estela y Brisa en la recepción de la Agenda.

—¿Nos vamos de compras, chicas? —canturrea Brisa.

—No te cachondees, Bruja... —le recrimina Lola con cara de mosqueo.

—¡Ja, ja, ja! Venga, amiga, que es broma... aunque bien sabes, que yo

adoro perderme por los eternos pasillos del Bazar —le responde Brisa con una sonrisa aniñada.

—Pues venga, ¡cerrad las puertas! —grita Estela.

Con un movimiento de dedos cierro los dos pestillos de la puerta de entrada y apago las luces de las oficinas. Recorremos andando los escasos cien metros hasta el apartamento de Estela, que es la que vive más cerca de la Agencia y cogemos el ascensor para bajar a los aparcamientos privados que tiene la comunidad de vecinos.

Llegamos a la plaza veinticuatro y Estela abre su Mini rojo con el mando a distancia. Lola, como siempre se sube en la parte del acompañante, es de las que dicen que con veinte centímetros de tacón parece ridícula en la parte de detrás del coche. Brisa y yo nos subimos en la parte de detrás, cerrando las puertas.

Estela arranca el coche, mete la primera marcha y salimos del parking. La luz del sol del invierno se refleja en nuestras pupilas y decidimos plantarnos nuestras coloridas gafas de sol a la vez.

—Chicas, creo que sería una buena opción, mirar nuevas gafas más otoñales, ¿no creéis? —les pregunto.

—¡Pero si son monísimas! —responde Brisa con una gran sonrisa.

—Venga... ¡Sabéis que llevo razón...! —les vuelvo a proponer.

—¡Uffff! Bueno, ya veremos... —refunfuña Brisa.

Y nos observa. Estela con unas gafas azul cielo de playa con los cristales casi blancos, Lola con unas gafas blancas con pequeños diamantes falsos, Brisa con unas gafas en color verde hierba con florecitas en las patillas y yo con un modelo aviador color rosa llamativo.

¿Dónde compramos esta barbaridad? En la noche de San Juan, cuando creíamos que la vida nos jodería aún más y sin embargo me acuesto con el tío de los ojos negros. Cada día, cada noche.

Mi mente vuelve al coche que nos lleva a la máxima locura. ¿Habéis visto alguna vez a cuatro brujas en un bazar chino comprar su material de brujería?

Bienvenidos a nuestro día a día. La vida de bruja no es fácil, todo cuesta, hasta las velas y siempre hay que buscarse la forma de ahorrar un dinero. Así que desde hace unos años decidimos ahorrar en material, usar nuestra magia para preparar dicho material y darle la práctica necesaria en cada caso.

Aparcamos el coche en el parking más cercanos y nos bajamos las cuatro. Nos colocamos bien los abrigos, ya que este frío invernal se cuela en los

huesos y comenzamos a andar hacía la puerta de entrada del Bazar.

Este está en una nave industrial inmensa. Está formado por diez pasillos repartidos en dos plantas. La primera está más destinada al menaje de hogar, mascotas, etc. La planta de arriba es para la ropa, zapatos y demás complementos.

Tras pasamos las puertas automáticas y nos colocamos en fila mirando el interior de la tienda. Brisa da un leve silbido en señal de satisfacción y sale corriendo a la planta de arriba.

—¡Me piro a la zona de ropa!

—¡Brisa, ten cuidado con las escaleras...! —le grita Estela.

—¡Y con el monedero...! —le chilla Lola.

—¡Lola, ni que sean ladrones! —le digo.

—No son ladrones, pero venden barato. Vas juntamos un producto de aquí, otro de allí —me comenta señalando artículos de las estanterías—. Y al final se ha gastado un dineral en cosas que no necesita realmente.

—Bueno, ¡Ya basta! —le regaño—. Tengamos la fiesta en paz. ¿Quieres ver algo...?

—¿Aquí venden compresas?

—¿Compresas? —le pregunto con cara de sorpresa.

—Sí, compresas para la regla.

—Lola... A ver, ¿Quieres comprar compresas para la menstruación en un bazar chino? —le pregunto, mientras me acaricio el puente de la nariz.

—Las necesito... —me responde con alzando los hombros con tranquilidad.

—¿Para cuándo las necesitas...?

—Entre hoy y mañana...

—De acuerdo. Primero vamos a comprar aquí el material que necesitamos y después iremos a un supermercado a buscar tus compresas...

—Pero ¡qué más da, las podemos comprar aquí!

—Lola, ¡no voy a dejarte comprar compresas menstruales de una marca rara! —le digo de forma casi histérica.

—¿Pero si podemos comprar el material de la tienda? —me refunfuña.

—¡Ya basta! —grito.

En ese mismo instante los frascos de productos del hogar comienzan a balancearse siguiendo el ritmo de las estanterías. Mis manos se cierran en dos puños muy apretados y comienzan a temblar a la vez que el resto de la tienda.

Entonces llega a mí. Mi mente comienza a recibir varias imágenes y una intuición se hace con mi mente. Algo va a ocurrir, no controlo mi cuerpo, pero a mi mente llega una voz conocida.

—Lectora, soy Lola. Soy yo. Tranquila, respira despacio, tranquila, Lectora. Respira, solo es una intuición.

Mi cuerpo comienza a reaccionar con normalidad. Mis manos se abren lentamente sintiendo cómo los dedos comienzan a recobrar su color normal y el cosquilleo producido por la falta de circulación aumenta por segundos.

Abro los ojos y veo a Lola. Me acaricia de forma tierna el cabello. Observo mi alrededor y veo cómo varios productos han caído al suelo. Comienzo a escuchar pasos acelerados cada vez más cerca de mí y mi corazón comienza a bombear cada vez más deprisa.

Las primeras personas que llegan a mí son varios empleados de la tienda. Comienzan a recoger los productos volcados en el suelo y sus miradas son directas hacia nosotras.

—No sabemos lo que ha ocurrido... —consigue decir Lola a los empleados—. Pagaremos cualquier desperfecto.

—No sé preocupe, está todo en buenas condiciones —responde uno de los empleados con un acento asiático bastante pronunciado.

—Perdón... —consigo articular.

—¿Pero que ha pasado...? —pregunta Estela, que acaba de llegar a la sección de droguería.

—Una intuición. —responde Lola.

—Joder... —responde Brisa, mientras hace malabares sujetando todos los productos que ha cogido para comprarlos.

—Ya me encuentro mejor. Creo que lo idóneo es comprar el material que necesitamos e irnos a comer algo. —les propongo.

—De acuerdo, han abierto un restaurante nuevo aquí cerca, sí te encuentras mejor podríamos ir allí —comenta Brisa, mientras nos dirigimos al pasillo de las velas.

—Sí, me parece genial —respondo con una sonrisa.

—¡Genial! Compremos lo que necesitamos y nos vamos a comer —dice Estela.

Nos dirigimos dos pasillos a la izquierda de nuestra ubicación y accedemos a éste. El olor característico a incienso, cera y aceites aromáticos llega a nosotras.

Cogemos un carrito de compra que encontramos en unos de los laterales mientras Brisa saca un trozo de papel de su bolso bandolera y comienza a dictar los materiales que necesitamos.

—De acuerdo, necesitamos cien velas de cilio negras, rojas, blancas, verdes, azules, amarillas y violetas —dice Brisa.

—Esas están al final del pasillo... —susurra Estela mientras guía el carrito de la compra hacía allí.

—Creo que lo mejor es comprar todo esto al por mayor...—propone Lola.

—Pues buscamos a uno de los trabajadores y les hacemos el pedido por cajas —propone Brisa.

—Genial, por allí viene uno... ¿Disculpe, puede atendernos? —grito intentando llamar la atención a uno de los trabajadores de la tienda.

—Sí, Señora.

—¿Vendéis al por mayor? —pregunta Lola.

—¡No fiar, no fiar! —responde el dependiente muy serio.

—¡No, no! Queremos pagar en el momento —intento explicarle al chico—. Pero necesitamos grandes cantidades de varios productos.

—¡Sí, gracias!

—¡¿Sí?! Genial, ¿A quién podemos hacerle el pedido? —pregunta Estela con la lista de los materiales en la mano.

—¡Caja, gracias! —nos responde el dependiente haciendo una pequeña reverencia con la cabeza.

—¡Gracias! —respondemos las cuatro a la vez.

Comenzamos a andar dirección a la caja. Estela conduce el carrito medio lleno con cosas que Brisa ha decidido llevarse para su apartamento museo chino (no le pueden caber más detalles orientales en su hogar) cuando en mi mente escucho una voz femenina rezar.

«Ayúdame, Abuela, necesito que me guíes sobre el color de la vela. Me siento perdida ante este cambio ¡Ayúdame, por favor!»

Giro mi cuerpo hacía ese rezo y me encuentro con una chica de unos veinte años. Un pelo negro y con un corte asimétrico en la zona del flequillo. Está agachada mirando la estantería de las velas de colores. En su mano izquierda sostiene un velón de color blanco y su mano derecha uno de color verde. Su pensamiento vuelve a mí.

«¿Qué color será el indicado? ¿Blanco o verde, verde o blanco? La esperanza, la esperanza, la esperanza...»

Me dirijo hacia ella de forma cautelosa. Puedo asustarle y solo es una bruja nueva ante un mundo diferente. Me arrodillo a su lado, le miro y le sonrío.

—¡Hola, Paola!

—Hola, soy Rose —me responde con clara interrogativa.

—Creo que para la esperanza te vendría mejor la vela blanca.

—¿Cómo sabes que es para...? —me pregunta con los ojos muy abiertos—. Eres también una Bruja...

—¡Ajam! —le respondo con una gran sonrisa.

—Verás esto es nuevo para mí —me comenta señalando de forma enérgica todas las estanterías.

—Bueno, nadie nace sabiendo. Mira, la vela de color blanco es la neutralidad —le comento cogiendo una vela de ese color de la estantería.

—¿La neutralidad...?

—¡Claro! Eso quiere decir que el poder de su color simboliza cualquiera del resto de colores.

—¿Me quieres decir qué ante una vela blanca, cualquier color queda neutralizada?

—Algo así... —me respondo—. Lo que te quiero explicar es que el truco no está en la vela, está en la energía que emplees ante tu pedido.

—Bueno...

—¿Bueno...? Tienes dudas ante tus pedidos, ¿Verdad? —le pregunto guiñándole un ojo.

—A ver, mi Abuela era Bruja y me ha dejado un libro sobre estas prácticas. El problema es que estoy perdida, ante todo —me comenta con ojos vidriosos.

—¿Quieres que te enseñemos? —le propongo.

—¿Enseñarme? ¿Quiénes? —me pregunta con un tono lleno de incredulidad.

—Mis amigas y yo. ¿Ves aquellas cuatro chicas con gafas estafalarias? —le señalo.

—¡Sí! —le responde con una sonrisa.

—Pues son tan Brujas como yo. Cada una poseemos un don de nacimiento, como tú —le comento señalándole con uno de mis dedos índices—. Y en tres, dos, uno...

—¿Entonces tenemos nueva compañera de juego esotéricos...? —pregunta Brisa.

¡Te recibirán con los brazos abiertos en nuestra familia! —le respondo

dejando las dos velas que sostenía en sus manos y devolviéndolas a la estantería.

—¡Ey, mis velas! —me recrimina Rose.

—¡Tranquila, nosotras vamos a comprar al por mayor! —le digo animándola a levantarse del suelo y caminando hacía las chicas—. ¡Ven con nosotras!

Con una gran sonrisa, Rose me acompaña a la zona de caja. Allí le presento a las chicas y decidimos realizar el pedido de material lo antes posible. El hambre comienza a hacer mella en nuestros cuerpos.

—¿Lo tiene todo apuntado...? —pregunta Estela al chico de la tienda.

—¡Sí, gracias!

—Son siete cajas de velas de cilio de los colores indicados, otras siete de velones, cincuenta paquetes de incienso de aromas diferente y veinte paquetes de cerillas de madera —enumera Brisa.

—¡Todo, bien! Ahora, traer.

—¡Genial! Si quiere nos puede ir cobrando... —propone Estela.

—Espera, ¿Aquí habrá sal? —pregunta Brisa.

—Brisa, tenemos que parar en el supermercado a comprar compresas para mí...—responde Lola.

—¿Todavía usas compresas...? —pregunta asombrada Rose—. Yo uso copa menstrual...

—¿Y que es eso...? —pregunta Lola.

—Es una especie de embudo de látex, que te lo pones en tu parte íntima y la menstruación queda alojada ahí —le explica Rose.

—Uy... ¡Eso suena bien...! —comenta Lola.

—Es súper cómoda y no tienes que estar pendiente de las compresas —dice Rose.

—De eso seguro que venden aquí... —comenta Lola—. Disculpa, ¿Copa menstruales venden?

—Tercer pasillo... —le responde el cajero.

—¿En el tercer pasillo? ¡Voy para allá! —grita Lola.

—¡Lola, no vas a comprarte aquí eso! —le grito—. ¡Para eso vamos a una farmacia!

—¡Mira que eres aguafiestas! —me chilla Lola—. Iba a ser nuestra primera experiencia anormal entre Rose y yo...

—¡Déjate de experiencias anormales! Pagamos, comemos y vamos al

supermercado a por lo demás... ¡Qué día más largo! —comento levantando mis manos al cielo.

—Son doscientos cincuenta y seis con doce céntimos —nos dice el cajero.

Estela saca de su bolsillo el monedero, realiza el pago. Mientras las demás salimos del Bazar con el carrito cargado de varias cajas de cartón. Las cargamos en el maletero del coche.

Cuando todo está listo, nos montamos en el coche y nos dirigimos al nuevo restaurante. Encontramos un aparcamiento muy cerca de la puerta y nos bajamos del coche.

Las cinco nos dirigimos con paso decidido a la puerta y accedemos al recibidor donde minutos más tarde nos atiende un camarero.

—¿Desean comer?

—Sí, mesa para cinco, por favor —le solicito con una sonrisa.

—De acuerdo, ¡Acompañenme!

Nos guía al salón. Nos ofrece sentarnos en una mesa de seis comensales y retira uno de los servicios de la mesa, acoplando los restantes para estar más cómodas en la mesa.

Me siento. Dejo mi abrigo y la bufanda apoyada en mi silla. El bolso se queda apoyado en los bajos de la mesa y giro mi cuerpo hasta apoyar mis codos encima de ésta.

Y entonces, solo entonces llego a verle. Es él y besa a otra persona.

Engaño y Costumbre. La magia continua.

Capítulo 18

Mateo

No puedo dejar de pensar en Paola. La necesidad de besarla, de sentirla junto a mi es superior a todo lo vivido en mis treinta y cinco años de vida.

Cuando Sacha se cruzó en mi vida éramos demasiado jóvenes. Creíamos que la vida solo se componía de sexo y placer... de vez en cuando un poco de amor, aunque más bien esa parte la visionaba yo solo, con Paola he aprendido que el amor es otra categoría donde se debe aprender a jugar.

Con solo dieciocho años nos fuimos a vivir a Sevilla. Creíamos que vivir en la capital y lejos de nuestras familias nos aportaría madurez, pero no fue así, solo nos aportó distancia y desamor.

Después de cinco años de relación ya no quedaba esa “chispa” del principio. No deseábamos tener sexo juntos, no nos echábamos de menos al estar horas sin vernos, no sentíamos las ganas de estar sentados uno junto al otro.

Sacha comenzó a llegar muy tarde del trabajo. Al principio se defendía con la típica excusa de las cenas de negocios y después de un tiempo ya no quedaba excusa alguna. Poco a poco fui perdiendo las ganas de estar junto a ella, hasta que hace un tiempo me dijo que rompía nuestro compromiso... pero eso sí, seguiría trabajando en la misma empresa que yo.

Así que actualmente ella trabaja en el mismo departamento que el mío, es más, es mi mano derecha.

Lo peor es que a Paola no le he dicho nada. Sé que debería de haberle contado sobre mi pasado y la dificultad que en la actualidad tengo en la oficina. Sacha tiene pareja desde hace meses y parece feliz y tranquila, así que en esta semana le seré sincero a Mi Meiga y todo quedará solucionado.

Con mi mano derecha me acaricio el cuello y resoplo profundamente, cuando suena unos toques de llamada en la puerta.

—¡Adelante!

—Hola, Matt, tengo que hablar contigo.

¡Y ahí esta! Sacha. Una mujer morena, no muy alta, con unos ojos oscuros que llegan a dar más miedo que excitación y una forma de vestir tan sexy que

hasta al propio Diablo se arrodillaría ante ella.

—Dime, Sacha...

—Necesito que estudies estos informes. Es la documentación confidencial del nuevo cliente internacional y necesita los resultados solicitados para dentro de dos días máximo —me dice, mientras se coloca al lado de mi silla de oficina donde yo estoy sentado.

—Bien. Me puedes informar sobre el cliente y que documentación solicitó...

—¡Sí, claro! —Acerca su cuerpo un poco más a mí y se estira sobre la carpeta rozando de forma sutil sus pechos en mis manos—. Mira, aquí está el nombre del cliente y el de la empresa. Esta es la documentación que debes de descodificar y este es su contacto. Por si necesitas hablar directamente con él.

— Bien... —respondo a la misma vez que retiro mis manos de su cercanía.

—Mmm, ¿Matt, te gustaría que comiéramos juntos?

—Sí, dame cinco minutos y nos vamos al restaurante que han abierto cerca del polígono industrial —le respondo un poco intranquilo tras su cercanía.

—¡Genial! Cinco minutos y nos vamos —me dice mientras sale de mi oficina, dejando la puerta abierta.

«Genial, Mateo, esta noche hablas con Paola y le explicas la situación»

Después de recoger la mesa de mi oficina y guardar el documento en el que estaba trabajando me dirijo hacia la recepción de la empresa. Allí me espera una espectacular Sacha, con un tacón de más de veinte centímetros en color negro y un traje de chaqueta negro que marcan sus curvas a la perfección.

«¡Qué poco se parece a Paola, macho! Has tenido suerte con el cambio»
Pienso mientras una leve sonrisa sale de mi boca.

Sacudo mi mente y le hago una señal con la cabeza a Sacha para que me siga al aparcamiento privado que la empresa nos tiene reservado. Llegamos a mi deportivo negro y abro con el mando a distancia. Le abro la puerta para ayudarle a subir a éste, ella es así, le gusta toda la caballerosidad posible. Cierro la puerta y me dirijo a mi asiento. Me siento, arranco, salgo con cuidado del parking y me dirijo dirección Alcorcón y sus alrededores.

Ninguna conversación sale de nuestras bocas, solo miradas fugaces y algún tarareo de la canción que suena en la radio en ese momento anima a seguir en este corto viaje.

Media hora después llegamos a los aparcamientos privados del restaurante.

Lo abrieron hace poco. El estilo del servicio es una mezcla de buffet combinado con gourmet nacional.

Accedemos al restaurante y el camarero nos ofrece una mesa. Nos sentamos y solicitamos las bebidas. Vino tinto en cada una de nuestras copas comienzan a dar forma a nuestra comida.

Sonrío cada vez más, como cada vez menos y lo más sorprendente es que miro de otra forma a Sacha. Sensualidad, pasión y deseo recorre todo mi cuerpo. No sé qué me está ocurriendo ni cómo ha sido este cambio, solo llego a comprender que estoy junto a ella, que me he levantado de mi silla y que comienzo a besarla de una forma animal.

Y de pronto, escucho un grito atroz. Giro mi cabeza hacía ese lugar y ahí está ella. Paola, llorando y destruida por lo que acaba de ver.

—¡Olvídate de mí! —me grita de forma desesperada, mientras Brisa me hace un gesto que solo puede significar venganza.

Yo solo noto cómo mi cuerpo no puedo reaccionar. Solo quiero correr hacía ella y detenerla. No tengo respuesta a lo que ha ocurrido. «Y ella, ¿Qué hacía aquí?» Ya nada importa...

Comienzo a parpadear, a mover los dedos de mis manos, a salivar por la boca y a humedecer mi garganta para así poder pronunciar una palabra.

—¿Qué acaba de ocurrir, Sacha? —le pregunto tartamudeando.

—Le he enseñado al amor de tu vida, qué todo destino puede ser cambiado —me responde con una sonrisa triunfadora.

Mi mirada se dirige a ella. La maldad en su sonrisa la delata.

Capítulo 19

Paola

«Me ha fallado. Me ha fallado. Me ha fallado.»

Mi mente no deje de repetirse una y otra vez lo mismo.

«Me ha fallado. Me ha fallado. Me ha fallado.»

Realizo un trabajo enorme de autocontrol. Estela realiza las últimas maniobras ante la puerta de la Agencia. Cuando apaga el motor todas nos quedamos inmóviles dentro del coche. Solo entonces escucho la voz de Brisa.

—Lectora, tranquila. Vamos a descargar las cajas en el almacén de la tienda y nos vamos a mi casa —me propone Estela.

—No puedo volver a mi casa. Él irá a buscarme allí... —les susurro.

—Tranquila, él no sabe dónde vivimos nosotras... Porque no se lo has dicho, ¿no? —me pregunta Brisa.

—¡No, solo sabe dónde está la Agencia! —les gruño.

—Pues la Agencia estará cerrada unos días. Yo debo irme en un par de horas para realizar el seguimiento de la segunda cita de Thiago —comenta Brisa.

—Genial, pues descargamos en un momento y nos quedamos en casa de Estela —propone Lola—. Brisa y yo iremos a tu casa a por ropa y tus cosas de aseo.

—Solo necesito desaparecer unos días... Solo unos días —rezo en susurros.

Salimos del coche. Entre las cinco conseguimos descargar toda la compra, acción que me ayuda a desconectar durante unos minutos, y comenzamos a subir en el ascensor dirección al apartamento de Estela. Ésta abre la puerta y accedemos al interior del salón.

Éste está formado por un salón recibidor y una cocina americana en uno de los laterales acristalado con grandes ventanales que enmarcan toda la estancia. La decoración es en color blanco y verde con una enorme lámpara en forma de flexo que consigue dar un aspecto desenfadado al salón.

Un pequeño pasillo da paso a dos habitaciones. Una de ellas es una habitación de invitados con una enorme cama de matrimonio y la otra

habitación es una suite con un baño completo y otra cama de enormes dimensiones con una colcha rosa y azul. Por último, un baño de invitados en el final del pasillo.

Me siento en el sofá. Lola me acompaña de cerca y se sienta a mi izquierda, me coge la mano y me la empieza a acariciar de forma pausada y cariñosa. Estela se dirige a la cocina y puedo leer su mente «Necesita una valeriana» Se me escapa una leve sonrisa al verla tan preocupada y es verdad necesito algo para relajarme y poder pensar.

—Rose, siéntete como en tu hogar —le comenta Estela—. El baño está al fondo del pasillo y si acaso está ocupado, en mi suite encontrarás otro.

—¡Gracias! —le responde Rose con una pequeña sonrisa.

—Creo que lo mejor es que Brisa y yo nos acerquemos a tu casa y te acerquemos algunas cosas —propone Lola.

—Me parece bien... —le respondo—. Ya sabéis donde tengo todo.

Noto cómo mis dos amigas se levantan del sofá y se dirigen a la puerta. Yo dejo caer mi cuerpo sobre éste y me coloco en posición fetal. Observo los ventanales que tengo justo en frente de mi visión y admiro el atardecer del día.

No acabo de comprender cómo me ha podido fallar. Estaba con otra mujer besándose delante de mis narices y no le importaba nada. Ni la ruptura con Mike semanas antes me había producido tanto dolor y desespero «Mateo es tu destino. Es el chico de los ojos negros. Es el chico de la playa» Repite mi mente una y otra vez.

Noto cómo mis parpados comienzan a cerrarse lentamente, cómo mi cuerpo siente esa pesadez de unos de los brebajes relajantes de Estela.

«Necesitas descansar. Descansa, Lectora» Me pide mi querida Estela mentalmente.

Desengaño y Ruptura. La Magia continúa.

Capítulo 20

Mateo

Corro hacía el apartamento de Paola. Llamo al timbre y nadie responde. De pronto la puerta de la entrada se abre dejando salir a dos vecinos con los que me he cruzado varias veces en éstas últimas semanas. Con una sonrisa permiten que acceda dentro del portal y me dirijo al ascensor con paso acelerado.

Creo que tengo todo acelerado. El corazón, el cerebro hasta la vista se dirige de forma solitaria a cada una de las zonas del ascensor. De pronto llega a la planta del apartamento de Paola y salgo corriendo hacía su puerta. Llamo varias veces, pero nadie abre. Aporreo la puerta con los nudillos, apoyo la oreja en la puerta de madera ¡Nada, no hay nadie! De pronto el ascensor marca la llegada de algún vecino al rellano y observo cómo dos chicas salen de su interior y se dirigen hacia mí. Me sorprendo al ver que son Lola y Brisa. Ésta última alza su mirada y al reconocermé alza su mano hacía mí y noto cómo mi cuerpo comienza a levitar dirigiéndose hacia ella.

—¿¡Qué haces aquí!?! —me pregunta con un tono neutral que congela la sangre.

—Necesito verla... —le susurro.

—¡No la verás! —me responde.

—¿Cómo que no la veré? —le pregunto con voz ahogada por la presión que esté ejerciendo en mi cuello.

—Te avisé. Si le hacía daño, te la verías conmigo. Sé lo has hecho y ahora vamos a jugar tu y yo —me responde Brisa señalándonos a ambos con uno de sus dedos.

—No sé qué me ha pasado, dejadme explicarme ¡Por favor! —le suplico.

Lola se acerca a mí con pasos decidido. Observa mis ojos de forma profunda, suspira y mira a Brisa que sigue manteniendo en la misma posición.

—Brisa, bájale... Hablaré yo con él. Algo pasa con él... —solicita Lola.

—¡No! Juré que lo pagaría y cumplo mis promesas... —grita Brisa.

—Bájale... ¡Ya! —le responde de forma autoritaria Lola.

—Necesito ayuda, no sé qué me pasa... —le pido casi sin voz a ambas.

—¡Genial! Salvado por la campana... —responde Brisa, bajando su brazo y dejándome caer de forma brusca al suelo.

Lola abre la puerta del apartamento y se adentra al pasillo que lleva al salón. Coloca su abrigo y su bolso en la encimera de la barra americana de la cocina y de forma cansada suspira, mientras se recoge una coleta en la zona alta de la cabeza.

Cruza su dura y oscura mirada con la mía y aclara su garganta de forma sonora.

—¿Necesitas beber algo? —me pregunta Lola.

—Un poco de agua...

Se dirige a la cocina. Coge un vaso de unos de los armarios y lo llena de agua fría de una de las botellas que están en el frigorífico. Me lo acerca al sofá, donde me senté minutos antes a causa de los dolores ocasionados por el repentino ataque de Brisa.

Bebo unos sorbos y aclaro la garganta con un carraspeo.

—Brisa... —le llama Lola—. Es mejor que te vayas tu a tus tareas, yo me quedo con Mateo.

—¿Estás segura...? —le pregunta dedicándome una mirada asesina—. La verdad es que ya voy un poco tarde a mis tareas, pero si algo se tuerce, llámame.

—No te preocupes, sabes que tengo ayuda... —le responde Lola con una pequeña sonrisa.

Veo cómo Brisa se coloca la bufanda mientras camina hacía la puerta de entrada, sin mirarle, siento como si hubiese vuelto a nacer. Cuando escuchamos la puerta cerrarse Lola se sienta al lado mía, vuelve a suspirar y sin pedir permiso me coge ambas manos entre las suyas. Cierra los ojos de forma relajada y comienza a oral.

—Fuego, Agua, Tierra y Aire. Venid a mí, energías de la Naturaleza. Bien supremo, conecta la luz de Mateo a mi luz, conecta su protección a la mía, ¡Qué así sea!

Lola abre sus grandes ojos oscuros y me mira muy seria.

—¿Hablas tú o yo? —me pregunta.

—Ella es mi exnovia. Se llama Sacha, disculpa Natasha, yo siempre le he llamado así —Me paso la mano por la cara, el cansancio empieza a ser más notable e mi cuerpo—. Nos conocimos hace unos años en Sevilla, mi ciudad natal. Comenzamos a salir y al cabo de los años decidimos venirnos a Madrid

a trabajar y formar una familia. Pero poco después nos empezamos a distanciar y ella me abandonó para irse con su amante.

—¿Y que hacías hoy con ella?

—Los dos trabajamos en la misma empresa y compartimos departamento desde hace años. Fue a presentarme la documentación de un cliente importante y me comentó la idea de ir a comer juntos y yo accedí. No pensé que eso fuera ocurrir...

—Sí lo sabías.

—¿Perdón...? —le pregunto.

—Sabías que ella buscaba algo más o por lo menos te lo intuyó en tu oficina —me responde Lola—. No me mientas más, por favor. Intento ayudarte.

—Mientras me presentaba la documentación...

—Sigue...

—Acarició sus pechos por el dorso de mi mano izquierda —le comento con nerviosismo—. Pero ¡yo me retiré enseguida!

—Lo sé, pero no debiste ir a esa comida —me responde seria—. ¿En la comida qué bebiste?

—Una copa de vino tinto.

—De acuerdo. ¿Qué te acuerdas exactamente de ese momento?

—Me empecé a notar más lento en mis movimientos. Mi mente y mi cuerpo solo la tenían a ella en cuenta. Nada más valía, solo a ella. Entonces me levanté y la besé...

—Tranquilo, sé que fue obligado.

—¿Obligado?

—Te han hechizado. Lo que debemos descubrir es el origen de ese trabajo y el motivo exacto —comenta Lola.

—Si es para recuperar a Paola, haré todo lo necesario...

—Escúchame, a Paola se lo debo contar todo. Mañana realizaremos un Aquelarre en el cual debes estar. Estudiaremos tu hechizo y buscaremos la forma de solucionarlo.

—Y de momento, ¿puedo hacer algo?

—Sí, no te acerques a Natasha.

—Ella no puede ser la ¿Hechicera?... Ella no cree en estas cosas —le informo con sorpresa.

—Todavía en este siglo, las Brujas se siguen escondiendo para practicar

su trabajo. Muchas de ellas son magas de energía blanca, pero también las hay de energía oscura. Debemos estudiar si ella pertenece a la segunda clase.

—De acuerdo. Me pediré un par de días de asuntos propios y así no tendré que verla.

—Genial, sobre todo por la tranquilidad de Paola...

—¿Cómo se encuentra...?

—Está decepcionada, humillada y destruida —me informa Lola—. Han sido dos desengaños en un mes...

—Lo siento tanto...

—Lo sé, lo sé.

Lola se encarga de llenar una pequeña maleta con los enseres personales de Paola y nos dijimos hacía la puerta de entrada. Echamos la llave y salimos al exterior del portal de vecinos. Nos despedimos con un abrazo y un «No te preocupes, te ayudaré» y separamos nuestros caminos.

Sé que estará cuidada. Me siento un miserable ante esta situación.

Hechizado por Natasha. Utilizado.

Capítulo 21

Brisa

Termino de colocarme los corchetes delanteros del sujetador de encaje negro que he decidido ponerme esta noche. Supuestamente voy a trabajar... «Brisa, vas a trabajar». No comprendo que me sucede. Cuando estoy cerca de Thiago me siento “obligada” a estar a su lado, en cuerpo y mente, junto a él. Sacudo todos esos pensamientos y me subo la cremallera de los botines verdes de tacón de aguja que me he puesto. Cojo la cazadora de cuero y el bolso de mano y me dirijo a mi coche deportivo. Me subo en él y conduzco por las calles de Madrid a toda la velocidad que la ley me permite.

Hoy voy tarde. Con todo el jaleo de Paola y el “maldito” de Mateo se me ha echado la hora encima y llego bastante retrasada al pub donde supuestamente tendrá la segunda cita mi “protegido – cliente”.

Aparco en el primer sitio que encuentro libre y salgo dirección al pub en cuestión. En pocos minutos pago la entrada y entro a la zona de la barra.

—¿Deseas tomar algo...? —me pregunta una camarera.

—Sí, una cerveza —le pido ofreciéndole una sonrisa.

Pocos minutos después estoy tomando el primer sorbo de ésta y dirijo la mirada por todo el pub. Noto su energía llegar desde la zona de sillones y mesas. Me dirijo con cuidado hacía allí. Observo cada una de las mesas, hasta que mi mirada termina en el reservado con las cortinas abiertas del fondo a la derecha. Unas risas escandalosas llegan a mis tímpanos y le siguen unas palabras de una conversación cualquiera.

Están coqueteando. Mi bilis sube por mi garganta, debo concentrarme, solo es trabajo y él solo es un cliente que me cae realmente mal «Te encanta, reconócelo» Sacudo esa idea de mi cabeza y decido acceder al reservado de al lado de el de ellos. Me siento, cruzo mis largas piernas y invoco mi poder mental para escuchar la conversación de la pareja.

—¿Te gusta beber cerveza? —le pregunta Thiago.

—¡No, esa bebida es de hombres! —noto cómo la voz chillona de la rubia tetona baja unos decibelios, lo que no sabe es que mi don abarca hasta el silencio—. Pero me gusta que los chicos me bañen mis pechos en ella y se la

beban de ahí.

Mis ojos se abren como dos platos e intento calmar mis nervios con otro sorbo a la cerveza que tengo en mi mano derecha.

—Eso suena muy bien... —responde él.

—Si quieres esta noche podrías probarlo... —le responde la chica.

—Sería muy buena idea... ¿Te gustaría bailar? —le pregunta Thiago.

—Me encanta bailar... ¡En la pista y en la cama!

—Es bueno saberlo, preciosa...

Pasan por delante de mi reservado, pero no pueden verme ya que tengo las cortinas echadas. Respiro fondo, parece que la chica que menos le iba a gustar le ha llegado para mínimo una noche de locura. Pego otro sorbo a la botella y decido salir dirección a la pista. Intento meterme entre la gente que está bailando y coger el sitio con mejor visibilidad sobre la pareja. Accedo a una zona oscura al lado de las escaleras que dan acceso a la zona de los músicos del pub e intento pasar desapercibida entre la multitud.

Los puedo ver al fondo.

Comienza a sonar la voz de Shakira y Prince Royce y su bachata llamada “Deja vú”. Thiago sujeta la cintura de su cita y comienza a balancear su cadera animando a que la cadera de la chica le siga. Son pequeños y suaves movimientos de izquierda a derecha. Se ve que para la chica es su primera vez, pero para él no... «Es tan sexy» No puedo dejar de observar cada uno de sus movimientos e imaginarme ser yo quién está entre sus manos.

*Ayayayayayai
Ayayayayayai*

*Tú me abriste las heridas
Que ya daba por curadas
Con limón, tequila y sal.*

*Una historia repetida
Solamente un déjà vu
Que nunca llega a su final*

*Mejor me quedo solo
Y me olvido de tus cosas
De tus ojos*

El movimiento sutil que tenían ambos hasta el momento comienza a ser más sensual. Ella enlaza sus brazos en el cuello de él, acercando sus grandes pechos a los pectorales marcados de Thiago y él clava su mirada en la de ella, mientras el movimiento de su cuerpo casi se hace único en mitad de la pista.

*Mejor esquivo el polvo
No quiero caer de nuevo en esa foto de locura
De hipocresía total*

*¿Quién puede hablar del amor?
¿Y defenderlo?
Que levante la mano, por favor*

*¿Quién puede hablar del dolor?
Pagar la fianza
Pa' que salga de mi corazón*

*Si alguien va a hablar del amor
Te lo aseguro
Esa no voy a ser yo
Esa no voy a ser yo*

El volumen de la canción comienza a disminuir y ellos dejan de bailar poco a poco. Él la coge de la mano y le habla al oído, ella realiza un signo afirmativo con la cabeza y comienzan a andar hacia los servicios. En ese momento sé que ésta cita a funcionado y debo dejarles tranquilos. Me dirijo a mi reservado, tomo el último sorbo de la poca cerveza que me dejé encima de la mesa y recojo el bolso que dejé abandonado en el sofá de color negro. Doy los primeros pasos hacia la salida cuando me doy cuenta que hay una nota debajo de la lámpara que decora dicha mesa. Levanto esta lámpara, cojo el papel y comienzo a leerlo.



**¿Crees que no siento la misma
intensidad cuando estás cerca?
Tranquila, no es mi tipo.**

Se me escapa una gran carcajada y noto cómo el aire entra en mis pulmones. Ahora sí que ha llegado el momento de salir de esta ratonera y seguir su grandioso juego.

Capítulo 22

Paola

Abro mis ojos a causa del ruido de la puerta al cerrarse. Me incorporo del sofá y me doy cuenta que la noche se ha hecho visible y mi cuerpo ha descansado un poco gracias a la siesta que me he dado. Veo cómo Lola deja mi bolsa en un lateral de la cocina americana y se quita el abrigo dejándolo encima de unos de los taburetes rosas que decora la estancia de Estela.

—Chicas, ¡Necesitamos hablar, todas al salón... Rose, tú también! —chilla Lola.

—¿Ha pasado algo...? —le pregunta con voz soñolienta.

—Sí, Lectora. —me responde.

Estela y Rose se unen a la reunión y toman asiento en unos sillones individuales de color amarillo chillón.

—¿Qué quería, Lola? —le pregunta Estela.

—¿Estaba allí Mateo? —le pregunto a Lola.

—Sí, estaba allí cuando llegamos. Estaba destrozado y encima Brisa le atacó estrellándolo en pleno rellano de tu portal —Se deshace la coleta y se la vuelve a hacer con pasimónia—. Le invité a entrar, le entregué un vaso de agua y me conecté a sus Seres de Luz.

—Bien. ¿Y qué pasó? —pregunto.

—¿Tú no lo sabes...? —me pregunta Lola.

—Prefiero no leer mentes en este estado —le respondo señalando el estado que tengo en este momento.

—Ya. Él me contó que esa “Chica” es una tal Natasha o “Sacha”, es su ex novia y trabajan juntos. Ella le abandonó hace cinco años por otro chico —explica Lola.

—¿Y porque le besaba? —pregunto.

—Resulta que ella le intentó seducir en su oficina y él se retiró, pero ella le propuso ir a comer juntos y allí él se empezó a encontrar mal —comenta Lola—. Desde el primer sorbo de vino que tomó comenzó a sentirse raro. Su cuerpo no reaccionaba a sus impulsos y su mente solo era para esa chica.

—¿Qué te dijeron sus Seres de Luz? —le pregunta Estela.

—Es un trabajo de Magia Negra —responde con un gran suspiro—. Lo bueno es que no es por amor, no es posesivo en ese término. Quieren su presencia para algo más grande y no sé para qué.

—Necesitamos un Aquelarre, pero él debe estar presente —comenta Estela.

—Él no va a querer. Lo único que me ha pedido es no hacer nada de Magia a nuestra relación sentimental... Lo mismo este es nuestro destino a respetar —comenta entristecida.

—¡No digas tonterías! —grita Lola—. Él se ha ofrecido. ¡Quiere luchar por lo nuestro y mañana nos reuniremos en tu casa, Paola!

—¿Quiere luchar por mí...? —pregunto incrédula.

—Está devastado, Lectora, necesita nuestra ayuda —me susurra Lola, mientras enlaza los dedos de mano izquierda entre los dedos de mi mano derecha.

—Él es el chico de la playa, Paola, es tu destino marcado... ¡Lucharemos! —comenta Estela.

—Rose, ¿Contamos contigo? —le pregunto.

—Creo que solo estorbaría... —responde con temor.

—Te vendrá genial vernos en acción, así que vienes —responde Lola con un guiño de ojos.

El resto de la noche pasa rápido. Unas horas después, Brisa aparece y le notábamos extraña. Nos explica que la cita de Thiago no ha ido del todo mal, pero no da más explicaciones.

Decidimos hacernos unas infusiones de valeriana para conseguir conciliar el sueño y tiramos los colchones de las camas en mitad del salón, con varias mantas de mil colores (característica de Estela) y nuestros cuerpos comienzan a conciliar el sueño poco a poco.

Un día largo, don del último recuerdo es para él. Esos ojos negros. Mateo.

Primeras Explicaciones, Soluciones Necesarias. La Magia Continúa.

Capítulo 23

18 de enero de 2017

Thiago

Arranco la moto y salgo del garaje dirección a la Agencia de las chicas. Se creen que no sé su secreto y es solo ese el que me llevó a ellas.

Brisa, es una Bruja maravillosa y bella, pero lo que no sabe es que su presencia la capto desde varios metros de distancia. Es raro lo que os estoy contando y no, no soy Brujo ni tengo poderes. Simplemente algo conexo me une a ella. ¿Amistad, cariño, cercanía...? No lo puedo explicar, simplemente es ella.

Anoche en el pub supe de su presencia desde antes de acceder a él. En parte pedí a todos los Dioses que se acercaran lo máximo a mí, que me espicara en la oscuridad, ya que esa oscuridad es la que me ofrece a mí la luz de su presencia. ¿Creéis que soy un Diablo o algo parecido? Puede, un poco sí que lo soy. Pero esa oscuridad es para mí la libertad que otros buscan en sus templos, en los libros religiosos o simplemente de espiritualidad.

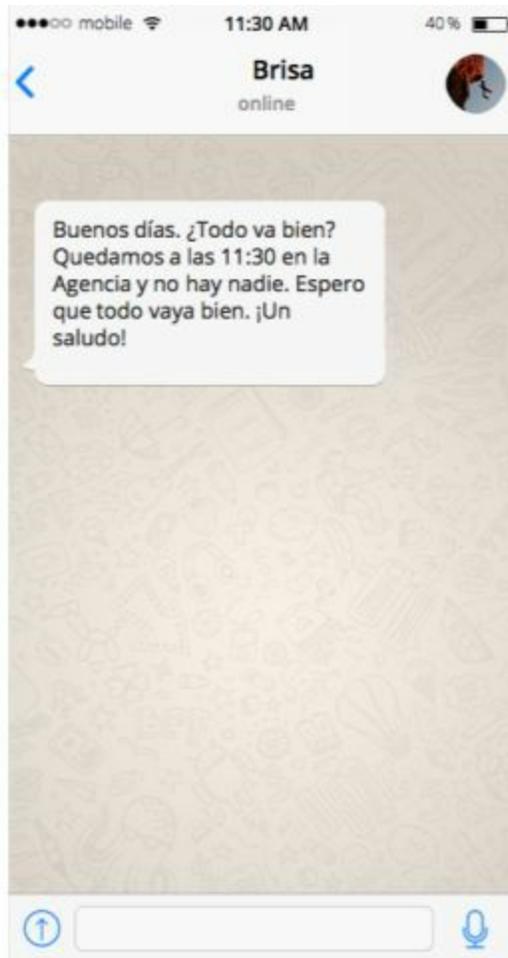
Aparco en el parking de enfrente de dicha Agencia y me bajo quitándome el casco y enlazándolo en mi brazo izquierdo. Observo la calle a la izquierda y a la derecha y compruebo que no venga ningún tipo de transporte. Cuando compruebo que no hay peligro cruzo a la acera de enfrente y me sitúo en la puerta principal. Intento abrir la puerta, pero...

—Cerrada... ¿Qué hora es? —comento en voz alta mientras saco mi móvil del bolsillo y miro la hora que marca—. Son las once y cuarto de la mañana, ¿cómo va a estar cerrado...?

Intento de nuevo abrir la puerta, pero no consigo abrirla. Acercó mi cara al cristal para observar si hay algún movimiento extraño dentro de la empresa, pero no consigo percatarme de ninguna presencia. Intento de nuevo llamar con el puño en el cristal.

—¿Les habrá ocurrido algo...? —me pregunto en alto.

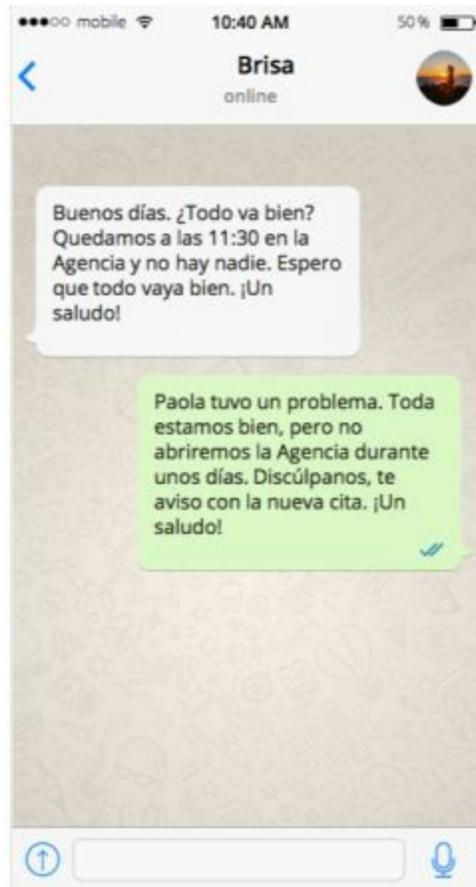
Intento relajarme y tomar la decisión de escribirle a Brisa.



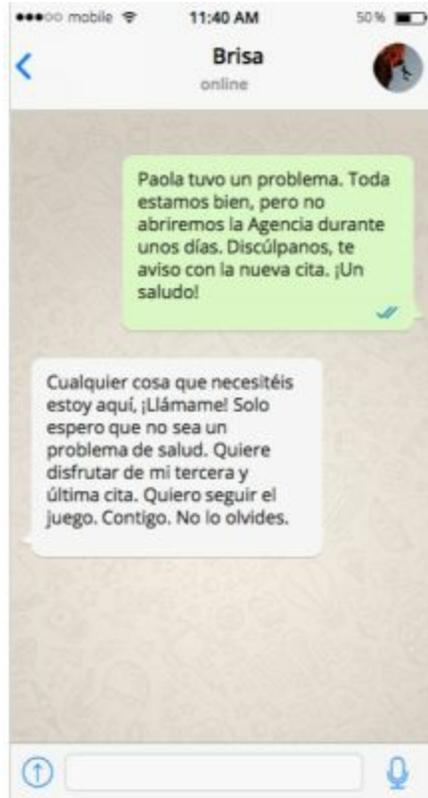
Me quedo observando la pantalla. Primer visto marcado y segundo visto marcado de color azul. Lo ha leído, pero nadie escribe. ¿No podrá, no tendrá ella el teléfono?

«Tranquilo, tío. Esta chica no es nada tuyo y tendrá su propia vida... ¿Y si está con otro...?»

Diez minutos después mi móvil suena, lo observo y su nombre sale marcado con un nuevo mensaje entrante. Abro la aplicación y leo con nerviosismo.



¡Genial! Tienen problemas y se ve que yo solo soy el Cliente que les cuesta satisfacer. Cruzo la calle sin mirar, me pongo el casco y me monto en ella. Vuelvo a mirar el teléfono, respiro hondo y decido responder.



Enviado. Un visto, dos vistos y el color azul delante de mis ojos.

Capítulo 24

Mateo

¡Menuda noche de mierda pasé anoche! Hoy me he levantado con un sabor de boca horrible y mi cuerpo está tan cansado que no sé cómo aguantaré hasta la tarde. He quedado con las chicas para el Aquelarre y veré a Paola.

No he querido molestarla. Ningún mensaje, ninguna llamada. Ni a ella y a sus amigas, sé que me van ayudar y que creen en nuestra relación y en mis sentimientos hacía ella.

Me levanto de la silla de mi oficina, me asomo al ventanal que bordea toda la Gran Vía Madrileña. Meto ambas manos en los bolsillos de los pantalones de mi traje y suspiro brevemente ante la situación actual de mi vida.

«Hechizado. Estoy hechizado y no sé muy bien con que motivo»

Escucho que la puerta se abre y miro a esa dirección de reojo. Veo a mi secretaria dejarme un café solo que le había pedido minutos antes.

—Gracias...

—¿Necesita algo más? —me pregunta.

—Hoy saldré antes. Necesito que las reuniones de mañana las reprogrames a partir de pasado mañana... Mañana no vendré a trabajar —le solicito mientras sigo sin quitar mi visión del exterior.

—Pero mañana tenía programada la reunión con los clientes alemanes...

—Cámbiala, por favor.

—Bien...

—Mañana, cógete el día libre.

—¿Todo el día...? —me pregunta dubitativa.

—Sí, todo el día, te lo mereces —le respondo con una gran sonrisa.

—¡Gracias! —me dice con la alegría en su mirada.

—Y por favor...

—Dime...

—No le digas nada a Natasha. No quiera que sepa de mi hasta dentro de unos días. Invéntate cualquier excusa, por favor.

—Así será.

Andrea sale de mi oficina. No pude encontrar a una persona tan trabajadora y leal a mí y a mi forma de trabajar. Podría decir que es una amiga fiel a nuestra amistad. No me entiendas mal, nunca hemos tenido nada sentimental, ella está felizmente casada con uno de los pocos amigos que tengo en la ciudad.

Guardo los documentos en la carpeta correspondiente de mi portátil y lo guardo en mi mochila. La documentación en papel la introduzco en el portafolios portátil y la guardo en el departamento correspondiente de la mochila. Me pongo el abrigo de paño negro, mi cuello de lana gris y salgo de la oficina con paso decidido.

—Andrea, cuando termines de cambiar las reuniones acordadas, te marchas a descansar. Te llamaré con el aviso de mi día de vuelta.

—Gracias, en cuanto termine me marcho —me responde.

—Genial, ¡disfruta con Lolo! —le digo en voz alta mientras me dirijo al ascensor.

Accedo a éste, pulso el botón de la planta baja. Minutos después salgo a dicha planta y me salgo a la calle. El frío de enero azota mi cara y decido recolocarme el cuello hasta conseguir notar el frío casi desaparecer de mi piel. Saco mi móvil y decido llamar a Lola. A Paola no voy a llamarla, «Prefiero que nos veamos cara a cara»

—¿Mateo...? —pregunta Lola.

—Sí, necesitaba saber a qué hora debo estar en la reunión y dónde será...

—¡Ahhh! La reunión se llama Aquelarre y será en casa de Paola. Esta tarde a las cinco.

—¡Genial! Pero no sé sentirá presionada Paola de verme allí, ¿No?

—Ella está informada de todo lo ocurrido —me comenta—. La única duda que tenía era vuestra promesa. La de no usar magia en vuestra relación...

—Pero magia ya me han hecho y necesito vuestra ayuda... —le susurro.

—¡Exacto! Ésta tarde estudiaremos que te han hecho y cómo solucionarlo.

—¡Genial! Nos vemos en un rato.

—¡Mateo...!

—Dime...

—Ven vestido de blanco completamente y si no puedes tráete la ropa a casa de Paola y allí te cambias.

—Tranquila, eso está solucionado.

—Hasta luego.

—Hasta más tarde.

Cuelgo el teléfono y al levantar la vista me doy cuenta que me he quedado parado en la misma zona de parque donde la conocí. Donde me fascinó sus movimientos serenos y mágicos ante un mundo lleno de nerviosismo y locura.

Ella complementa mi seriedad, altera mi visión de vida de una forma tan maravillosa que no puedo dejarla escapar.

Capítulo 25

Paola

Una hora más tarde del proceso de *ritualizar* y preparar el Aquelarre que vamos a realizar, Estela bebe un sorbo de agua fría. Se sienta en una de las esquinas de la cocina americana y nos echa una mirada con un significado especial.

Todas conocemos esa mirada. El Aquelarre puede que no de los resultados que requerimos y debamos o repetirlo o canalizarlo hacia otras personas.

—¿Canalizar o ...? —le pregunto.

—Canalizar, seguramente... —responde Estela.

—¿Dónde lo has notado?

—Justo en el vértice del Este. Esa chica tiene influencias de esos países y no es trigo limpio.

—Deberíamos...

—Deberíamos viajar nosotras.

—¿A dónde...? —le insisto.

—A tu tierra. A Galicia —me susurra.

Su respuesta me deja paralizara. En mi mente solo pasa el momento en el que la familia de mi padre echo a mi madre de casa por no querer practicar la religión que ellos practicaban. Nunca comprendieron el mundo pagano, ni el don que nadie de mi familia materna poseía.

El colmo fue cuando yo nací y de recién nacida pude manejar mi magia hacía un tenedor que estaba encima de la mesa del comedor. Éste voló sin más miramientos hacía unos de los muebles de la estancia con suerte de que mi padre lo atrapó a tiempo. Pero toda la familia fue testigo de tal hazaña y nos echaron de su casa y de sus vidas.

Mi padre nunca se arrepintió de quedarse junto a nosotras. Nos mudamos a Madrid y aquí formamos una vida muy normal. Sí, éramos Brujas. Sí, mi padre era esposo y progenitor de Brujas, pero nunca fue un problema.

¿Galicia? La hemos visitado pocas veces y esas veces ha sido al pueblo natal de mi madre en la zona de A Coruña.

¡Ding Dong!

Me dirijo a abrir la puerta de mi apartamento y ahí está. Mi maravilloso y traidor novio.

«Paola, quién habla en tu cabeza tiene un nombre: Celos. Él está hechizado.»

—Lo siento. —me susurra con la voz casi perdida.

—Pasa, por favor. —le propongo.

Se quita su abrigo y la bufanda de lana y la deja colocada en la percha de la entrada. Se frota las manos de forma enérgica y me sigue hasta el salón.

—Bienvenido, Mateo —le dicen las chicas.

—Gracias por todo... —comenta Mateo.

—Venga, ponte cómodo —le propone Estela, la encargada de hacer los rituales.

—¿Qué debo hacer...? —pregunta Mateo.

—Primero relajarte todo lo posible. Segundo, voy a explicarte paso a paso en que consiste esta reunión y que pasos daremos. Tercero... —le enumera con sus dedos—. Realizaremos lo explicado. Ven, ponte al lado del pentagrama del suelo.

Mateo se acerca de forma decidida a símbolo dibujado con sal gorda en el suelo. Observa que en cada vértice hemos colocado una vela de un color diferente, así como en el centro hemos posicionado los colores del yin yang, negra y blanca.

—El pentagrama es el símbolo de las cinco Brujas que formamos el Aquelarre—le explica Estela—. La vela de color rojo simboliza la pasión, la de color amarillo del vértice derecho representa el valor y la economía. La vela de color verde que está en el vértice izquierdo superior es la esperanza.

—Y, ¿El resto de colores? —pregunta con nerviosismo.

—Bien en los vértices inferiores tenemos la vela azul que es la protección y la vela violeta es conexión con los Seres de Luz que te protegen —le explica mientras accede al interior del símbolo—. ¡Ven, entra! Las velas negra y blanca son la representación del ying y el yang. La vela blanca es la purificación y la negra eliminara la energía negativa.

—Vale...

—Bien. Si estás seguro de seguir yo voy a comenzar con el ritual, lo único que te pido es que no salgas del pentagrama hasta que no te avise.

—Estoy seguro. Quiero recuperar a Paola —comenta Mateo mientras me dirige una mirada vidriosa.

Estela coge la caja de cerillas de encima de la mesa del salón y enciende una nueva por cada una de las velas que debe encender. Nos acercamos las cinco Brujas al símbolo y nos posicionamos en cada uno de los vértices indicados.

Estela en el superior. En los vértices superiores Lola y Brisa. En los vértices inferiores Rose y yo.

En este ritual, ya que tengo una cercanía especial con el “hechizado” debo situarme en un segundo plano del trabajo mágico y así no perjudicar la curación de la persona. En este caso Mateo.

Éste se coloca de tal forma que sus ojos se clavan en mí. Mi mira con una intensidad única, podría jurar que llena de amor, pero aquella maldita imagen de él besando a su ex novia vuelven a mí en plan bucle. Una y otra vez.

De pronto noto cómo entreabre sus labios y me susurra un casi ahogado «Lo siento, Mi Meiga».

Y lloro, lloro sin tener un fin. Dice que lo siente, pero en mi mente se repite una y otra vez esa imagen.

Doy dos pasos y con mi cuerpo doy media vuelta, necesito estar alejada de él. Me dirijo a coger mi escoba y la sujeto más fuerte de lo normal con mi mano derecha. Observo su color dorado y rojo, me regalo un suspiro de ánimo y vuelvo a mi posición inicial del símbolo.

Observo cómo las chicas realizan la misma acción cogiendo sus escobas. Rose ha recibido la suya fabrica por nosotras. El naranja y el azul predomina su nuevo instrumento de magia y observo cómo sonrío al verse con ella entre sus pequeñas manos.

Cada una de ellas sujeta el extremo de la escoba de su compañera y cuando comenzamos a notar que nuestra energía se hace una, Estela comienza a orar.

—El Sol, la Tierra, el Agua y el Fuego. Seres Superiores y Guías de Luz, yo os invoco ante este aquelarre para que la misión solicitada sea bendecida. ¡Qué así sea!

—¡Qué así sea! —repetimos las tres a unísono.

Soltamos de un movimiento nuestras escobas encima del símbolo de sal y levantamos la vista hacia Mateo que yace en el suelo de forma temblorosa.

—¡Mateo! —grito intentando dar el primer paso hacia él.

—¡Qué nadie entre! —grita Estela.

—¡Por favor, por favor, contesta! —me dejo caer de rodillas sobre la sal y grito de dolor ante la imagen de un Mateo inmóvil—. ¡Haz algo, Estela!

—¡Lo intento, Lectora! —me grita Estela—. Despierta, Mateo. Solo es un mal sueño. Lucha por quedarte junto a Paola, sal de esa lucha y te ayudaremos.

—Mateo, por favor... ¡Por favor! ...—ahogo en un chillido.

De pronto los ojos de Mateo se abren de par en par comienza a mover su cabeza de un lado a otro observándonos a todas. Yo doy un salto y entro dentro del ritual y me abrazo a él sin dejar de llorar.

—Estoy contigo, mi Meiga. Tranquila, no volveré a fallarte, perdóname —me suplica mientras lloro en sus brazos.

—Esto todavía no ha terminado. Mateo, debemos hacerte una lectura de tarot inmediata... Necesitamos respuestas —comenta Estela.

Nos levantamos del suelo y Mateo me ayuda a limpiar los restos de cera y sal que se habían quedado en el vestido blanco. Él realiza lo mismo y salimos del símbolo. Nos acomodamos en la mesa del salón donde Brisa ya está preparada con la baraja correspondiente y se la ofrece a Mateo.

—Baraja bien y hazla dos partes —le explica.

Mateo baraja de forma casi profesional las cartas y realiza con una mano dos partes colocándolas encima de la mesa.

—Elije uno de ellos —les solicita Brisa con un leve movimiento de cabeza.

—El derecho.

Brisa expone en la zona superior de la mesa la primera carta.

—Los enamorados —especifica—. Están situados como la carta en cabeza, la importante. Significa la unión en una pareja, matrimonio, amor en él y mucha atracción. También te habla de pruebas superadas y armonio en la vida interior y exterior de la pareja.

—¿Esos podríamos ser nosotros? —pregunta Mateo.

—Sois vosotros —nos comenta señalándonos uno y al otro—. Vamos a ver las siguientes cartas.

Con un movimiento rápido coloca las dos cartas siguientes encima de la mesa, justo debajo de la carta anterior.

—Bien estas dos cartas nos “hablan” sobre la tal Natasha y su alrededor —comenta Estela mientras coloca las dos cartas justo debajo de la anterior—. La primera es el Loco en posición invertida. Significa la pasión y la obsesión sobre Mateo. Indica que sobre Paola sufre indecisión, irracionalidad y apatía

sobre su persona. Sufre una locura desbordada tanto en el aspecto psíquico y/o emocional. También me sale un viaje por su parte, pero este será obstaculizado.

—Resumiendo la primera carta... Tenemos una loca psíquica/mental, que está obsesionada con Mateo y odia a Paola —comenta Brisa.

—Sí, más o menos... ¡Sigo! —Estela coloca la tercera carta justo al lado de la anterior carta—. El sumo sacerdote en posición invertida. Es el perfil de un hombre, un jefe sentencioso. Es el que sentencia con un aspecto crítico, moralista y muy estrecho de miras. Este hombre parece haber sido un profesor para esa chica.

—Mateo, ¿Qué conoces de la vida de tu chica? —le pregunta Brisa con un poco de mofa.

—Primero, mi única chica es Paola. Aunque no estemos en nuestro mejor momento, lo que siento es amor por ella —contesta cabreado—. Y segundo, si me estáis preguntando si Nastasha es otra Bruja o estaba en alguna secta o algo parecido, mi respuesta es ¡No!... Ella se tomaría a risa este tipo de cosa.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Lola.

—Esto de la magia, de los poderes y demás. Pensábamos que eráis una sacadineros... —comenta Mateo.

—¿Pensabais el que...? —le pregunto indignada.

—¡Pero ya no lo pienso, Mi Meiga! —responde Mateo con prisas y la cara blanca—. No me lo tomes en cuenta, por favor.

—Será mejor que terminemos con esto...—dice Estela—. Las dos últimas cartas se refieren a ti, Mateo. La primera es la Emperatriz en posición derecha. Es la presencia de una mujer que comprenderá con inteligencia e instrucción el problema que estás sufriendo.

—¿Es Paola...? —pregunta Brisa.

—Sí, es lo más probable, aunque también podría ser cualquier otra mujer que tuviera el factor sorpresa en su vida —explica Estela—. La última carta es la Rueda de la Fortuna en posición invertida. La transformación será de forma dificultosa y retardada. Puede que tras efectuarse este cambio se produzca un retroceso, pero el cambio se realizará de todos modos.

—Resumiendo... Tenemos a una ex novia *celosona*, con un pasado en los países del este de Europa, un hombre con mucho poder y es el maestro de ella —empieza a enumerar Lola.

—Sí y por otro lado una pareja muy enamorada y con un final feliz. Gracias

sobre todo a la compresión y ayuda de ella —responde Estela.

—Y ahora, ¿Cuál es el siguiente paso? —pregunta Mateo.

—Solo podemos protegerte ante nuevos ataques y cuando recibas su respuesta atacar nosotras —comenta Estela.

—Genial. Protegerme lo antes posible —responde Mateo.

—Vamos a recoger los restos del Aquelarre y nos ponemos con el nuevo ritual —propone Estela.

Las cinco nos levantamos de nuestra silla y comenzamos a recoger paso a paso todo el material usado. Primero los restos de cada vela, luego la sal que dibujaba el pentagrama dibujado en el suelo y por último cada una de nuestras escobas. Pasamos tres varillas de incienso para limpiar el lugar y nos ponemos a planificar la protección para Mateo.

Primero invitamos a Mateo a posicionarse en el centro del salón. De pie y muy quieto. Estela dibuja un círculo de protección con sal gorda alrededor de él.

—Realizo este círculo de protección para que ninguna energía negativa de este u otro plano entorpezca este ritual —ora Estela.

Coge una vela azul oscura, la sujeta entre sus manos y recita.

—Yo, ritualizo esta vela azul para solicitar al Universo la máxima protección a Mateo Guzmán. Que esta protección le proteja del daño que le pueda ocasionar tanto una persona, como un hecho realizado con maldad. ¡Qué así sea! —recita Estela.

—¡Qué así sea! —repetimos las cuatro.

Estela invita a Mateo a salir del círculo y le sienta en uno de los sillones del salón.

—¿Estás cansado? —le pregunta.

—Sí, bastante —responde Mateo.

—Es un ritual bastante sencillo, pero con mucho poder. Natasha te volverá a atacar y donde más te duele, solo te pido una cosa —le pide Estela.

—Dime.

—Siempre, cree en Paola, sino la perderás —le susurra Estela al oído.

—Así lo haré —le responde Mateo.

Un rato después las chicas se han marchado a sus casas y a Mateo le he invitado a que se quede en casa a dormir. Me preocupa que se quede solo en su casa sin saber si el poder del ritual de protección puede darle algún efecto secundario. No suele pasar, pero me quedo más tranquila, si se queda aquí

conmigo.

Le ayudo a levantarse del sofá, nos dirigimos a mi habitación y nos desnudamos en silencio. Nos acomodamos dentro del nórdico y nos necesitamos nada más que nuestros cuerpos abrazados y el compás de nuestra respiración al unísono para conciliar el sueño perfecto en estos últimos días.

Capítulo 26

19 de enero de 2017

Mateo

Noto mi cuerpo abrazado a un cuerpo menudo y ligeramente frío. Su respiración es una perfecta melodía para mi sentido auditivo y su olor a flores es el regalo ideal para mí olfato.

Se me escapa una pequeña sonrisa ante los pensamientos que estoy teniendo y sin más meditaciones llevo mi mano derecha al elástico de sus braguitas. No lleva pantalones, es directo el acceso a su prenda íntima y para mí es el mejor despertar que me podría regalar la vida.

Poco a poco mi mano comienza a introducirse. Las yemas de mis dedos acarician su piel y comienzo a desplazarlas hacia sus labios vaginales. Con suavidad mis dedos comienzan a acariciar cada uno de éstos realizando pequeños movimientos circulares sobre ellos.

Poco a poco. Me deslizo de arriba abajo sintiendo cómo la respiración de Paola comienza a ir más acelerada, comienza a despertar sus instintos.

De pronto, Paola acomoda su cuerpo pegado al mío en la conocida postura de “la cucharita” y a la misma vez que mi mano realiza su trabajo, el culo de Paola comienza a rozarse contra mi polla erecta.

Retiro mi mano de su interior y la llevo a la zona elástica de sus bragas, tiro de ellas hacia debajo de un solo movimiento y ella contonea sus caderas y sus piernas hasta quedarse sin su ropa interior.

Cojo su pierna derecha y la coloco por encima de mi cadera, junto aún más mi cuerpo y comienzo a rozar mi polla entre sus glúteos. Una y otra vez, llevando mi mano derecha de nuevo a sus labios vaginales y comenzando a restregarlos contra mi mano. Acto seguido introduzco mi dedo corazón dentro su húmeda vagina y decido introducirle un segundo dedo. Le penetro durante varios minutos hasta que escucho a Paola regalarme un jadeo lleno de placer.

Saco mi dedo de su interior y guio mi pene hacia su vagina y introduzco de una vez. Fuerte y profundo. Se le escapa un gemido de satisfacción y descubro que es la señal para seguir amándola.

La penetro una y otra vez. Con una mano sujeto su cintura para guiarla y con la otra mano le acarició su pecho derecho alternando pequeños movimiento circulares y pellizcos en los pezones para aumentar el placer.

—Sigue, no pares...—jadea Paola.

—Mi Meiga...

—No pares, por favor, ámame como a ella...

—No amo a nadie, que no seas tú —le recuerdo.

—Ámame... Sigue, me corro... —me dice entre gemidos.

—Córrete para mí... Yo también me corro...

Dos embestidas más y nuestros cuerpos consiguen llegar a la vez al clímax. No cambiamos de postura. Necesito tenerla cerca y ella a mí. Necesito que sepa, que éste placer solo puede ser real junto a ella.

Capítulo 27

Paola

Después de hacer el amor nos quedamos dormidos uno junto al otro. Necesitaba esa cercanía junto a mí, saber que seguía siendo mío y no de ella.

Me desperté antes que Mateo, me puse la camisa de color blanco que traje para el ritual y me miré en el espejo de pie que tengo en mi dormitorio.

«Perfecta y Sexy»

Pienso mientras me imagino a Mateo admirar mi vestimenta actual y le conozco muy bien. Querría desnudarme y hacerme sentir sexy ante su mirada, pero hoy gano yo y prepararé le desayuno de esta guisa.

Comienzo a batir tres huevos en un bol, le añado trocitos de fiambre de pavo, un chorreón de leche y un poco de quesitos. Cuando la mezcla está mezclada lo añado a una sartén precalentada y comienzo a hacer el revuelto. Mientras preparo un par de vasos con zumo natural de naranja y pongo mi cafetera rosa para que el café se vaya haciendo.

Minutos después la mesa está preparada y me dirijo al dormitorio a despertarle. Me subo a horcajadas y comienzo a besarle en el lóbulo de la oreja.

—Abre los ojos, dormilón...—le comienzo a canturrear.

—Mmm... —me responde estirándose en la cama.

—Venga, el desayuno está en la mesa...

—¡No, mi desayuno eres tú! —me dice intentándome desnudar—. ¿Y esta camisa...?

—La camisa que trajiste ayer, ¿No la recuerdas? —le cuchicheo mientras le doy besos en el cuello.

—Mmm, pues te sienta de maravilla... —me susurra en el oído.

—¿Sí? Pues espérate a ver me levantada de esta cama —le propongo levantándome de ella—. ¡Vas a alucinar con esta imagen! ¿Vienes...?

—¡Contigo al fin del mundo! —me propone mientras se incorpora de la cama y me agarra de la cintura dirigiéndome al salón.

Desayunamos juntos en mi salón entre risas y bromas. En ningún momento decidimos hablar lo sucedido estos días anteriores. Creo que ambos, hemos

decidido no darle más vueltas al tema de momento y seguir viviendo. No olvidamos que el problema sigue ahí, pero este momento es nuestro.

—¿Qué tal si nos cogemos hasta el lunes libre? —me propone Mateo.

—Yo no tengo ningún problema. Las chicas me lo propusieron ayer y yo acepté —le comento guiñándole un ojo.

—¡Genial! Yo avisaré a mi oficina.

Es escuchar la palabra “oficina” y encenderse una bombilla en mi cabeza.

«Oficina. Natasha. Oficina. Natasha...»

Observo cómo Mateo se dirige a mi habitación a por su teléfono móvil y escucho el sonido de sus manos teclear en la pantalla táctil. De forma silenciosa comienza a dar mis primeros pasos de puntillas hacia la puerta de la habitación y pongo el oído esperando escuchar un nombre en concreto.

—Era para avisarte que no volveré al trabajo hasta el lunes... —explica Mateo.

—....

—De acuerdo, cambia todas las reuniones para la semana que viene...

—....

—Ok, un saludo, Andrea.

«Andrea. Andrea. Andrea» No dejo de repetir en mi mente.

—Andrea es mi secretaria, amiga y esposa de uno de mis mejores amigos aquí en Madrid —escucho la voz de Mateo justamente detrás mía y me provoca un susto enorme.

—¡Joder, que susto! —le grito, pegando un salto con mi cuerpo.

—El que trama, algo esconde... —me avisa Mateo guiñándome un ojo.

—Bueno, yo temo...

—Qué vuelva a verme con Natasha —responde él.

—La verdad es que sí. Esto no ha terminado y me da miedo su próxima “maniobra” —le recuerdo.

—¿Y si no existe esa “maniobra”? —me pregunta.

—Existirá. Solo espero que solo crea en mí —le respondo.

Me besa con una pasión que pocas veces había notado en él. Quiere marcar su terreno y su sello en mi o más bien quiere marcar su confianza en mi alma.

Decidimos regalarnos estos días para nosotros. Este jueves nos decidimos a salir a comer a un Restaurante Japonés cercano a mi casa. Nos ponemos morados a Sushi y nos atrevemos con unos chupitos del licor más fuertes que en estos sitios suelen ofrecer. Por la tarde decidimos coger el transporte

público y visitar la Plaza de Oriente y el Palacio Real. Disfrutamos del atardecer que nos regala el invierno ante estos dos monumentos cogidos de la mano y disfrutando de los últimos rayos de Sol que nos regala este jueves tan especial.

Decidimos pasarnos por casa de Mateo ya que pilla más cerca de la zona y pasamos la noche entre unas sábanas de raso color negro. Volvemos a hacer el amor entre gemidos y jadeos llenos de auténtica pasión y cuando nuestros ojos deciden cerrarse hasta el próximo día, mi boca dibuja una gran sonrisa llena de amor e ilusión.

Reconciliación y Complicidad. La Magia Continúa.

Capítulo 28

20 de enero del 2017

Mateo

Nos levantamos con la sensación extraña de que es sábado. Nos ponemos de lado, observando nuestros ojos de una forma tan intensa que se me queda grabado en mi mente el color marrón de sus ojos. Su forma almendrada y sus pestañas largas y pobladas.

Entonces Paola me regala una sonrisa aniñada a la que yo acompaño con una caricia en su labio inferior y entonces se me cruza por mi mente la idea más rocambolesca que podría tener.

—¿Qué te parecería pasar el día en esta cama? —le propongo.

—¿Pero no vamos a salir a ningún sitio? —le pregunto asombrada.

—¿Tenías pensado salir...? —me cuestiona acariciando mi pecho derecho.

—Pues debería de ir a por ropa limpia... —le murmuro.

—Pues estar desnuda por mi casa, no me importaría en absoluto.

—Ahhh, creí que te importaría... —añade Paola.

—Entonces, ¿Nos quedamos...? —le propongo.

—Sí, pero tú. —Me señala con el dedo índice—. Entre mis piernas.

Me incorporo apoyando mi codo derecho sobre el colchón y me coloco entre sus piernas. Rozo la punta de mi polla entre sus labios vaginales y me doy cuenta que está preparada para mí, así que acto seguido la penetro despacio. Siento cómo mi miembro roza las paredes vaginales y cómo estás de placer se contraen consiguiendo que mi excitación sea mayor.

Comienzo a sacar y meter de una forma más rápida, disfrutando de cada jadeo que a Paola se le escapa de su garganta, seca y complacida.

—Más deprisa... ¡Por favor! —me suplica Paola.

Comienzo a penetrarle deprisa. Con mi mano derecha sujeto su cadera izquierda con fuerza, para guiar sus movimientos de cadera con mis penetraciones y así conseguir más profundidad.

—Así... ¡Sigue, Mateo! —jadea Paola.

—Me corro... —le digo—. ¡Me corro, Mi Meiga...!

Dos penetraciones más y mi cuerpo comienza a temblar a causa del placer que me regala su cuerpo, su corazón y sobre todo su sexo. Noto cómo su cuerpo comienza a relajarse y su respiración empieza a ser más compensada. Le abrazo fuerte a mí, con miedo a volver a perderla, con miedo a no sentirla tan cerca de mi alma.

—¿Te apetece desayunar...? —le pregunto.

—¿Crepes...? —me propone con voz aniñada.

—De acuerdo, pero no es mi especialidad... ¿Los haces tú?

—¡Trato hecho! —me responde levantándose de la cama totalmente desnuda.

La escucho tarareando una canción mientras remueve trastos en la cocina y me acerco a ella por detrás despacio.

—*I've got sunshine on a cloudy day. When it's cold outside. I've got the month of May. I guess you'll say. What can make me feel this way. Talking about my girl* —canta Paola.

—*I've got so much honey the bees envy me. I've got a sweeter song than the birds in the trees. I guess you'd say. What can make me feel this way? Talkin' 'bout my girl* — sigue cantando mientras observa el contenido de mi nevera—. *Hey hey hey Hey hey hey Ooooh.*

Acerco mi cuerpo casi desnudo a su espalda y le pso mi brazo derecho alrededor de su estrecha cintura. A Paola se le escapa un pequeño salto a raíz del susto que le doy.

—*I don't need no money, fortune, or fame. I've got all the riches baby one man can claim. I guess you'd say What can make me feel this way? My girl Talkin' 'bout my girl* — le susurro acercando mis labios a su oído y blanaceando su cuerpo al son de la melodía que solo en nuestras mentes suena—. *I've got sunshine on a cloudy day. With my girl. I've even got the month of May... With my girl.*

Termino de cantar la canción mientras que ella echa la mezcla de los crepes en la sartén caliente. Me sonrío de una forma tan bonita, que en mi vida me he podido sentir más afortunada.

Un rato después terminamos de desayunar y cumplimos la promesa que nos hicimos horas antes, disfrutar de un día en la cama, saboreando nuestros cuerpos sin prisas y con pasión.

No necesitamos nada más. Ella y yo. Yo y ella. Un reloj prometiendo no marcar la hora eternamente y un nuevo despertar junto a ella.

The temptations

“My Girl”

*Tengo luz del sol en un día nublado.
Cuando está frío afuera tengo el mes de mayo
Imagino que se preguntarán
¿Qué puede hacerme sentir así?
Mi chica
Estoy hablando de mi chica.*

*Tengo tanta miel que las abejas me envidian.
Tengo una canción más dulce que abejas en los árboles.
Imagino que se preguntarán
¿Qué puede hacerme sentir así?
Mi chica
Estoy hablando de mi chica.*

*Hey hey hey
Hey hey hey
Ooooh.*

*No necesito dinero, fama o fortuna.
Tengo todas las riquezas que un hombre puede tener nena
Imagino que se preguntarán
¿Qué puede hacerme sentir así?
Mi chica
Estoy hablando de mi chica.*

*Tengo luz del sol en un día nublado.
Con mi chica.
Incluso tengo el mes de mayo
Con mi chica.*

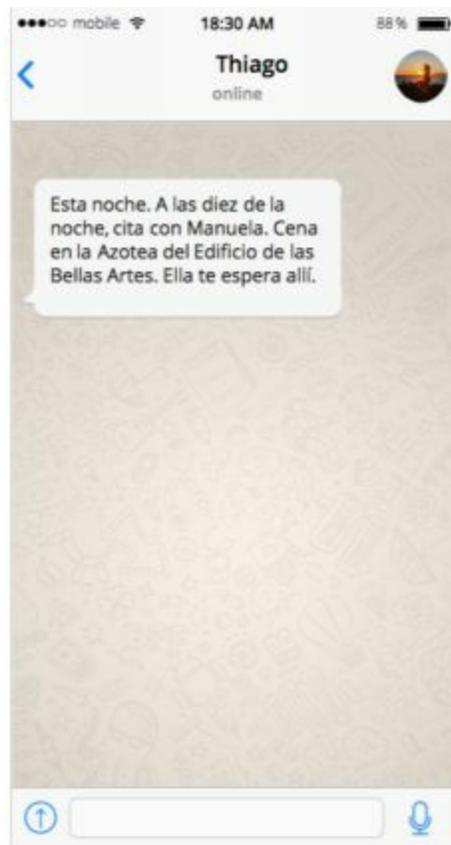
Capítulo 29

21 de enero de 2017

Brisa

«Eres una persona horrible, Brisa. Anda que no llamar a Thiago...»

Ese es mi pensamiento desde hace tres días. Me escribió preocupado por la ausencia en la Agencia y le prometí que le avisaría y lo he hecho, no pienses que no... Pero solo ha recibido un WhatsApp avisándole sobre su última cita programada para esta noche y sobre todo por nosotras.



Me visto acorde con el sitio y accedo al vestíbulo con la entrada abonada por la Agencia. Cojo el ascensor hasta la planta indicado mientras observo el

reloj que llevo colgado del cuello tipo collar. Abro la tapa protectora y comprueba que son las diez y dos minutos de la noche.

«Puntual, Brisa. Pero intenta tranquilizarte...»

Salgo del interior del ascensor y me dirijo a la parte más oscura y tranquila del sitio. Me acerco a la barra y pido una cerveza con limón. Mientras me la pone el camarero guio mi mirada a las personas que forman parte de la zona del restaurante.

En un principio no veo a Thiago entre ellas y vuelvo a mirar el reloj de forma nerviosa y bastante intranquila. Decido esperar unos minutos más por si acaso el tráfico o algún otro imprevisto les ha impedido llegar a tiempo, aunque lo que me preocupa más es que cada uno vendrían por separado y que ambos hayan fallado en el tiempo me preocupa bastante.

Decido matar el tiempo cotilleando el móvil y pegando grandes sorbos a mi cerveza cuando observo cómo han pasado veinte minutos y por allí no aparece nadie. Ni Manuela, la “morenaza” que debía ligárselo. Ni Thiago, el brasileño que me trae loca.

«¿No se habrán conocido y habrán decidido irse directamente a la cama?»

«Seguro que es eso»

Me sorprende que me moleste ese tipo de pensamientos. Cuarenta y cinco minutos después decido pagar la consumición y pido al camarero la cuenta. Últimos dos sorbos a mi tercio de cerveza y el camarero me trae la cuenta. Miro el importe a pagar y me sorprende cuando deja un vaso de chupito justo al lado de del ticket.

—Disculpe, se ha confundido —aviso al camarero.

—No, es más la nota que hay debajo, es para usted... —me responde el chico.

Con más sorpresa que vergüenza, cojo el chupito de color rojo y me lo bebo de un sorbo. Me paso la lengua por los labios para saborear el sabor dulce que tenía el líquido de su interior y mientras dejo el vaso en la barra cojo la nota. La abro y leo:

—No necesito más citas. Manuela es maravillosa, para una cerveza y un partido de fútbol entre amigos. Nos vemos el lunes en la Agencia. Thiago.

Sonrío de forma amplia y observo mis alrededores. Ya no está, pero ha dejado su sello de presencia en esta nota y las palabras que figuran en ella.

Capítulo 30

22 de enero de 2017

Paola

Me tomo el primer café del Domingo con una tristeza inmensa. Estos cuatro días han pasado demasiado deprisa. Decidimos que darnos en casa de Mateo y conocernos un poco más, por dentro como por fuera.

Hemos hecho el amor de todas las formas posibles y ya mi cuerpo solo pide duchas calientes para rebajar las agujetas conseguidas de tanto sexo alocado en cada rincón de su casa.

Hemos reído, discutido, bailado, chillado, cocinado. Hemos creado nuestra propia historia en muy pocos días en común y solo necesitamos que los días pasen y afianzar esta relación tan especial que ambos estamos disfrutando.

Me tomo el último sorbo de café, cuando el primer tono de llamada entrante comienza a emitirse del teléfono móvil de Mateo. Él se está duchando y decido ir a mirar la pantalla de llamadas para ver si es importante. Observo que Andrea, la que me dijo que era su secretaria insiste en la llamada, así que decido coger el recado.

—Mateo, soy Andrea, es urgente que vengas a la oficina... —solicita con voz nerviosa.

—Hola... —respondo.

—Ohhh, ¡Hola! —dice con voz sorprendida —. Estoy llamando a Mateo Guzmán, ¿verdad?

—Sí, Sí... Soy Paola, él se encuentra en la ducha en este momento —le comento —. ¿Necesitas que le de algún recado?

—Sí. Por favor, debe venir lo antes posible por la oficina, tenemos un problema en el departamento.

—De acuerdo. Le aviso en cuanto cuelgue, un saludo —le digo.

—Un saludo. Gracias.

Dejo el teléfono móvil encima de la mesa del salón y me dirijo al cuarto de baño. Abro la puerta y decido darme una ducha con él ya que lo antes posible tendrá que irse a la oficina.

Me quito la camiseta de tirante que Mateo me prestó el día anterior y me saco el bóxer de color morado que me animó a probarme y probar la comodidad de éstos.

Desnuda, abro la mampara y me coloco en el plato de ducha. El agua comienza a salpicarme directamente de la piel de Mateo y comienzo a humedecerme. Primero el pelo y el luego el cuerpo.

Mateo se da la vuelta con una sonrisa maravillosa y coge mis manos dirigiéndolas a la pared. Las coloca sobre ésta.

—No te muevas —me dice el oído—. Voy a colocar tu culo en posición y te voy a follar por detrás...

—¡Sí, hazlo! —le exijo totalmente excitada.

Con ambas manos, realiza lo que me ha susurrado. Culo en pompa, manos en la pared. Con su mano derecha comienza a excitar mis labios vaginales hasta que consigue que estén totalmente mojados y así notar cómo sus dedos se escurren entre mi coño. Una y otra vez. Una y otra vez.

Cuando mi excitación es máxima guía su polla erecta al interior de mi coño, su sujeta de mis caderas y comienza a penetrarme de forma rápida y directa.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Jadeo, chillo, gimo de locura. Él solo acelera sus penetraciones, aprieta un poco más sus dedos entre mi piel y mis manos consiguen calentar hasta las baldosas humedecidas del agua de la ducha.

—Me voy a correr, Mi Meiga, me voy a correr dentro de ti —me susurra entre jadeos.

—Hazlo, ¡ya! —le exijo entre jadeos.

Noto cómo Mateo comienza a temblar dentro de mí y con un ronquido jadeante se corro dentro de mi cuerpo, este cuerpo que solo le pertenece a él.

Yo acabo teniendo unos de los climas más violenta y espectacular de mi vida y consigo sentarme en el plato de ducha hasta que consigo que mi respiración de normalice un poco.

—¿Te ha gustado, preciosa?

—¿Y a ti, precioso? —le devuelvo la pregunta.

—¿Si quieres repetimos...? —me comenta acariciando de nuevo su polla.

—Creo que esta vez no será posible...

—¿Y eso...?

—Llamó Andrea a tu móvil y cogí la llamada... —le explico.

—¿Y que necesitaba...? —me pregunta preocupado.

—Te necesitan en la oficina de forma urgente.

—¡Mierda! —exclama cabreado—. Voy a tener que irme.

—Tranquilo, yo me iré a mi casa, necesito hacer cosas allí.

Una hora después nos despedimos en la puerta de mi apartamento entre besos, caricias y arrumacos de enamorados. Yo me quedo preocupada ya que la vuelta a su trabajo conlleva su cercanía a Natasha y ésta puede continuar con su ataque.

Le beso el cuello, la boca, los ojos, la nariz. Quiero que mi olor quede marcado ante cualquier bruja que desee quitármelo de mi lado. Éste es mi territorio y mi territorio es sagrado.

—Tranquila, Mi Meiga, no pasará nada..., pero debo irme —me dice Mateo.

—Lo sé. Pero ten cuidado... —le respondo dándole un pico en su labio inferior—. ¡Te amo!

—¡Te amo! —me respondo cruzando el paso de peatones camino de su trabajo.

Confianza y Temor. La magia continúa.

Capítulo 31

Mateo

Desde este fin de semana, Paola y yo nos hemos hecho inseparables. Me ha explicado todo lo que su don le entregaba en vida y cuánto podría perjudicarla.

Yo he decidido ser su compañero. Sabía que algo podría fallar, que su mundo era complicado junto a mí y su trabajo podría ser catalogado cómo la mayor tontería del planeta.

«Hechicera del amor». Así se llama su empresa. A mí me hace gracia cada vez que intenta desvelar la receta del conjuro del amor o cómo le llamo yo «las probabilidades estadísticas que le suceden en circunstancias cotidianas a dos personas».

Paola siempre me regala una mala mirada y me dice que esa descripción es ridícula. Que en el amor existe el destino y un toque de magia para que suceda el encuentro. Puede que lleve razón, lo mismo ese encuentro en el parque fue nuestra magia.

Dejo de pensar en mi vida personal, en el momento que alguien llama a la puerta de mi oficina.

—¡Adelante!

—Señor, tiene una visita —me dice mi secretaria.

—¿Una visita? ¿Quién es? —pregunto levantando mi mirada.

—Es Natasha... —me responde.

—¿Tenía cita?

—No, pero dice que es importante —me responde nerviosa.

—De acuerdo, que pase.

De nuevo entra en mi vida, como una oleada de aire frío. Sacha, enfundada en un vestido ajustado a esas curvas que no han perdido su erotismo y subida a esos zapatos de tacón que antes me hacían enloquecer.

—Hola, ¿Podría hablar contigo? —me pregunta con un tono de voz amigable.

—Creo, que no pintas nada aquí... —le digo levantándome de mi silla.

Me deja sobre la mesa una caja plateada envuelta en un lazo negro.

Observo que no debe pesar mucho, ya que no ha tenido cuidado al dejarla encima de mi escritorio.

—Ábrela —me exige.

—¿Qué es...? —le pregunto mirando la caja con atención.

—La verdad —me responde.

—¡La verdad! Ya estamos con tus malditos juegos... —le digo cabreado.

—¿Quieres saber la verdad sobre Paola? —me pregunta con sus ojos entrecerrados.

Mi mente va a Paola, hasta hace unos minutos no se me había pasado por la mente que me pudiese engañar de alguna forma o eso creía yo. Vuelvo a mirar a mi ex y la noto distinta. Su mirada está muy fija en mí y me decido a abrir la dichosa caja.

Le quito el lazo negro muy despacio. Con cada uno de mis movimientos y recuerdos vividos con Paola se pasean por mi mente.

Un movimiento, Paola me sonrío en el parque. Nuestro primer día.

Segundo lazo quitado, Paola bailando encima de mi cama después de hacer el amor.

Tercer nudo abierto del lazo, Paola gimiendo bajos mis brazos.

Cuarto lazo deshecho, Paola leyendo mi presente.

Abro la caja despacio, Paola gritando por un corazón roto. Su corazón, lo acabo de romper.

Dentro me encuentro un tanga de encaje negro. Lo cojo entre mis dedos y sé inmediatamente que es de ella. Sin soltar la prenda sigo mirando en el interior y me encuentro con el anillo de compromiso que le regalé a Sacha.

Le miro con cara de incredulidad.

—¿No lo recuerdas? Era nuestro destino.

Retiro mi mirada sin hacer ningún comentario y dentro de la caja encuentro un sobre de color rojo. Observo si lleva algo escrito y al ver que no me ofrece ninguna información, lo abro y extraigo un folio negro.

Lo abro y con tinta blanca me encuentro un mensaje escrito.

«Yo Paola, quemo este tanga y así alejo mi mal de amores el cual solo me ofreció sufrimiento. ¡Qué así sea!»

Cojo el folio y la prenda interior con mi mano izquierda y me dirijo a la puerta de mi oficina. La voz de Sacha frena en seco mis movimientos.

—¿No quieres saber por qué tengo esta caja? —me pregunta con una gran sonrisa.

—Debo irme.

Salgo del edificio de oficinas y paro el primer taxi que encuentro a mi alrededor. Me subo y le pido que me lleve a la agencia de Paola.

Paola. Ella me ha engañado. Prometió no usar la magia en nuestra relación y al final lo ha hecho. Pasa por mi mente cada uno de los recuerdos en forma de flash que me han llegado al quitar ese lazo negro.

Sé que le he dañado de alguna forma, pero ahora mismo me siento tan utilizado que el amor que sentía hacia ella se está tambaleando.

El taxi se para. Pago y con paso decidido me dirijo a la puerta de entrada. Abro la puerta de cristal cromado y accedo a su interior.

—¡Paola! —grito varias veces. Me cruzo con Estela y Brisa. Lola sale de una de las oficinas con la cara desencajada —. ¿Dónde está Paola?

—¡Estoy aquí, Mateo! —me dice con cara de sorprendida.

—¿Qué es esto? —levanto mi mano con su prenda interior.

—¿De dónde has sacado eso? —me responde con los ojos desencajados.

Noto que sus tres amigas comienzan a andar hacia mí. Miran sorprendidas el tanga que sostengo en mis manos y que decido no dejar que nadie toque.

—Paola... ¡Nuestros tangas estaban quemados! —grita Brisa.

—¿De dónde lo has sacado, Mateo? —me pregunta Paola con un tono acusador.

—Me lo han dado. Iba en una caja con esta nota.

—¿Quién te lo ha dado? —me pregunta de nuevo Paola.

—¿Qué pone en la nota, Mateo? —me pregunta Lola.

—Yo, Paola, quemo este tanga y así alejo mi mal de amores el cual solo me ofreció sufrimiento. ¡Qué así sea! —respondo con sequedad.

Las cuatro amigas gimen por lo bajo. Noto cómo Paola se acerca a mí y me mira a los ojos directamente.

—¿Quién te lo ha dado? —me dice con furia en su mirada.

—¡Qué más da! Lo que importa es que has incumplido la parte de nuestro trato. Has hecho magia en nuestra relación. ¡Me has mentido!

—Primero. Yo no te he mentido. Ese ritual lo hicimos la noche de San Juan del año pasado, a ti te conocí el mes pasado. Y segundo. No te preocupes por esconder la visita de tu ex.

—Paola..., escúchame —me acabo de dar cuenta que he estropeado mi relación. Que debería de haberla escuchado.

—¡Esto es aún más gracioso! Sabía yo que estaba en lo cierto.

—No, escúchame cariño, me he confundido... —le pido con miedo en mi voz.

—¿Qué te has confundido? —me responde tocándome con su dedo índice en el pecho —. ¡Márchate!

Decido darle un tiempo para que se calme. Me voy de su oficina con las manos vacías y sin ella en mi vida.

Capítulo 32

Paola

Siento cómo mi mente se transporta a un lugar donde solo una persona que es especial en mi vida y yo podemos acceder. Noto cómo varias imágenes de mi vida, desde mi nacimiento hasta la actualidad pasan por delante de mi visión sin tener la opción de cerrar mis ojos ante tan inaudito momento.

Mi cuerpo tiembla y solo su voz llega a mi mente con fuerza y decisión.

«Vuelve a casa, Mi Pequeña Meiga. Nos necesitamos.»

En ese momento consigo cerrar mis ojos con fuerza y solo pronuncio una frase.

—Debemos volver a mi inicio. Os necesito a las cinco —le ruego a las chicas.

Noto el murmullo de mis cuatro amigas decidir qué pasos dar hasta llegar a un acuerdo sobre cómo tratar el problema y mi piel es acariciada por la única piel que ahora mismo me haría reaccionar ante un bloqueo emocional como este. Brisa, ella es la única capaz de hacerme sentir esa paz.

—Meiga, escúchame —le pido de forma cariñosa mi amiga—. Vamos a cerrar la Agencia de forma indefinida. Estela se encargará de llevar todo el material que vamos a necesitar, Lola irá a recoger a Rose y nosotras haremos las maletas. No te preocupes por nada, pronto estaremos con la Avoa¹.

—¡Grazas²...! —le responde de forma ausente.

Brisa me coge de mi mano derecha y tira de ella con movimiento sutil. Me guía hacia mi oficina y accede en ella. Apaga mi ordenador, no sin antes pulsar el botón de guardar y lo meto en la mochila portátil. Se dirige a la percha, descuelga mi abrigo y me ayuda ponérmelo. Mete mi móvil que estaba encima de la mesa en el bolso y se lo cuelga en el hombro.

—Quédate aquí, Lectora —me comenta acariciándome el pelo—. Voy a mi oficina un momento y nos vamos.

Me quedo sentada en una silla. Mirando al infinito. En mi mente solo accede mi Avoa, pidiéndome que vuelva, avisándome de su ayuda.

Observo cómo Brisa se sitúa frente a mí y me levanta. Me guía hacia la puerta de la oficina y echa la llave. Mis piernas con absoluta inercia

comienzan a guiarme hacia mi apartamento. Minutos después Brisa prepara mi maleta con varios modelos diferentes de invierno y la cierra haciendo presión con su pequeño cuerpo.

—Venga, Lectora, ahora vamos a mi casa a preparar mi maleta. Las chicas llegaban en pocos minutos a recogernos —me comenta mientras tira de mi equipaje y de mi cuerpo hacia la puerta de salida.

Media hora después ambas estamos en la puerta de su portal de vecinos cargando nuestras maletas en el coche de Brisa. Me subo a su coche, me pongo el cinturón de seguridad con desganas y me planto las gafas de sol horteras que nos compramos el verano pasado.

El verano pasado. Aquel verano donde me crucé por primera vez con los ojos oscuros de Mateo. Donde mi vida cambió de golpe con solo un tanga y un ritual fallido.

Casi cuarenta minutos después cogemos la Autovía del Noroeste, dirección a A Coruña. Muxía es mi pueblo natal, Situada en la zona de costa, mi familia materna nació, se crió y murió allí. Todos menos la avoa Euxenia, la madre de mi mamá. Mamá murió hace diez años de un infarto cerebral y mi abuela se hizo cargo de mí en Madrid. Dejó su Galicia para ir a cuidarme y sacarme adelante después de perder a mis padres en pocos años de diferencia y nunca podré agradecerle su dedicación hacia mí.

Euxenia, como le llamamos las cuatro amigas, es la abuela de todas. Nos recibe una vez al año bajo su aro protector y trabajar su magia hacia nuestro bien común. Ella es espiritista. Con solo concentrarse de forma mental puede comunicarse con cualquier espíritu de la zona o de algún plano espiritual diferente al nuestro. Son muchos años de práctica y es una experta en este sector.

Cuando ocurre un problema como el que tenemos en la actualidad, ella nos llama a través de uno de sus planes de trabajo y nos “obliga” a visitarla y dejarnos ayudar por su experiencia.

Entre la música que la radio nos ofrece y los algunos pequeños comentarios que Brisa me realiza recibimos un mensaje de texto de nuestras amigas.

Hacemos parada en la siguiente Área de Servicio en la zona de Benavente. Necesitamos un café cargado y comer algo.

Minutos después aparcamos los coches en el aparcamiento y nos dirigimos al restaurante/cafetería.

—¡Hola! —comenta Lola—. ¿Nos pone cinco tostadas con tomate y cinco

café con leche y azúcar? ¡Gracias!

Ésta se dirige a la mesa que hemos escogido como zona de descanso y se sienta en mi lado derecho. Me coge la mano y comienza a acariciar la zona interior de la muñeca. Sabe que esa acción me relaja. La miro y le regalo una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—Lectora, ¿Cómo sigues? —me pregunta Lola.

—Saturada. No sé qué quiere esa persona de nosotros... —le respondo mientras paso mis dedos por mi melena rizada.

—Bueno, para eso vamos a la casa de la abuela —comenta Estela—. Ella tendrá la respuesta y la solución.

—Eso espero... —susurro.

Minutos después devoramos el desayuno que hemos pedido al camarero y Lola se hace cargo de pagar la cuenta. Aprovechamos para pasar por el servicio en plan manada femenina y nos guiamos hacia los coches incorporándonos en la Autovía.

Nos queda la mitad del camino. La mayoría de él lo hago dormida. Mi mente me da un descanso. No pienso, no recuerdo, no sufro ningún dolor. Simplemente me dejo llevar hasta escuchar el susurro de Brisa.

—Paola, despierta. Necesitamos el nombre de la calle de la abuela para el GPS. Estamos llegando —me solicita Brisa.

—Rua³ Atalaia, ya sabes que llegando al final, casi comenzando la Rua Virxe⁴ da Barca —le guio.

—Sí, solo que no me acordaba del nombre de la calle —me responde con una sonrisa.

Dirige el coche a la carretera que nos lleva a Muxía y coge la calle que indica pocos minutos después. Tierra y humedad llega a nuestro olfato y las chicas aparcan en la puerta de la casa de piedra ubicada en la linde de la carretera.

Me desabrocho el cinturón de seguridad, abro la puerta del coche y salgo de éste de forma automática.

La puerta de madera se abre de forma enérgica y sale la persona que una vez me enseñó lo que es volver a vivir.

Una mujer bajita, encorvada por la edad, con el pelo blanco y recogido en un moño bajo y unos ojos color café que asustan tanto como la normalidad de su color.

Me mira. Me sonríe. Camina hacia mí. Me sujeta con sus arrugadas manos de mis hombros. Me abraza y me susurra.

—Volverás a vivir.

Mar y Sufrimiento. La Magia continúa.

1 – Abuela.

2 – Gracias.

3 — Calle.

4 – Virgen.

Capítulo 33

Mateo

Después de la desagradable visita a la Agencia vuelvo a mi apartamento. Tiro las llaves sobre la mesa del salón con rabia y me siento en el sofá apoyando los codos sobre las rodillas y con las manos me limpio la cara con rabia y desesperación.

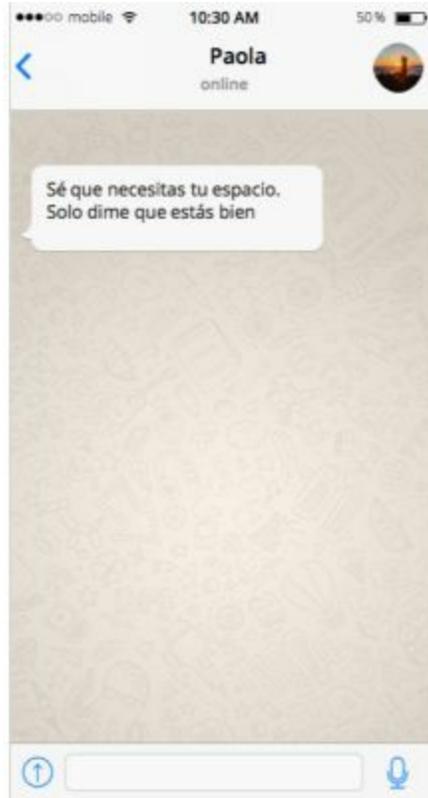
«La has perdido, imbécil, la has perdido tu solito»

—¡Mierda! —grito en voz alta—. Te lo repitió mil veces, Mateo... Pase lo que pase, cree en mí.

Y he creído en todo mi maldito alrededor menos en ella. Necesito saber que está bien y aunque sé que necesita espacio meto mi mano derecha en el bolsillo del pantalón y saco mi teléfono móvil. Busco su número e intento llamar.

Un toque, dos toques, tres toques...

Nadie descuelga mi llamada. Lo intento dos veces más y en ningún momento se realiza el instinto de descolgar. Abro la aplicación del móvil y le envío un mensaje.



Un par de minutos después la doble “V” azul se activa y la veo en línea. Escribiendo.



«Le has destrozado, gilipollas. Has destrozado a la mujer de tu vida»

Me dirijo a la cocina y saco un vaso de licor. Hablo el mueble bar y cojo una botella de vodka. Un par de cubitos y a palo seco me bebo dos vasos sin rechistar.

«Le he destrozado la vida, a mi vida»

Ese es el último pensamiento que tengo antes de quedarme dormido en el sofá.

Capítulo 34

Paola

Con mi mano derecha sujeto el reloj en forma de colgante que me regaló mi madre antes de morir. Las ocho y media de la tarde es la hora marcada, aunque mirando el cielo de Galicia en este mes de invierno parece que es más de media noche.

Acerco a mis labios el vaso de leche caliente que sostengo entre mis manos, le doy un pequeño sorbo y me bebo el líquido notando la temperatura ésta.

Escucho cómo la puerta de la casa se abre y no necesito preguntar quién me está observando entre la oscuridad.

—Mi pequeña, debemos cenar y hablar de lo sucedido —me recomienda mi abuela.

—¿Podría ser mañana...? —le pregunto.

—¡No! —Me coge de ambas manos y me mira a los ojos directamente—. Pequeña, no sabemos a qué nos atenemos, pero sí sé que, si ese chico muere, no vivirás el amor hasta otra vida.

—Otra vida... —susurro.

—Sí, pequeña. Él es tu perfección en la pareja y si él muere, tu alma se quedará sin emparejar.

—¿Qué debemos hacer, avoa? —le pregunto.

—Luchar por él.

—Me duele el corazón tanto, que no me apetece luchar por lo nuestro. Me ha fallado, ha desconfiado de mí... —le comento mientras miro al cielo.

—Paola, mírame, ¿No habrías desconfiado tú en su caso? —me pregunta.

—No lo sé...

—Si lo sabes, pero no quieres admitirlo, que es muy diferente —me recomienda con una sonrisa de comprensión.

—Llevas razón...

—Claro que la llevo, ¡Soy tu abuela! —me recrimina en plan gracioso.

—De acuerdo ¡abuela! Vamos a cenar y preguntar a tus difuntos cómo nos pueden ayudar —le comento levantándome del banco que está en la entrada de

la casa.

Dejamos nuestras prendas de abrigo en el perchero de la entrada de detrás de la puerta y caminamos hacia el salón donde la chimenea de piedra nos recibe ofreciéndonos el calor que necesitan nuestros cuerpos.

Entre las cinco amigas servimos la cena en la mesa de madera que decora la cocina y nos sentamos en nuestras sillas correspondientes.

Como siempre un regimiento de comida encima de la mesa nos hace devorar con más ansias todo lo que la abuela ha cocinado para nosotras.

—Cuando os sintáis bien, contadme todo lo que ha ocurrido —nos propone la Abuela.

—Euxenia, su nieta ha encontrado a su alma gemela, pero este tiene un pasado bastante complicado —le expone Lola.

—Explicadme esa complicación, por favor —solicita la Abuela.

—Verá... Él estuvo viviendo con su anterior prometida y ella le dejó supuestamente por otro hombre. Esta mujer y el hombre destinado a Paola trabajan juntos en el mismo departamento de la empresa —le explica Lola—. El problema es que dicha mujer al saber sobre la existencia de Paola está intentando separarles.

—Hay algo más. Algo no hicisteis bien —comenta con voz dura la abuela mientras se acaricia con movimiento circulares la zona derecha de la cabeza.

—En la Noche de San Juan del último año creamos un ritual para alejar los malos amores. Para ello cogimos un tanga cada una y lo arrojamos a la hoguera con la oración correspondiente.

—Algo falló en ese momento. ¿Ibais bebidas? —pregunta la abuela.

—Si —afirma Brisa.

—¿Desde cuándo se acepta la Brujería con alcohol en el organismo!? —nos chilla la abuela.

—Desde nunca —repetimos la cuatro.

—Muy bien, pero ya es tarde —susurra la abuela—. Vamos a necesitar hacer una regresión al pasado y en ese mismo momento analizar paso a paso que falló. Solo entonces sabremos cómo debemos finiquitar el poder de esa persona.

—¿Qué necesitamos...? —pregunta Estela.

—De momento acostarnos y descansar —aconseja dirigiendo su mirada a la mesa—. Y tú, pequeña...

—Se llama Rose, avoa —le comento.

—Pues Rose, no permitas que me enfade y cómete la «vergüenza del gallego» —le exige la abuela.

—¿La vergüenza de que...? —le pregunta Rose.

—¿Ay, no me digáis que no conoce eso...? —nos recrimina la abuela.

—“La vergüenza del gallego” es la última parte de comida que queda en el plato —le explico.

—¡Ah! Pues no se preocupe señora, ahora mismo lo devoro —le explica Rose a la abuela.

—¡Me alegro! —exclama la abuela—. Ahora todas a descansar, que mañana al amanecer nos ponemos con la regresión ¡Boa noite⁵, nenas!

—¡Buenas noches, Avoa! —le deseamos las cinco.

Reencuentros y Familia. La Magia Continua.

Capítulo 35

23 de enero de 2017

Mateo

Después de despertarme con una resaca producida por las copas que le regalé a mi cuerpo la noche de anterior, comienzo un lunes de mierda. Me encierro en mi oficina sin antes pedirle a Andrea que no deje pasar a nadie. Necesito estar tranquilo, sumergirme en mi trabajo y olvidar a Paola durante unos segundos.

Le doy un trago al café solo que me acaba de traer mi secretaria y lo dejo en el platillo junto a la cucharilla.

Dirijo mi mirada hacia la pantalla y compruebo que los últimos clientes londinenses comienzan a dar problemas con uno de los datos codificados que necesitan para uno de sus proyectos. Compruebo que sin una reunión urgente este asunto solo me ofrecerá más problemas en un futuro inmediato y descuelgo el teléfono.

—Andrea, convoca una reunión urgente con todo el departamento en la sala de juntas —le solicito—. Y convoca también a Informática, les voy a necesitar.

—En diez minutos estará todo preparado —me comunica Andrea.

—Gracias.

Termino de transcribir la última documentación que nos exigen en Londres y guardo la información en el disco duro. Cierro el ordenador y el teléfono móvil, sin chaqueta puesta me dirijo con grandes pasos hacia la sala correspondiente.

Me siento en uno de los sillones giratorios que rodean la mesa y hago tiempo mirando la pantalla de mi teléfono. Necesito saber que está bien. Así que en cuanto salga de la oficina iré a su casa a preguntar por ella. Con esa decisión en mente la puerta de la sala se abre y entran hablando varios de mis compañeros, dos informáticos y Natasha.

La última en entrar es Andrea, con una bandeja llenas de vasos de café. Cierra la puerta y se dirige a la mesa con paso decidido. Nos deja los vasos en nuestros puestos de trabajo y se marcha del lugar.

—Bien. Tenemos problemas con la descodificación de Londres —le explico al equipo—. ¿Alguien podría explicarme los motivos?

—Mateo, necesitamos más tiempo para este proyecto —me comenta Natasha con una voz demasiado amigable.

—Sr. Guzmán, para ti —le exijo con dureza—. ¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Mínimo dos semanas... —comenta uno de los informáticos.

—¿Dos semanas? —le pregunto de forma seria—. De acuerdo, dos semanas a partir de hoy.

—También necesitaríamos realizar una visita al cliente —me comunica el informático anterior.

—¿Cuándo debéis ir, Juan? —le pregunto a éste.

—Sr. Guzmán... —me nombra Juan.

—Mateo, para todos los demás. Por favor —le exijo al resto de equipo.

—Ok. Mateo, lo antes posible. Debemos viajar lo antes posible —me comenta Juan.

—De acuerdo. Iremos tu y yo. Los demás seguid trabajando en la descodificación, en dos semanas debe estar cobrada la factura al cliente.

Notamos cómo una de las sillas se mueve hacia atrás y al dirigir la mirada hacia el ruido veo cómo Natasha se levanta de forma moribunda. Sin esperar ni un segundo me levanto de mi silla y corro hacia ella. La sujeto por la cintura y la incorporo sin ningún esfuerzo. El resto de compañero se levantan del propio susto ocasionado.

—Llamamos a una ambulancia... —comenta uno de ellos.

—¡No! —grita de pronto Natasha—. Qué nadie se mueva. Qué nadie llame a nadie. Qué nadie me pare.

—¿Natasha...? —le pregunto intentando ayudarle de nuevo.

—¡No me toques! —me chilla. Levanta la vista y me encuentro con sus ojos marrones inyectados en sangre—. Debo irme. Debo solucionar un problema.

—Pero, ¿Cómo te vas a ir así? —le exijo gritando.

—No me podéis parar. Es el momento —susurra con una voz casi invisible.

—Bien. Cógete una semana de vacaciones, ¿de acuerdo? —le propongo.

—Gracias. Debo irme —me dice clavando sus pupilas enrojecidas en mi mirada—. Nos veremos.

Capítulo 36

Paola

Un nuevo día y, cómo no, la lluvia en Galicia es la normalidad. Me pongo el chubasquero rosa que guardo para las visitas que le hago a mi abuela y abro la puerta de la casa. La llovizna cae sobre mi cara quitándome gran parte del sueño que todavía tengo y comienzo a andar hacia la Iglesia de la Virgen de la Barca.

Necesito recordar a Mateo. Pensar en sus manos tocando mi piel, sus labios besando mi cuello y su pene llenándome por entero. Necesito volver a escuchar su “Te quiero” tan cerca de mí que me haga estremecer de placer.

Pero sobre todo necesito creérmelo de nuevo o más bien que me lo haga creer.

Sin pensármelo dos veces meto mi mano izquierda en el bolsillo del chubasquero y saco el auricular. Pongo el manos libres y activo la aplicación de llamada.

—¿A quién desea llamar? —me dice aplicación.

—Mateo Guzmán —le dicto.

Un tono de llamada, dos tonos, tres tonos... «¿Qué estás haciendo Paola?» Cuelgo la llamada con el cuarto tono de llamada y me guardo el auricular de forma temerosa en el bolsillo. Giro mi cuerpo y comienzo a caminar vuelta a casa.

Unos minutos después, me siento junto a la chimenea y froto una mano contra la otra para conseguir que mi calor corporal vaya en aumento. Y entonces las puertas que dan a las habitaciones comienzan a abrirse y salen mis cuatro amigas arregladas y desayunadas.

—¡Buenos días! —me dice Brisa con su peculiar sonrisa.

—¡Hola! ¿Ya estáis desayunadas? —les pregunto.

—Si y la abuela sale en un momento para ponernos con la regresión —me explica Lola.

—¿Quién realizará la Regresión? —pregunta Rose.

—Lo hará mi nieta —especifica la abuela, que acaba de entrar en la cocina.

—¿Yo? —les pregunto.

—Es tu destino, debes trabajarlo ¡tú! —me dice la abuela señalándome con su dedo índice.

—Genial. Yo estoy desayunada y arreglada —le digo a todas.

—Bien. Comencemos, necesitas ropa amplia y cómoda —me comenta la abuela.

—Sí, estoy cómoda.

—Bien. Quiero que te tumbes en el sofá, boca arriba y sin cruzar los brazos y las piernas.

—Bien.

Me tumbo en el sofá oscuro completamente estirada. Cierro los ojos despacio y sin ejercer ninguna presión sobre los párpados e intento relajar la mente y estar pendiente de las palabras que mi abuela me dicte.

—¿Estas bien, Paola? —me pregunta la abuela.

—Sí. Estoy cómoda y relajada.

—Bien. Primero debes concentrar tu mente en tu respiración. Aspira cuatro veces mientras relajas poco a poco tu respiración. Inspira y expira realizando una larga pausa entre ambas acciones —me explica detenidamente—. Con cada expiración expulsa el dolor y la negatividad que tu alma y tu cuerpo siente. Con cada una de las inspiraciones recoge la energía positiva que el Universo te ofrece.

Poco a poco mi cuerpo comienza a recibir impulsos y pequeños mareos al forzar una respiración moderada, pero relajarme.

—Bien, pequeña. Ahora vas a visualizar cómo esa relajación comienza a trabajar en tus músculos. Primero tu frente y cara comenzaran a sentirse relajadas. La mandíbula dejará de sentir tensión y esta sensación pasará a los hombros y el cuello —Noto cómo mi abuela realiza una pequeña pausa y bebe agua—. Esta parte suele proyectar mayor presión nerviosa que el resto del cuerpo y hasta que no esté completamente relajada no pasaremos a la siguiente zona, así que dame un aviso...

—Ya.

—De acuerdo. Pasemos a los brazos y piernas. Nota cómo ese relax llega hasta los dedos de tus extremidades. Y ahora guíate a tu espalda, tu columna. Cómo cada músculo y tendón se calman guiándose con tu respiración. Por último, pasaremos a tu vientre. Siente cómo se calma, cómo el *chakra* consigue la armonía perfecta —Termina especificando la abuela.

Mi cuerpo está relajado. Me siento en armonía con mi alma. Mi mente está

en ese lugar donde desconectas por completo del dolor y hasta de la felicidad.

—Paola, ahora imagínate una luz blanca y brillante justo encima de tu cabeza. Cuando la luz esté situada imagínate que traspasa tu cabeza, tu cuello, hombros —Realiza una pequeña pausa—. Brazos, piernas, espalda, columna y finalmente llega a tu vientre. Siente cómo tu cuerpo entra en un estado de relajación completa. Siente tu conciencia en paz.

—Ya.

—Bien. Dirige tu mirada al frente y verás una puerta de color claro. Guía tus pasos hacia ella y ábrela —Realiza una pequeña pausa, mientras yo realizo el cometido—. Cuando la traspases, obsérvate. Mírate las manos, los brazos, las piernas. Toca tu pelo, tu cara, sé consciente de que eres tú en cuerpo y alma.

—Ya está.

—Mira al frente, verás aquella playa. Guía tus pasos hacia la hoguera y cuéntanos —Me solicita la abuela.

—Las chicas llegan a mi riéndose y cantando. Nos colocamos justo en la linde de la hoguera y levantamos nuestra ropa interior. Entonces yo digo en alto la oración para el ritual y lanzamos nuestra ropa al fuego... ¡Espera! —Trago saliva ante las imágenes que llegan a mí—. Visualizo cuatro bolas de luz oscura en diferentes zonas del fuego, tienen como un poder magnético hacia nuestras prendas... ¡Las atrae, las atrae, las atrae!

—Tranquila, Lectora —escucho que me dice Brisa con voz nerviosa.

—¡Espera! —dirijo mi mirada hacia el mar y le veo allí. Es Mateo introduciéndose por completo en el agua y no está solo—. ¡Es ella, estaba con Mateo!

—¿Quién es ella? —pregunta la abuela.

—Mi peor pesadilla. Natasha —les susurro.

—Bien, es el momento de volver. Guía tus pasos a la puerta anterior y traspásala —me pide mi abuela—. Observaras tu cuerpo descansar en el sofá. Hazte parte de él. Comienza a mover lentamente los dedos de las manos, de los pies. Mueve el resto de tus extremidades. Siente cómo tu mente vuelve a esta casa, junto a nosotros y abre tus ojos lentamente.

Realizo paso a paso su forma de guiarme ante mi regresión al presente. Acomodo mi vista a la luz del lugar y observo a mis amigas, las cuales me regalan una sonrisa especial.

—Bien, chicas ya tenemos alguna explicación del problema. Esa chica es

una Hechicera con un poder fraguado en otras tierras y debemos luchar contra él —explica mi abuela.

—¿Y cómo lo haremos...? —pregunta Lola.

—Tranquila, ella ya viene de camino. Lo que no sabe es que amor de dos almas correspondidas lo puede todo —responde la abuela con una gran sonrisa.

Pasado y Presente. La Magia Continua.

Capítulo 37

Mateo

Miro mi reloj de muñeca y marca casi las siete de la tarde. Arranco mi coche. Hoy me lo traje, no paraba de llover en Madrid y decidí ahorrarme una caminata entre paraguas ajenos y charcos mal pisados.

Giro hacia la izquierda y cruzo la calle de Alcalá dirección el Norte del parque. Minutos después estoy cruzando el paso de peatones de la calle donde vive Paola. Con nerviosismo intento encontrar un aparcamiento, aunque sea en zona azul y cuando creo que voy a tener que optar por el aparcamiento en un parking privado de la zona, encuentro un sitio libre en la misma puerta su portal.

Maniobro el deportivo y apago el circuito de éste. Sin pensarlo abro la puerta y me bajo con prisas. En dos zancadas me encuentro en la puerta de su portal y llamo al timbre. Una, dos y hasta tres veces. Me bajo del escalón que franquea la puerta y dirijo mi mirada a los balcones correspondientes a su casa.

Y nada, no hay luz. Una, dos y otra vez una tercera vez... ¡Nadie responde!

Metó la mano en el bolsillo de mi pantalón y saco el teléfono móvil.

—Mierda, Mateo... ¡No tiene sonido! —me recrimino a mí mismo mientras lo activo. Y entonces la veo—. ¡Joder, llamo Paola hace horas!

Comienzo a marcar la rellamada a su teléfono y me sale el típico mensaje “El teléfono está apagado o fuera de cobertura”.

—¡Mierda! —intento llamar de nuevo al timbre del portal, cuando la puerta se abre y sale una vecina. Sujeto la puerta antes de que se cierre y accedo al interior del portal. No me molesto en esperar al ascensor, subo las escaleras de dos en dos y en pocos minutos me encuentro frente a su puerta. Llamo al timbre, con los nudillos, con el puño y hasta con mi voz... ¡Pero nadie abre!

Es entonces cuando la puerta de al lado se abre y sale una mujer mayor con una bata de franela con dibujo de leopardo y el pelo lleno de rulos. Me mira de arriba abajo de una forma muy descarada.

—¿Buscas a Paola? —me pregunta.

—Sí, ¿podría ayudarme? —le pregunto esperanzado.

—Ella no está.

—¿Cómo que no está...? —vuelvo a preguntar.

—Ayer vino con una de sus amigas y un rato después salieron con una maleta bastante grande. Estará de vacaciones... —me responde con indiferencia.

—Y ¿hoy la ha visto? —le pregunto con la idea de que Paola se haya ido a pasar solo una noche a casa de una de sus amigas.

—No —y acto seguido se da la vuelta y vuelve a entrar a su casa.

—¿Dónde estás, Mi Meiga? —susurro mientras acaricio el marco de su puerta.

Respiro hondo varias veces y bajo los escalones que me separan de la calle. Me monto en mi coche y decido volver a casa. Necesito descansar y pensar que pasos debo dar para encontrarla. Si lo logré una vez, nuestro destino nos reencontrará.

Capítulo 38

24 de enero 2017

Paola

Me despierto y lo primero que hago es comprobar mi teléfono móvil. Compruebo que tengo varias llamadas de Mateo y decido devolver la llamada por la tarde.

Hoy tenemos que diseñar el plan para combatir contra Natasha y todavía no sabemos hasta donde alcanza su poder. Sí, consiguió realizar una esfera de energía oscura para atraer mi prenda interior para saber con qué fin, pero sabemos que su fuerza es superior y debemos combatir con ella.

Me dirijo al salón y me encuentro a mis cuatro amigas y a la Abuela sentadas en los diversos sofás que hay repartidos en la estancia. Tomo asiento en una silla ochentera de color oscura, la cual seguro que ha visto casi más vida que yo y sonrío de forma amigable a mis amigas.

—Niñas, lo único que he sacado en claro es que esa mujer tiene el poder de la regresión —explica la Abuela.

—Con eso quieres decir que en cualquier momento puede presentarse aquí... —especifico yo.

—Así es. Además, al realizar la regresión de ayer a ella le llegó un aviso ancestral sobre nuestro descubrimiento o mejor dicho sobre nuestros descubrimientos —comenta la Abuela mientras da un sorbo a su manzanilla.

—Ella lleva el factor sorpresa... —asegura Brisa.

—Y nosotras tenemos no solo el poder de cuatro... —nos especifica la Abuela—. Ahora tenemos el poder del pentagrama, el poder de cinco. Su poder no espera la presencia de Rose y esa puede ser nuestra ventaja.

—¿¡Mi poder!?! —grita Rose—. Euxenia, yo no sé controlarlo...

—Cuando llegue el momento indicado, cuando escuches el grito de dolor de algunas de las Brujas, atacaras sin remordimiento —explica la Abuela, mirando fijamente a Rose.

Rose traga de forma violenta la saliva que se le ha formado en la boca y me dirige una mirada llena de preocupación, miedo y un toque de ilusión.

—Debes empezar en confiar en ti, Rose —le recomiendo—. Tu instinto te ayudará a atacar en el momento adecuado y a la persona adecuada.

—Ojalá... —nos dice que una sonrisa nerviosa—. ¡Gracias por dejarme ayudar!

—¿Cómo? —pregunta Lola levantándose del sofá azul con el típico tapete de ganchillo—. Nada de dar las gracias. Eres la quinta Bruja, formas el pentagrama, formas la unión.

Todas asistimos a las palabras de Lola y decidimos dar un paseo por el pueblo. Así de paseo compramos algo de comida para aportar en casa.

Organización y Unión. La Magia Continúa.

Capítulo 39

Mateo

Hoy ha sido un día agotador en el trabajo. Juan y yo hemos planificado las reuniones que debemos realizar con el cliente de Londres. Estos al tener una sucursal en Barcelona, hemos decidido reunirnos allí y dejar hablado el problema generado en la descodificación.

Mientras tomo notas en mi Tablet noto cómo mi teléfono móvil comienza a vibrar encima de mi escritorio y sin mirar el nombre del emisor, descuelgo.

—Mateo Guzmán...

—Ho...la...? —responde una voz tan tímida que sin imaginárselo me devuelve el aire a mis pulmones.

—¡Mi Meiga!

—Hola, Mateo... —me responde.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? —le pregunto de forma exigente.

—Estoy bien. Las chicas y yo nos subimos a Galicia. Estamos con mi familia.

—¿Con tu Abuela?

—Sí, es mi única familia... —me especifica con un susurro.

—Fui a buscarte a tu casa y no estabas —le explico mientras me levanto de la silla de mi oficina y me acerco al ventanal de ésta—. Una vecina me explicó que te había visto salir con una de tus amigas y una maleta... Yo lo siento tanto...

—Desconfiaste de mi palabra —me recrimina mientras las primeras lágrimas comienzan a correr por sus mejillas.

—Lo sé y lo siento —le propongo con voz derrotada—. ¿Podríamos vernos?

—No lo sé...

—Mira, mañana tengo un viaje de trabajo a Barcelona —le cuento mientras admiro las calles del centro de Madrid y su intenso tráfico—. Estaré durante cuatro o cinco días. Si quieres a la vuelta podríamos pasarnos por Muxía y vernos...

—¿Podríaís...?

—Sí, voy con Juan. Es uno de los informáticos de la empresa —trago saliva mientras espero una respuesta y si puede ser, afirmativa.

—Mira, Mateo. Creo que no es una buena idea.

—¿Por qué? —le pregunto con desesperación. No me esperaba esa respuesta.

—Porque necesito tiempo.

—¿Solo es por eso? Te noto nerviosa.

—Tranquilo, todo está bien. Disfruta de tu soltería en Barcelona... ¡Adios!

—¡Espera, no cuelgues!

Pero ha colgado la llamada y solo escucho los sonidos de la interrupción de ésta y mi respiración en el micrófono. Le doy al botón rojo para colgar mi teléfono y realizo un suspiro profundo.

«Disfruta de tu soltería en Barcelona»

«¿Estará ella disfrutando de su soltería en Galicia?»

Comienzan a sudarme las manos de los propios nervios ocasionados por pensar esas tonterías y me acerco a la mini nevera que tengo en mi despacho. Saco una botella de agua fría, abro el tapón casi de un tirón y me bebo casi toda de un trago.

«Disfruta de tu soltería en Barcelona»

¿En serio se creará que puedo encontrar a otra mujer que la reemplace? ¿Que me haga disfrutar del mejor sexo de mi vida como ella lo hace? ¿Que me haga morir de placer con solo poder enjabonarle su cuerpo? ¿Que me regale sonrisas cada vez que come macarrones con tomate como ella lo hace?

¿En serio se creará que soy capaz?

Tiempo, necesita tiempo, se lo daré, pero buscaré la forma de que mi alma le acompañe en cada uno de esos momentos de distancia.

Capítulo 40

25 de enero de 2017

Paola

Corro. Corro mientras giro mi cabeza hacia atrás y visualizo el camino oscuro que he dejado hace unos minutos.

El asfalto del suelo está agrietado por los años y la humedad de las lluvias. Corro sin parar hasta la muralla de piedra baja y freno en seco ante la Iglesia que me encuentro de frente.

La conozco. La Iglesia de San Martiño de Ozón se alza delante de mí. Con su torreón de dos campanas, su cruz central del tejado y su Crucero en la parte derecha de mi visión.

La oscuridad no me ayuda en la visión, pero los sonidos de unos pasos rápidos y fuertes se acercan hacia mí.

Recojo el bajo de mi vestido negro de época y acelero mi paso hacia el arco que forma el lateral del sitio sagrado. Encuentro un escondite detrás de una de las esquinas inferiores del convento e intento refugiarme de la presencia que me sigue desde hace horas.

Los pasos se frenan justo en la entrada y comienzan a dirigirse hacia la zona de la puerta principal de la Iglesia. Aunque sea de madrugada, la puerta está abierta. Cada uno de los ruidos que realizan las bisagras al moverse llegan a mis oídos. Cuando estas frenan, los sonidos de unos tacones femeninos resuenan en el suelo del altar sagrado.

Entonces aprovecho para correr hacia allí y tirar de ésta con fuerza del tirador y lograr encajarla de un solo golpe. Cuando lo voy a conseguir un golpe de viento la vuelve a abrir y ante mí me encuentro a una mujer, rubia, con unos grandes ojos azules y vestida con un traje de época blanco.

Se acerca a mi recreando cada uno de sus pasos y taconeando sus tacones de agua sobre la piedra del suelo. Me observa de abajo a arriba con un aire de desprecio y me sonrío de forma liviana.

—Ten cuidado —me dice esta mujer con una sonrisa—. Creerás que cada pesadilla es un infierno y en realidad será tu salvación.

—¿Quién es usted...?

—Soy quién te guiará cuando la oscuridad te sirva en plato caliente la venganza más placentera —Se coloca un mechón detrás de la oreja, mientras alza su mirada al techo—. Pero no será la más justa.

—No le comprendo...

—¡Corre! —me grita de golpe.

—¿Qué corra? ¿Más? —le pregunto medio agotada.

—Sí, corre entre las lápidas. Pisa el césped y recuerda... La venganza es mejor justa, que placentera —me recuerda mientras comienza a andar hacia la zona oscura del altar—. Corre ¡Ya!

Sin mediar palabra me alzo de nuevo este vestido de hace décadas y que no sé ni que hago con él puesto y salgo por la puerta verde de la entrada. Comienzo a correr en dirección a las lápidas de mi derecha y encuentro una puerta oscura de hierro antiguo. Con más miedo que sorpresa las abro de un empujón e intento centrar mi visión a la escena que me encuentro delante de mí.

Rose, Brisa, Lola y Estela. Sentadas formando un círculo perfecto. Rodillas con rodillas y cogidas de sus manos. Varias varillas de incienso crean una visión de concentración y magia.

Comienzo a caminar hacia ellas y cuando me queda un paso para juntarme al grupo, Estela dirige su mirada de forma dura hacia mí.

—No te creas que esa venganza, te vengará a ti. Si la haces, las pagas contigo y con nosotras —me comenta cerrando de nuevo los ojos—. Corre ¡Ya!

Mi respiración se acelera de golpe. Abro mis ojos y me encuentro en mi cama, con dos toneladas de mantas que no quitan esta humedad gallega de mi cuerpo y mi mente trabajando al doscientos por cien sobre lo ocurrido en sueños.

Respiro hondo y me relajo poco a poco. Miro la hora en el reloj del teléfono móvil y descubro que puedo descansar como tres horas más. Cierro los ojos y mañana analizaremos su significado.

Pesadillas y Cementerios. La Magia continua.

Capítulo 41

Mateo

Unas siete horas más tarde estamos aparcando mi deportivo en las cocheras del Hotel Porta Fira de Barcelona. Una torre de estilo moderno y vanguardista de color rojo. Ciento diez metros de altura, repartido en veinticuatro plantas de suites, habitaciones, restaurantes, gimnasio y salas de eventos. Estas últimas serán nuestras oficinas en los próximos días.

Hemos conseguido que el cliente desplace parte de su plantilla a este hotel y así poder dar solución al problema lo antes posible. Según nuestros cálculos tardaremos unos cuatro días en descodificar la información necesaria, pero si terminamos antes será mejor para todos.

Abro el maletero y descargo ambas maletas. Juan coge la suya y se la coloca sobre el hombro izquierdo de una forma atlética. Yo subo el tirador de hierro de mi maleta y comienzo a moverla ayudada por las ruedas.

Minutos después estamos esperando nuestras tarjetas/llaves de las suites correspondientes en la recepción del hotel. Nos informan de los horarios de gimnasio y restaurante y nos dirigimos a nuestras habitaciones.

Nos subimos a uno de los ascensores y pulsamos la planta quince. Al abrirse las puertas comenzamos a buscar nuestras suites y cuando damos con ellas introducimos las tarjetas y abrimos las puertas.

—Nos vemos en una hora en recepción —le digo a Juan—. Tenemos una cena con el departamento de privacidad.

—Allí estaré —accede a su habitación y cierra la puerta de forma pausada.

—¿Los hombres os despedís así? —escucho que me pregunta una voz con tono bromista. Me doy la vuelta y me encuentro a una mujer espectacular. Rubia, con grandes ojos azules y una sonrisa pícara.

—Buenos días —le saludo extendiendo mi mano derecha —Soy Mateo Guzmán.

—¿Mateo Guzmán? —pronuncia con un breve acento inglés—. Encantada, soy Brigitte...

—La asesora de privacidad de nuestro cliente. —Termino su explicación

con una amplia sonrisa.

—Esa misma. ¿Acaban de llegar? —apunta señalando la maleta con un pequeño movimiento de cabeza.

—Sí, vamos a descansar un rato y a la hora de la cena nos vemos en la recepción —le explico mientras comienzo a abrir la puerta de mi habitación.

—Espere... —exclama mientras pone su delgada mano encima de mi antebrazo—. Si desea podríamos vernos antes en la zona de copas.

—Brigitte... —comienzo a contarle mientras retiro su mano de mi piel—. Yo tengo pareja y solo ella tiene permiso para tocar mi piel.

—Mujer afortunada —me responde mientras intenta volver a tocarme—. Pero no está aquí...

—Sí que lo está. —Coloco una de mis manos en el centro de mi pecho y con la otra acaricio mi frente—. Está en mi corazón y en mi mente. Ahora si me disculpa...

—Discúlpeme, nos vemos en la cena —me propone Brigitte.

Entro en la suite y pongo encima de la cama la maleta. La abro y coloco todo mi equipaje en el armario. Decido darme una ducha rápida y prepararme para el encuentro con los ingleses.

Enciendo el grifo y cuando el agua está a mi gusto de temperatura entro dentro de ésta.

Enjuago mi cabello con agua templada dándome una sesión de champú. Acto seguido echo unas gotas de gel de baño en la palma de mi mano y reparto la espuma entre éstas.

Comienzo a masajear mi cuello, hombros, abdomen y bajo hasta mi polla. Una imagen invade mi mente. Paola enjabonando mi cuerpo y comenzando a acariciarme de forma erótica.

Intento frenar el impulso de masturbarme pensando en ella, en ese recuerdo, pero es superior a mí.

Cojo mi miembro con la mano derecha y lo aprieto contra ésta. Comienzo a deslizar mi mano todo lo largo de la polla que se encuentra totalmente erecta.

«Paola llegando al orgasmo, empotrada contra la pared, Paola rozando su sexo contra mi piel... Paola... Paola... Paola»

Mi mano se mueve aún más rápido de arriba a abajo ayudada por el efecto del gel y comienzo a notar como mi respiración se acelera. Me ayudo con la mano izquierda apoyándola en las baldosas y bajo mi cabeza en forma de rendición. El orgasmo invade mi cuerpo y caigo rendido ante la imagen de Mi

Meiga en mi mente y en su ausencia.

Mi mano se desliza un par de veces más y comienza a salir el semen de forma incontrolada contra las baldosas, mientras ésta comienza a frenar su movimiento y mi respiración se normaliza.

Me doy otra ducha rápida y salgo de forma relajada al dormitorio. Me visto con un pantalón de vestir color azul oscuro y una camisa blanca. Le doy dos vueltas a las mangas, me pongo mis zapatos negros de ejecutivo y me aplico dos pulverizaciones de mi perfume.

Me espera una cena llena de papeles y acuerdos. Aunque no me olvido que el único acuerdo importante en mi vida es que mi alma le acompañe en cada momento.

Capítulo 42

26 de enero de 2017

Thiago

Doy el primer sorbo a la taza de café caliente que mantengo entre mis manos, cuando el teléfono móvil comienza a sonar con una melodía que poco guarda a la imaginación.

—Let my heart go. Let your son grow. Mama let my heart go. Or let this heart be still —berreo mientras me bajo de la butaca de la cocina.

Recorro el pasillo camino de mi habitación y lo cojo de encima de la mesita. Miro la pantalla iluminada y no hay duda. Es el Diablo o más bien la Diabla.

—Mamá...

—Mi pequeño, ¿cómo que no llamas a tu mamá? —protesta en español. En mi familia todos hablamos este idioma ya que tenemos antepasados de este país y nos gusta honrar a nuestra gente.

—Mamá, he estado liado con tus exigencias.

—¿Exigencias? —me grita—. No me seas maleducado, nene. ¿Has conseguido novia?

—No, mamá...

—¿No? —recalca con un grito agudo—. Prepara el equipaje, te necesitamos en casa.

—Mamá, por favor...

—En casa te necesitamos, Thiago —manifiesta mi madre—. Así que prepara todo, te queremos en casa dentro de unos días.

—De acuerdo, mamá—le musito a mi madre—. Pero a cambio de un solo deseo.

—¡No exijas mucho!

—No quiero trabajar en la empresa familiar —le indico.

—De acuerdo, hijo.

—¿En serio...?

—En serio, pero vuelve lo antes posible.

—¡Un beso, mamá!

Cuelgo la llamada con una sonrisa en mi boca. Mi madre es una mujer muy dura de carácter, pero en el fondo es un trozo de pan... algunas veces envenenado, pero es pan.

Mientras disfruto de este momento me llega a mi mente la imagen de Brisa. Tan bonita, tan especial.

Nuestra historia de tira y afloja debe terminar e imaginarme que no vuelva a cruzarme con ella me crea un malestar que creía no sentir. Me queman los pulmones.

Cojo de nuevo el teléfono y decido que cuanto más rápido me despida de ella, será lo mejor. Busco su contacto y marco el botón verde.

Es el momento de despedirme de ella y duele. Es algo que no quiero hacer.

Mama Said. Metallica

Deja que mi corazón ande

Deja que tu hijo crezca

Mamá deja que mi corazón ande

O deja que este corazón se detenga

Capítulo 43

Brisa

—¡Qué sueño! —grito mientras doy pequeños toques debajo de las sabanas en busca de mi teléfono móvil—. Venga ya, ¿Dónde estás? Sal de tu escondite...
¿Tan grande es esta cama?

Se apaga el vibrador del aparato y unos segundos después vuelve a sonar. De forma desesperada meto todo mi cuerpo debajo de las mantas y me pongo a “bucear” en busca del tesoro perdido.

—Venga, pequeño... Tienes que estar... —un aparato de metal aparece en mi mano con movimientos repetitivos que “masajea” mi mano—.
¿Dígame...?

—Brisa, soy Thiago.

—Thiago... —aclaro mi garganta carraspeando con disimulo y me incorporo un poco en la cama, colocando la espalda en el cabecero de madera—. Lo siento, estamos en Galicia por un problema familiar de Paola y la agencia está cerrada.

—Tranquila... —Le noto más serio de lo normal y espero unos segundos a que siga hablando—. Brisa, dejo España y por tanto la agencia.

—¿¡Cómo...!?

—He recibido una llamada de mi familia y vuelvo a Brasil —Comienzo a ponerme nerviosa, echo toda la tonelada de ropa de cama a un lado y me levanto de un salto. Doy dos pasos y me asomo a la ventana más cercana tocando mi frente con un gesto nervioso—. Mantendré el mismo número de teléfono..., por si alguna vez...

—¡Déjalo, Thiago! —le recrimino con las primeras lágrimas saliendo de mis ojos—. Qué encuentres la felicidad...

—¡Espera, Brisa! —me replica de forma urgente—. No cuelgues, por favor. Lo que necesites, en cualquier momento, llámame... ¡Por favor!

—Cuídate... —le recomiendo con un susurro.

—Tú también... —me corresponde con sus palabras—. Gracias por todo.

—Gracias a ti.

Me quedo observando la calle casi desierta. Algunos vecinos vuelven con

el pan bajo el brazo intentado cubrirse de la llovizna con la que hoy se ha despertado el pueblo.

Me limpio la cara mojada por mis lágrimas y me doy la vuelta, cojo la sudadera roja que tengo encima de la cama y me la pongo sin mirar mi pelo despeinado,

Abro la puerta de la habitación y me dirijo a la puerta de la calle, la abro y observo el banco de piedra que decora la fachada de la casa de Euxenia. Decido sentarme en él y respirar profundo.

«Thiago, Thiago, Thiago»

Mi pensamiento va dirigido a él en plenitud. Y solo una respuesta llega a mí.

«Juro, que nuestros caminos se cruzarán»

Capítulo 44

27 de enero de 2017

Mateo

—¡Noooooooooooo! —grito con desesperación—. ¡No, joder, Noooooooooooo!

Retrocedo unos pasos hasta quedarme en el límite del acantilado y desesperado busco a Paola entre los huecos de las rocas.

—¿Dónde estás? —grito con desesperación mientras me muevo rápidamente entre los huecos de piedra—. ¿Dónde estás, Mi Meiga?

—¡Ya no está! —Aparece entre la penumbra del atardecer una mujer rubia con ojos azules y enfundada en unos altos tacones negros. Me dedica una mirada burlona y señala con el dedo índice de su mano derecha una piedra con forma de dos personas—. Ha sido por amor a ti.

Miro hacia ese lugar y me encuentro el cuerpo de Paola inerte justo encima de esa piedra. Corro, corro como si no existiera mi vida, como si mi corazón no cumpliera la misión de bombear sangre hasta saber si el suyo lo hace.

Corro con desesperación y lo primero que noto es su calor. Es tenue, pero destila vida. Con cuidado sujeto su cabeza con mi mano derecha y con mi brazo izquierdo levanto sus piernas. Acercó su cuerpo a mi pecho e intento regalarle mi calor. Prefiero que ella viva, que ella disfrute de una vida plena. Prefiero perder mi vida a que la pierda ella.

Observo mi alrededor y me sorprende estar solo con esta mujer misteriosa que me mira sonriente. ¿Me está vacilando?

—No me estoy riendo de ti, Mateo —me explica señalando a Paola con la mano derecha—. Y menos de ella. Estoy aquí para avisaros de algo muy importante... Bueno más bien para enseñaros que este será vuestro final si buscáis una venganza placentera y no justa.

—¿Venganza placentera? ¿Justa? —Dirijo mi mirada al cuerpo de Paola—. ¿Se puede explicar mejor?

—La batalla contra la oscuridad está a unas horas de dar comienzo —Se gira de cuerpo entero y su cuello se voltea hacia mi posición. Alza su mirada azul con superioridad—. Si quieres salvar al amor de tu vida, ve a buscarla a

su lugar, pero recuerda mi consejo, recuerda quién es tu destino.

Noto cómo mi espalda es empujada y mi cuerpo cae en un vacío sin fin. Mis brazos intentan sujetar el cuerpo de Paola, pero éste ya no está junto a mí. Y caigo, caigo a una velocidad extrema y no me da tiempo a reaccionar cuando mis ojos se abren de golpe,

Me incorporo en la cama e intento enfocar mi realidad.

—Ha sido una maldita pesadilla, una maldita pesadilla, una maldita pesadilla —intento convencerme a mí mismo una y otra vez, pero mi corazón sabe que no es así—. ¡Debemos ir a Galicia!

Me levanto, me visto con unos vaqueros informales, una camiseta de manga corta básica y una sudadera de color rojo. Me calzo unas zapatillas e intento asearme lo más rápido que puedo.

«Juan, debo avisarle»

Salgo de mi habitación y cruzo el pasillo en dos zancadas, toda la puerta con insistencia y no abre.

—Juan, tío abre... ¡Es urgente! —me replico con un murmullo, son solo las dos de la madrugada. Cuando la puerta se abre y no es Juan quién aparece—. ¿Brigitte...?

—Sí... —me responde con una sonrisa nerviosa—. Juan está en la ducha.

—Dile que debemos salir de viaje en diez minutos, es urgente —le pido mientras me dirijo a mi suite—. Le espero en la recepción.

—¿Os marcháis? —me pregunta.

—Sí, ya acordaremos las futuras reuniones. Es un asunto de vida o muerte. ¡Avísale! —Me vuelvo a dirigir a ella con mi mano extendida—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente, Mateo —me responde con una bonita sonrisa, mientras cierra la puerta tras de ella.

Veinte minutos después ambos vamos en mi deportivo dirección Muxía. Debo cumplir la misión que me prometí y que le prometí a ella.

Capítulo 45

Paola

Coloco las dos últimas tostadas que he casi calcinado en la tostadora. No, no soy yo la rara, Lola “La perfecta” ama todo lo quemado en el tema comida. Los filetes bien pasados, los huevos fritos que estén a la plancha y los extremos quemados. Es una mujer con gustos totalmente diferentes, así que las dos últimas obras maestras negras de la tostadora son suyas.

Camino hacia la mesa de la cocina donde están todas empezando a desayunar cuando un olor a podrido llega al lugar.

—¡Ya está aquí! —nos avisa la Abuela—. Y no viene de forma amable.

Estela se levanta y sale corriendo a la puerta de entrada, coge la escoba de bruja del hogar y la sitúa justo detrás de la puerta de entrada. Así sabremos si quién llegue a este hogar llega con buena vibra y podremos confiar plenamente.

—Protección al hogar realizada ¡Gracias Estela! —felicitó la Abuela—. Nenas, debéis protegeros, esta noche será el principio.

—¿Esta noche? —pregunta Rose con un todo de miedo en su voz.

—Sí —le responde la Abuela—. Pequeña, ponte tu amuleto de plata en el cuello y recuerda, tú complementas el poder del Pentagrama.

—Los cinco vértices... —susurra Rose para sí misma.

—Exacto, ponte tu amuleto. ¡Corre! —Le anima la Abuela dando dos palmadas con sus manos.

Rose sale corriendo hasta su dormitorio y abre el cajón de la mesita de noche. Saca una caja plateada y mira su amuleto. La única herencia de su abuela, junto a su don sonrío ante él y pronuncia unas sabias palabras con el cual activa el poder de su símbolo.

—Poder de los cinco vértices, las cinco brujas ante ti, ante tu protección. ¡Activa tu energía, activa nuestro poder! —Coloca el amuleto entre sus manos y cierra los ojos controlando su mente—. ¡Qué así sea!

Abre sus manos con cuidado, sujeta la cadena plateada entre sus dedos y se lo coloca alrededor de su cuello.

Veo regresar al salón a Rose con su protección y decido despedirme de ellas e irme a descansar a mi habitación. Me tumbo en la cama y noto cómo los

dedos de mis pies comienzan a estar insensibilizados. La misma sensación sube hasta mis rodillas, las caderas... No puedo abrir mis ojos y mi mente no reacciona de una forma normal.

Segundos después, mi cuerpo comienza a ser elevado con una forma sobrenatural y empieza a levitar hacia la zona exterior de mi hogar.

En la calle ya es de noche, no puedo verlo, pero noto cómo la noche se ha adueñado de este día de una forma rápida y fría. Mi cuerpo comienza a perder temperatura y cuando un escalofrío va a recorrer mi columna ésta fuerza apoya mis pies en el suelo con cuidado. Solo entonces mis ojos se abren.

Enfoco mi vista ante la oscuridad y contemplo un camino de cemento que me lleva a un lugar escondido entre la niebla del invierno. Entonces escucho esos pasos. Uno, dos, tres pisadas perfectas justo detrás de mí. El temor se adueña de mi presencia y corro por el camino hasta llegar a una muralla baja de piedra y ante mí está el Convento de San Martiño de Ozón.

Y entonces lo recuerdo todo, estoy viviendo mi sueño, un sueño premonitorio.

La presencia de esos pasos llegan a mí y salgo corriendo hacia el convento. Cruzo el muro bajo de piedra y me giro hacía los nichos que están situados a mi izquierda. Allí me sitúo justo en frente de la puerta de hierro oscura y con un pequeño movimiento de dedos se abre de un portazo. Todo está oscuro en su interior. Oscuridad que es interrumpida por el fuego creado con mi mente y enciende los antiguos candiles que decoran las paredes.

Y entonces su presencia llega a mí. Su olor a mal estado, su negatividad, su poder oscuro intenta asustarme y giro mi cuerpo hacía ella.

—Hola...—me masculla de una forma irónica.

—¡Bienvenida a mi tierra, Natasha! —le respondo con una sonrisa de superioridad. Sé que luchar en tu terreno puede resultar beneficioso y ella lo sabe—. Bien, dime ¿Qué quieres de mí?

—¡Jajaja! —exclama entre sonrisas—. ¿De verdad lo preguntas?

—Mmm. ¿Si quieres jugamos a las adivinanzas? —le replico.

—Mil novecientos cincuenta y seis —masculla esa fecha con asco—. María, una gallega soltera decide quedarse con el heredero de una gran fortuna, Martín Rodríguez.

—Mis padres.

—Exacto —puntualiza mientras se pasea tranquilamente por la habitación oscura—. Martín estaba prometido y no era con tu madre...

—¡Imposible! —le grito llena de rabia—. Mi padre amaba a mi madre.

—Eso no quita que estuviera prometido —me recrimina con una sonrisa victoriosa—. Y esa prometida era mi madre.

—¿Cómo...? —le revelo a base de gritos—. No puede ser... No, no puede ser... ¿Somos hermanastras?

—¡No nos llares así, me produces asco! —me grita con la rabia dibujada en su cara.

—Y después de... ¿Cuántos años tienes...? —pregunto al realizar la maldita resta de las décadas vividas desde aquel suceso—. Oh no, no... ¿¡Eres inmortal!?

Con una simple mirada dirigida a mi cuerpo me estrella hasta cinco veces contra la pared de piedra. Varios de los candiles acaban apagados por el aire que ha provocado mi cuerpo al volar con una rapidez inhumana. Caigo al suelo cómo un peso muerto, respiro profundo varias veces y me trago la saliva mezclada con sangre que sale de mi labio inferior.

Apoyo mi mano derecha sobre el frío suelo y me levanto. Contemplo su mirada bobalicona sobre mi estado y entonces mi poder mental hace presencia ante mí. Me concentro en su *chakra* emocional y ataco sin remordimiento.

El cuerpo de Natasha comienza a doblarse del dolor que estoy provocándole y consigo que se quede inmóvil ante mi presencia.

—¿Quieres que te cuente una historia? —le pregunto mientras levanto su cuerpo como si fuera un simple saco de patatas—. Bien, quiero imaginarme que si no respondes es que es afirmativa tu respuesta.

—¡Joder, bájame! —me exige.

—Érase una vez una bruja con un corazón tan lleno de bondad que enamoró al príncipe del Condado —le narro, mientras aprieto un poco más mi mano alrededor de su cuello—. Ella era bondadosa, pero no era tonta y sabía que él estaba viéndose con otra mujer. Es más, sabía de la presencia de una hija, en común.

—Maldita seas, ¿Lo sabías? —me chilla con la voz ahogada.

—¡Shhh! —le recrimino—. Deja que siga con la historia... Resulta que esta mujer quiso descubrir que verdad existía en este cuento y después de preguntar a todo el Condado descubrió un secreto...

—¿Qué secreto...? —me pregunta con un ataque de tos ocasionado por la angustia.

—Qué el Príncipe no era el padre real de esa niña —le explico dejando de

ejerger la presión en su cuello—. Lo siento, pero tu padre falleció por amor a tu madre.

Dejo su cuerpo casi ahogado apoyado en el suelo congelado. Le observo de reojo y noto deslumbrar una pequeña sonrisa en un lateral de su boca.

—Uno, Dos y ¡Tres! —grita como una loca—. ¡Huye, maldita!

Abro mis ojos de par en par y le hago caso. Salgo corriendo y dejo la puerta oscura de hierro a mis espaldas, me dirijo hacia el muro de piedra provocando no estar atenta del suelo y tropezando contra él.

Corro, corro sin mirar hacia atrás y entonces ante mí, unos tacones altos de color verde oscuro hacen su presencia. Levanto mi mirada y son ellas. Mis cuatro amigas.

Estela me sonrío, coge mi mano y realiza un chasquido de dedos.

—Coged bien fuerte vuestras manos —nos murmura—. ¡Nos vamos de viaje!

En un cerrar y abrir de ojos aparecemos ante la Iglesia de La Virgen de la Barca. El Mar no recibe con su aroma a sal y a poder. Tierra, Aire y Agua, Tres elementos de la Naturaleza forman nuestra protección.

Cinco Vértices, Cinco Brujas. La Magia continúa.

Capítulo 46

Mateo

Después de casi ocho horas de viaje y preguntado en la entrada del pueblo por la casa de la Abuela de Paola, me encuentro aparcando en uno de los aparcamientos que quedan libres.

Juan y yo nos bajamos del coche y observo cómo él alza sus brazos y estira su cuerpo para despejarse.

—¿Mala noche...? —le pregunto con un poco de cachondeo ya que tantas horas de viaje nos ha dado para entablar una gran amistad.

—Quitando que me has sacado de la cama de un ángel... —me mira con un desprecio fingido—. Por lo demás todo fue único... ¿Oye para cuándo volvemos a reunirnos con los ingleses?

—¡Ja, ja, ja! —se me escapa una gran carcajada—. Muy pronto, Juan... Muy pronto.

Le doy una palmada en uno de sus hombros y nos guiamos hasta la puerta del hogar de la Abuela Exenia. Paola me ha hablado muchas veces sobre ella y siempre contaba anécdotas bonitas, solo espero que ser bien recibido.

Pulso el timbre y escucho cómo minutos después alguien se posiciona detrás de la puerta. Sin preguntar esta se abre y aparece una mujer bajita, algo encorvada y con el pelo totalmente blanco.

—¡Llegaste! —proclama cogiendo mi mano y metiéndome en el hogar—. Las chicas necesitan de tu ayuda. Natasha está aquí y llega con más poder del esperado...

—Hola... —Le ofrezco mi mano en modo de saludo.

—Sé quién eres, Mateo, el amor de mi nieta. Yo soy Euxenia. —Y, después de pronunciar su saludo, dirige su mirada a mi compañero de viaje—. Bienvenido, chico. Recuerda un dato muy importante «Zapatos de tacón verde».

—¿Zapatos de tacón verdes? —repite Juan dirigiéndome una mirada extraña—. ¿Eso que significa, señora?

—Cuando descubras el significado... —le recomienda tocando con el dedo índice su pecho—. Te arrepentirás de por vida de esta noche mal disfrutada.

Juan y yo nos miramos con cara de sorprendidos y asustados ante tal aviso.

—Chicos, dejad las maletas en casa y coged el coche. —Nos recomienda la Abuela mientras se sienta en unos de los viejos sofás—. Si seguís en dirección Norte encontraréis la Iglesia de la Virgen de la barca, allí será la lucha.

Sin mediar palabra, la palabra lucha y la desesperación de volver a ver a Paola me hace correr hacía mi deportivo, sacar las dos maletas sin ningún esfuerzo y dejarlas en la entrada de la casa.

Juan me observa sin mediar palabra.

—Tío, creo que lo mejor es que te quedes aquí —le recomiendo, ya que él no conoce el poder de las chicas.

—¡No! No soy ninguna niñera —me recrimina muy serio—. Yo voy contigo.

—Tú no sabes lo que allí vas a ver, esas chicas tienen un poder superior, un gran secreto le intento explicar con poco éxito.

—¿Son súper héroes? —me pregunta con sorna.

—Se podría describir así... ¡Son brujas! —le susurro en voz baja.

—¿Hechiceras, santeras, brujas de velas negras...? —me pregunta con demasiada seriedad.

—Sí.

—¡Pues me da igual! —me insiste dejando a un lado su maleta—. Yo voy. ¡Necesitan nuestra ayuda!

—¡Pues venga, vamos! —Le invito a salir a la calle.

Cogemos de nuevo el coche y nos guiamos con las explicaciones que la Abuela nos ha explicado. Pocos minutos después estacionamos en una de las explanadas de la parte delantera del lugar. Dejo las luces de los faros encendidas ya que está anocheciendo y la oscuridad del invierno llega más temprano al lugar.

Observo por si las chicas se encuentran en la zona y en un principio no noto ninguna presencia. Decido investigar la parte trasera del lugar y allí están las cinco, sentadas en el suelo de piedra, cogidas de la mano y rodeadas del humo que las varillas de incienso traza a su alrededor.

Y entonces Paola abre los ojos y dirige su mirada a mí. En un principio su mirada es de sorpresa, pero una gran sonrisa sale de sus labios y suelta las manos de dos de sus compañeras. Se levanta y guía sus pasos hacía mí.

—¡Llegaste...! — afirma con una gran sonrisa.

—¡Mi Meiga!

De un solo salto se sube a mi pecho y rodea con sus piernas mi cintura. Sus brazos se enlazan en mi cuello y pega sus labios a los míos ofreciendo ese acercamiento que llevo días necesitando.

—Muchas veces los “perdón” son innecesarios, tu presencia en el momento justo es todo lo que necesito —me susurra en el oído Paola.

—Pues aquí me tienes... —le recuerdo mientras separo mis labios de los suyos al notar su sabor extraño—. ¿Lo de tu labio es sangre?

Paola toma la decisión de bajar su cuerpo al suelo y me mira con cara divertida.

—Tu querida Natasha me ha atacado bien —me responde entre risas—. Creo que esa chica va a necesitar un psicólogo cuando acabe toda esta locura.

—¿Y eso?

—Ella cree que es mi hermanastra y no es así —me explica colocando su cabello en un recogido alto y cómodo—. Pero bueno ya te contaré todo más despacio.

En ese instante la brisa del mar comienza a formar un torbellino de humedad, suciedad y tiniebla. Sé que ha llegado el momento de reencontrarme con mi ex novio de una forma nueva para mí. Veré su parte oscura, aquella que me escondió.

Una mujer vestida de oscuro aparece ante nosotros y observo cómo Paola y las cuatro chicas se acercan hacia la presencia. Adelantan su situación a nuestra presencia y nos hacen un gesto para que retrocedamos unos metros. Y así lo hacemos, sobre todo un Juan con más miedo en el cuerpo que valentía.

—Pero bueno, si ya estamos todos aquí... —brama con asco mi ex pareja—. ¡Bienvenido mi amor!

—¿Por qué haces esto? —le pregunto alzando los brazos en alto.

—Por vengar el amor de mi madre —especifica una Natasha vestida totalmente de negro—. ¿Te gusto vestida de negro? Creo que hasta te pone verme de malota, ¿Eh?

—¡Déjate de tonterías! —chilla Paola mientras vuelve a atacarla mentalmente y estrella su cuerpo en el suelo.

—¡Vaya, eres un poco celosa! —responde mientras se levanta y se coloca el vestido oscuro—. Te voy a explicar una cosita, preciosa. Hoy, vas a morir.

—¡Eso ya lo veremos! —replica Paola.

Y entonces las cinco brujas se anticipan cogiendo posiciones alrededor de

Natasha, creando el símbolo del Pentagrama. Alzan sus brazos al cielo y comienzan a orar.

—Por el poder del Pentagrama, símbolo de fortaleza, símbolo de las cinco Brujas. Norte, Sur, Este y Oeste. Centro de cada una, unidas al alma del poder. Cuatro elementos de la Naturaleza, dad vuestro poder al Universo y crea protección hacia nuestras almas. ¡Destruye su mal! —oran las cinco a la vez.

El cuerpo de Natasha comienza a elevarse y sus ojos se vuelven blancos y una luz blanca comienza a rodear su cuerpo consiguiendo que este tiemble ante el poder de las cinco brujas. La luz se vuelve brillante y crea una especie de burbuja donde el cuerpo de Natasha comienza a reaccionar poco a poco.

Vuelven sus ojos marrones a resplandecer, su sonrisa añorada y su tez tan clara como cuando la conocí.

Poco a poco las chicas dejan su cuerpo caer al suelo, mientras que ellas se arrodillan agotadas junto al cuerpo de Natasha.

Y por instinto, realizo un nuevo fallo y mi cuerpo cae rendido ante el cuerpo de mi ex pareja.

—Sacha, ¡responde! —La levanto en mis brazos intentando ofrecerle mi calor —Responde, pequeña...

—¿Pequeña...? —escucho la voz de Mi Meiga a la lejanía—. Pequeña...

—Lo siento, pero no puede morir... —le replico con el arrepentimiento en mi voz—. ¡Ayúdala!

—¿Más...? —Y entonces recuerdo mi pesadilla—. La venganza debe ser justa, no placentera...

—¿Qué has dicho...? —me exige repetir, Paola—. ¿Quién te ha dicho esas palabras, Mateo?

—Esta madrugada tuve una pesadilla y una mujer rubia me dio ese consejo —le intento explicar, mientras sigo sosteniendo el cuerpo inerte de Natasha—. La única diferencia es que el cuerpo que mantenía inerte era el tuyo...

—¿Ves aquella piedra que tiene forma plana? —me dice Paola, señalándola con su mano—. Llévala allí y coloca su cuerpo encima.

Ando hasta el sitio indicado y dejo con todo el cuidado el cuerpo de mi ex pareja en la zona correspondiente. Noto la presencia de las cinco brujas alrededor mía y cómo Lola me invita a abandonar la zona donde estoy presente.

Las cinco amigas rodean la piedra y levantan su cabeza hacía el cielo. En silencio meditan durante unos minutos, los cuales se me hacen eternos y

entonces veo a Natasha despertar de su coma temporal y bajarse de la piedra con cuidado.

Me dirige una mirada llena de complicidad y continúa su paso hasta una de las zonas más peligrosas del acantilado. Baja con cuidado unas cuantas rocas uniformes y tengo la sensación de que va a resbalar y caer al mar. Reacciono para ir a ayudarlo, pero Brisa se dirige a mí.

—¿Sabías que es inmortal? —me indica con una voz neutra—. Tranquilo, no morirá.

—¿Y si está confundida...? —le pregunto asustado.

—No lo comprendes —me recrimina negando con la cabeza—. Primero, ella va a curarse con lo que va a hacer y segundo tu única preocupación debería de ser Paola.

—¡Y me preocupo por ella! —le grito de forma irritada.

—¿Preocuparte por ella es llamar “pequeña” a tu ex novia? —me pregunta con irónica.

Y callo. Lo hago porque sé que le he vuelto a fallar y de Galicia me iré con ella, solo con ella a mi lado.

—Va a comenzar —señala la voz de Estela.

Natasha estira sus brazos hacía atrás y su cuerpo se queda inerte ante el frío de nieve que hoy está haciendo en Galicia. Su pelo negro comienza a alborotarse por culpa de la brisa invernal de la mar y comenzamos a escuchar una oración.

—Seres de luz ¡Ayuda!, Seres de las tinieblas. ¡Clemencia! —Su menudo cuerpo comienza a convulsionar siguiendo el tono de voz que tiene al rezar—. Tierra, Aire, Fuego, Mar. Los cuatros elementos del Universo. ¡Guiadme hacía la luz! ¡Oscuridad, abandóname! ¡Ya!

El cuerpo de Natasha se queda rígido y entonces de su interior sumerge una especie de humo negro el cual coge forma de cuervo y abandona su alma.

—¡Soy libre! —susurra con una sonrisa cansada—. ¡Gracias y perdón!

Las chicas le sonrían en forma de agradecimiento y noto cómo Paola se da media vuelta y vuelve a la zona de los aparcamientos. Entonces escuchamos cómo una moto llega a la zona, aparca haciendo un derrape y se baja de un salto quitándose el casco.

—¿Mike...? —grita alucinada Paola—. ¿Qué haces aquí?

El tal Mike le da una gran sonrisa y la abraza con un cariño especial. Y entonces le recuerdo. Mike, el engaño, la separación, su ex pareja. Los celos

recorren todo mi cuerpo y cabreado me dirijo a la parejita feliz.

—¿Me vas a presentar, Paola? —le pregunto.

—Sí, Mike él es Mateo...

—Su novio. —le especifico.

—¡No! —rectifica Paola con una gran sonrisa—. Pero no importa, ¿Qué haces aquí, Mike?

—Busco a Natasha —le responde pasando totalmente de mí.

—¿Natasha es tu novia...? —le pregunta muy sorprendida—. Espera... Tres semanas y todo saldría a la luz.

—Y así ha sido —le ratifica el tipo éste—. Pero no me arrepiento de nada, la amo como sea...

—Me alegro, se ve que todos sentís lo mismo por ella —responde Paola—. Natasha está en aquella parte del acantilado. Ve y cuidala.

—Gracias por todo —le dice dándole un beso en la mejilla.

Nos quedamos solos y reina el silencio entre ambos. Decido olvidar los malditos celos y me surge la idea de acercarme a ella y abrazarla de nuevo. Tranquilizarla y hacerle saber que la amo. Pero cuando tomo la decisión de dar el paso, comienza a hablar.

—Sé que has dejado tu maleta en casa de mi Abuela— le brisa del viento le pone un mechón de su pelo justo en sus labios y ella se lo retira consiguiendo que su mirada deje de coincidir con la mía—. Quiero que cojas tu coche, cargues tu maleta y te marches lejos de mí. ¡Ahhh! Tu amigo si quiere puede quedarse, creo unos zapatos verdes le han encandilado.

No me sale la voz de mi garganta. Está totalmente seca y rota, sin mediar palabra la veo ir hacia sus amigas e ignorar mi presencia.

Llamo la atención de Juan. Este no quita ojo de Lola y sus tacones verdes.

—Tío, debemos volver a casa —le explico derrotado.

—¿Ya? —me recrimina con el gesto serio—. ¿Ves a aquella rubia espectacular?

—Sí, es Lola...

—Deseo conocerla —me solicita con la ilusión iluminando su cara.

—Otro día, amigo —le musito dando una palmada en su hombro—. Recojamos las maletas, tenemos que volver a Madrid.

Y así lo hacemos. Volvemos a la ciudad con el recuerdo de unas mujeres espectaculares en nuestra mente y con la idea de reconquistarlas. Bueno, en el caso de Juan, con la idea de jugar con esos tacones que le han dejado loco.

Capítulo 47

6 de febrero de 2017

Paola

Las chicas y yo decidimos tomarnos unas vacaciones después de lo ocurrido. Nos quedamos una semana disfrutando de mi tierra y sobre todo de la Abuela Euxenia, que ya se ha proclamado la “Avoa de las Bruixas”.

De los chicos no sabemos nada, eso sí, Brisa la tenemos totalmente apática, Lola detrás de un rubio de ojos claros y camiseta friki. Estela y Rose, disfrutando de la vida loca. Más de una noche se han ido a vivir la noche joven a la zona de marcha de A Coruña mientras nosotras cavilábamos sobre nuestros futuros.

Hoy retomamos el trabajo en la Agencia Sentimental y mantenemos varias reuniones con nuevos clientes de ambos sexos dispuestos a encontrar el amor.

¿El amor? Esa falsedad llena de dolor, mentiras y sexo repleto de incredulidad.

Mike pasó por mi vida de paso. Llenó mi cama con posturas sexuales imposibles de realizarlas con una muñeca articulable y me engañó con la que era la novia del que ahora es mi ex. ¡¡Ahhh! Y no lo olvidemos, la mujer que intentó vengar con mi vida a su madre por una equivocación.

Mike me llamó unos días después de aquel maldito día de enero. Me explicó que Sasha estaba recuperada y después de visitar a su familia en su país, descubrió que su inmortalidad se había invertido y viviría como una humana más.

Están muy enamorados y planifican casarse en poco tiempo.

¿Y yo, cómo me siento? Muy feliz por ellos, aunque yo siga sola y cabreada con este dolor que mi alma siente.

Me siento en la silla de mi oficina e introduzco la contraseña en mi ordenador. Me llegan varios avisos sobre la programación de los aquelarres que debemos celebrar en mi casa para analizarlos, estudios sobre nuestros futuros clientes y me encuentro un email con una dirección que no me es conocido.

Para: Paola Rodríguez

De: Thiago Vidal

¡Buenas tardes, desde Brasil! Sé que lo normal en estos casos es que escriba directamente a Brisa, pero ella o no lee mis mensajes privados o directamente no coge mis llamadas.

Paola, solo necesito saber que está bien. Solo necesito esa información.

Atentamente, Thiago.

Respiro profundamente y la pena recorre mis venas mientras pienso en los sentimientos que sus palabras me hacen llegar a través de la pantalla de mi ordenador. Pulso la opción de “Responder” y comienzo a teclear.

Para: Thiago Valdés.

De: Paola Rodríguez.

Buenos días. Brisa está bien de salud, pero echa de menos tu presencia. Aunque realices el esfuerzo de olvidarla, no podrás.

Un saludo. Paola.

Pulso el botón de enviar y decido apagar el portátil completamente. Lo introduzco dentro del maletín para transportarlo y decido que para ser el primer día ya ha sido suficiente movimiento.

Recuerdos y Confirmaciones. La magia continua.

Capítulo 48

7 de febrero de 2017

Mateo

Después de unas semanas de relación con Paola, descubrí que los martes por la mañana realizaba prácticas de *reiki* en un hospital de la capital, así que hoy me levanté con la decisión de volver a reconquistarla.

Aparco el coche en los aparcamientos públicos del barrio y salgo de éste con paso decidido hacia mi objetivo. Cuando llego a este, abro la puerta y llamo a la puerta de la primera oficina que encuentro.

—¿Hola...?

—Hola —me responde la voz de una Lola bastante sorprendida—. Mateo...

—¿Podría hablar con vosotras?

—Mmmm... —me dirige una mirada dudosa—. Dame un momento, voy a reunir a las chicas.

Me quedo en la oficina, de pie, observando por los ventanales que dan a la calle principal de la zona residencial. Las personas, ajenas a mi nerviosismo, hacen sus vidas sin mirar alrededor. No se percatan de que otras personas tengamos problemas que resolver, aunque pensándolo bien, sus problemas podrían ser mayores que los míos.

Escucho cómo la puerta se vuelve a abrir y entran las cuatro amigas con una sonrisa que me ayuda a tranquilizarme.

—¿Qué necesitas Mateo? —me pregunta Brisa.

—Quiero reconquistar a Paola. Necesito que me ayudéis —les explico tomando asiento en unas de las sillas giratorias que tiene Lola en su oficina para los invitados—. Me gustaría planificar una cena especial para mañana y me gustaría que vosotras fuerais el “cebo”.

—¿Y por qué debemos ayudarte? —sugiere Estela con el ceño fruncido—. ¿Ya te abandonó tu “pequeña”?

Me muevo nervioso en el asiento. Esa pregunta y escuchar ese apodo cariñoso me ha dado más de un dolor de cabeza durante estos últimos días.

—Aquello fue mi último fallo —les imploro peinando mi cabello hacia atrás con nervio—. La echo de menos y tanto vosotras como yo sabemos que estamos hechos el uno para el otro. ¡Ayudadme, por favor!

Sin ningún descaro comienzan a mirarse unas a las otras y sin esperarlo comienzan a reírse a carcajadas haciéndome sentir un poco estúpido.

—De acuerdo, te ayudaremos —revela Brisa.

—Le vamos a proponer una cena esta noche... —propone Lola con ojos ilusionados.

—¿Esta noche...? —susurro intentando meditar que en pocas horas la tendré delante de mí.

—¿Algún problema...? —me pregunta Rose con el ceño fruncido.

—Eso pregunto yo también... —musita Lola cruzándose de brazos.

—No, no. Para nada —confirmo elevando las manos de forma calmada—. Estaba haciéndome a la idea de que veré a Paola esta noche.

—Y eso es bueno, ¿no? —insinúa Brisa con cara interrogativa.

—Es la mejor noticia que me podíais dar ...— afirmo levantándome de la silla—. Contadme, ¿cómo lo hacemos?

Capítulo 49

Paola

Son las nueve de la noche. Hemos quedado las cinco amigas a cenar en mi casa y, cómo no, Lola y sus ideas gastronómicas deberían ser primicia en la mesa... pero ¡Sorpresa! No me ha dejado ninguna reclamación para el menú elegido, así que una crema de verduras y queso será el primer plato. De segundo he cocinado lubina al horno con patatas.

Suena el timbre. Con paso nervioso me dirijo a la puerta, abro y en vez de recibir a los Jinetes del Apocalipsis disfrazadas de mujeres, me lo encuentro a él. Mateo, con un traje azul y una rosa roja en la mano izquierda y en la derecha una botella de vino blanco.

Por ese detalle sé que esta cena ha sido una encerrona de mis amigas y él. Me apetece cerrarle la puerta en las narices y no volverle a ver, pero debo admitir que le echo de menos cada segundo de mi vida, así que abro un poco más la puerta y le invito a pasar a casa. Empieza nuestra noche.

—Pasa, por favor —accede indeciso al salón.

—Gracias —me agradece con una mirada.

—Pedazo encerrona me habéis preparado, ¿No? —le mascullo con un poco de picardía.

—Lo, siento —me clama de forma arrepentida—. Esto no puede seguir así, Paola, yo te amo.

—¿Y a tu “pequeña” ...?

—Siento aquella reacción, pero comprende que me preocupara verla así. Creí que había muerto —le respondo.

—Era inmortal...

—Paola... —Se acerca a mí y coloca sus manos en mi cara de forma cariñosa—. Tú sabías que era inmortal, yo me enteré minutos después.

Y entonces llega a mi mente todo. Esos minutos de incertidumbre, su mirada perdida, la angustia cuando llegó y me encontró sana. Y es verdad, él no poseía esa información y el miedo le bloqueó.

—Mateo, se que tu reacción fue causada por tu miedo —le reitero con dolor—. Pero me dolió mucho tu actitud. Yo también necesitaba tu apoyo,

aunque fuera moral.

—Lo siento, mi amor...

—Yo también lo siento —le aclaro con sinceridad—. Si quieres podemos cenar y oye quién sabe...

—Lo que tu decidas, será perfecto para mi

Disfrutamos del menú que había elaborado para seis personas entre risas, alguna caricia robada y recuerdos de los días que disfrutamos juntos. Entre vino y vino recogemos la mesa y pasamos a tumbarnos en el sofá.

Y allí me acerco a él. Le acaricio la barbilla con deseo y el me regala un pequeño mordisco en la yema de mi dedo.

Me incorporo del sofá y le ofrezco mi mano. Éste la coge con cariño y le guio hasta mi habitación. Le tumbo con un pequeño empujón y mis manos sueltan el cierre de sus pantalones haciendo saltar la cremallera.

—¡Ups, perdón! —le murmuro en su oído, regalándole un pequeño mordisco en el lóbulo—. ¿Me has echado de menos...?

—Demasiado...

Con sus grandes manos me sujeta el culo y comenzar a trazar espirales sobre él. Me está poniendo cardiaca y después de tantas semanas sin tenerle dentro de mí, esta situación se hace urgente.

—Necesito que esta vez sea rápida —le transmito con un gemido saliendo de mi garganta—. Te necesito dentro de mí.

Le bajo un poco el pantalón y le dejo hasta con la camisa puesta. Saco su pene del bóxer de color negro que lleva y me coloco alrededor de sus caderas hasta lograr que su miembro me penetre por completo.

No puedo esperar más. Sus manos sujetan mis caderas y yo balanceo éstas deslizado mi sexo en su pene. Una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez.

Noto cómo mis labios vaginales se contraen alrededor de su pene y Mateo comienza a respirar con dificultad. Y entonces un escalofrío recorre toda mi espalda, erizando mi piel y creando una unión con el único hombre que me llevaría al extremo más placentero.

Noto cómo me penetra un par de veces más y cómo me llena de su semen en mi interior.

Nos miramos con las respiraciones entrecortadas. Nos acariciamos mutuamente y nos abrazamos con un único deseo en nuestras mentes.

Esta noche es nuestra. La eternidad es nuestra.

Reencuentros y Amor. La magia continua.

Capítulo 50

8 de febrero de 2017

Paola

Al fin nos hemos dado esa oportunidad. Aquella noche de San Juan se cruzaron nuestros destinos y aquel ritual hizo el resto. Hemos hablado de nuestro pasado, presente y futuro. Hemos creado ese vínculo que estaba destinado a nosotros dos y nos hemos despertado, después de muchos días, chocando nuestras respiraciones con jadeos de placer.

Pero ahora debo concentrarme en una reunión urgente que tenemos las cinco Brujas. Aquella noche de San Juan fue testigo de un gran fallo de nuestra parte y aunque mi parte está solucionada, las de mis cuatro amigas no es así... bueno más bien la parte de Estela, Lola y Brisa. Rose es otra historia, aunque de momento se niega a contarla.

Nos sentamos en nuestras sillas en la Sala de Juntas. Nos miramos con cautela, lo que vaya a generar esta conversación puede crearnos nuevos problemas que deberemos asumir con astucia y sobre todo con el poder de las cinco.

Damos comienzo. Cualquier hechizo tiene sus consecuencias. Algo que no se debe olvidar.

—Según el tarot, no falló nada. Era una prenda nuestra y la oración estaba bien redactada —dice Brisa.

—Yo redacté todo bien... pero algo tuvo que fallar —comenta Estela.

—¿Y los maestros que información te han dado, Lola? —le pregunto tomando un sorbo de café de mi taza preferida.

—¿Mis maestros? —de pronto se ríe a carcajadas y nos mira con lágrimas en los ojos—. Que a ti —me señala con uno de sus dedos—, ya te ha llegado tu destino y a nosotras nos espera un destino, con su caja correspondiente.

—¿Cómo...? —pregunta Estela

—¡Nuestros tangas están enviados! —responde enfadada Lola.

¿FIN?

Epílogo

Thiago

Me coloco la mochila donde llevo los instrumentos de tallado para las piedras que han adquirido en la empresa de mi padre. Me gusta trabajar la perfección de la belleza de una piedra preciosa para incrustarla en algunas de las piezas de plata que trabajamos en el negocio.

Abro la puerta del servicio de la casa de mis padres y me encuentro a mi madre llenando un vaso de jugo de pomelo. Gira su cabeza hacía a mí y me regala una sonrisa llena de sarcasmo. La conozco demasiado bien, algo quiere y algo va a pedirme.

—Cariño...

—Sí, mamá...

—Han traído una caja para ti —me informa retirando su mirada de mí.

—¿Una caja? —le interrogo para ver si suelta más detalles—. ¿Dónde está?

—En tu habitación.

Salgo corriendo hacía mi dormitorio y me encuentro una caja marrón de una conocida empresa de envío aquí en Brasil. Abro el precinto y saco de su interior las típicas bolitas para proteger el envío.

Introduzco mis manos en ésta y saco una especie de joyero plateado con dos iniciales talladas.

—“B” y “C” —noto la presencia de alguien detrás de mí y me giro—. ¿Mamá, esto no será tuyo, verdad...

Mi madre no responde. Levanto la tapa con mucho cuidado y miro en su interior. Lo que me encuentro me deja sin palabras. Saco la prenda interior enlazándola en unos de mis dedos y lo alzo.

—¿Y eso que es hijo? —me interroga mi madre dando un sorbo a su zumo.

—¿Quién lo trajo... ¿

—Ya te lo he dicho —matiza mi madre—. Un repartidor.

—Mamá... —le suplico.

Agradecimientos

Yo soy de las que piensa que los agradecimientos se demuestran con un detalle, una simple palabra que salga de lo habitual.

Ya que lo habitual se hace rutina y la rutina suele pecar de sordera y olvido.

Así que allá voy...

Cariño, gracias por darme tu mano cada día.

Familia, ¡Os quiero!

Laura Larios, ¡Auch! Siempre a tu lado.

Nerea Vara, #CompiDeAutopublicación #DandoLecciones

Noni García. Mañana, Tarde y Noche.

Rossalyn Callum, Eternamente Intuitiva. Tú eres Rose.

Sensi Pulido, La “Xoxi” creyente en mí.

Antiliados, y tus orígenes gallegos. Cada paisaje de este libro es tuyo.

Christian Martins, cuando la mesa de mi oficina tiemble (Y no sea un terremoto) pensaré en aquella narración que me regalaste.

Maite López. Un milagro desde la RA.

Gema Alonso. Cuento siempre contigo.

Mafiosas, el apoyo continuo.

Y por último a mi grupo de Facebook “Brujill@s de Mónica Garub”. Sin vuestro día a día, este sueño no sería igual de bonito.

Sobre mí

¡Hola! Me llamo Mónica Garub, tengo 34 años y soy natal de Jaén, aunque vivo en Madrid.

Me considero una lectora tardía, adoro las novelas románticas y de humor que hagan pensar al lector.

Comencé a escribir hace unos meses y presenté mi primer relato en el Concurso de Navidad de “Ladronas de Sonrisas”. Con el título “Aquel sábado de Navidad” recibí una mención especial por la originalidad de la historia y la narración.

Así que en Concurso de San Valentín presenté el relato “Con mi tanga no se juega, ¡Bruja!”. No gané premio, pero me animé a ampliar este relato y hacerlo novela ¡Y aquí está!

¡Espero que lo disfrutes!

Próximamente

“Ese tanga es mi joya, ¡bruja!”

Brujas 2